

María de los Ángeles Lasa

# PAÍS DE VINALÓN

MI VIAJE A COREA DEL NORTE





María de los Ángeles Lasa

# PAÍS DE VINALÓN

## MI VIAJE A COREA DEL NORTE



BUENOS AIRES, 2024

PAÍS DE VINALÓN. MI VIAJE A COREA DEL NORTE

© del texto, María de los Ángeles Lasa

© de esta edición Fundación CADAL

Agosto 2024

**Autora del texto / fotografías:**

María de los Ángeles Lasa

**Corrección integral:**

Julián Chappa

**Diseño de portada:**

Diego Roa y Julieta Amadeo

**Diseño interior:**

Verónica Alonso S.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ISBN: 978-987-4492-16-6

[www.cadal.org](http://www.cadal.org)

Prohibida su reproducción, total o parcial, sin la autorización expresa de los editores

Agosto, 2024

Lasa, María de los Ángeles

*País de Vinalón: mi viaje a Corea del Norte* / María de los Ángeles Lasa. -1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación Cadal, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4492-16-6

1. Crónica de Viajes. I. Título.

CDD 910.4

A mi familia.

A Martina.

A los norcoreanos y las norcoreanas  
que aún son capaces de encontrar  
amor, belleza y redención  
en un país de vinalón.



# ÍNDICE

UNO .....	11
DOS .....	33
TRES .....	53
CUATRO .....	73
CINCO .....	91
SEIS .....	115
SIETE .....	127
OCHO .....	149
NUEVE .....	173
EPÍLOGO .....	183
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA .....	187
AGRADECIMIENTOS .....	193
SOBRE LA AUTORA .....	195
SOBRE CADAL .....	197



«Aquellos que nos prometieron el paraíso,  
no trajeron otra cosa que el infierno.»

Frase anónima, atribuida a Karl Popper

«Construyen un mundo pequeño,  
controlado, lleno de fisuras.

Un mundo que puede fracturarse  
con una palabra inadecuada.»

*Cadáver exquisito*, Agustina Bazterrica

낮말은 새가 듣고 밤말은 쥐가 듣는다

«El pájaro escucha las palabras durante el día.

La rata, durante la noche.»

Proverbio norcoreano



일

## UNO

En 1998, en un documental de la BBC, escuché por primera vez que en Corea del Norte estaba prohibido usar relojes pulsera. Yo tenía doce años y desde entonces no dejé de pensar en ese país: me obsesioné. Había un régimen que controlaba el tiempo.

Durante los veinte años que siguieron, leí todas las noticias disponibles sobre la República Popular Democrática de Corea (DPRK, por sus siglas en inglés), me compré libros, vi decenas de documentales y hasta llegué a memorizar los nombres de la Santísima Trinidad norcoreana: el Padre y Presidente Eterno, Kim Il Sung; el Hijo y Querido Líder, Kim Jong Il; el Espíritu Santo y Mariscal, Kim Jong Un. Nunca satisfecha, indagué acerca de la filosofía *juche*<sup>1</sup>, consumí prensa amarilla sobre la familia real y bailé al ritmo de las Moranbong, unas Spice Girls socialistas con *hits* musicales sobre ensayos misilísticos. Y así, leyendo toda la información disponible sobre el Reino Hermético, conocí la historia del vinalón.

---

1 La filosofía *juche*, creación de Kim Il Sung, se estructura en torno a la idea de que «el hombre es dueño de todo y lo decide todo. [...] Que el hombre es dueño de todo significa que es dueño del mundo y de su propio destino». En Kim, Il Sung (2012). *Sobre la idea juche*, Pyongyang: Ediciones en Lenguas Extranjeras, p. 9.

En 1939, en un laboratorio japonés de investigación química, el coreano Ri Sung-gi desarrolló una fibra textil sintética hecha de antracita (un carbón mineral) y caliza (una roca sedimentaria). La tela era dura, resistente, brillante, difícil de teñir, irrompible y costosa de producir, así que pasó al olvido. No era sencillo encontrarle un uso comercial en el contexto de economías capitalistas, donde la premisa es consumir y descartar (para volver a consumir y volver a descartar). Pero en 1954, con apoyo de la República Democrática de Alemania (RDA), Ri Sung-gi se radicó en Corea del Norte y recibió financiamiento para comenzar a producir vinalón a escala industrial. Desde entonces, el vinalón se ha convertido en una herramienta de propaganda norcoreana para demostrar los éxitos productivos del país de los Kim.

Es imposible saber, desde Argentina o desde cualquier otro país del mundo, qué consistencia tiene el vinalón: se produce a escala masiva solo en Corea del Norte. Podría suponerse que es áspero y frío al tacto. Antracita y caliza no suenan emparentadas al algodón. Pero a menos que uno visite la DPRK, el vinalón no es más que un artículo en Wikipedia o un puñado de presunciones.

Mi puñado de presunciones sobre la consistencia del vinalón, después de veinte años, necesitaba una confirmación tangible. Así que la mañana del martes 13 de marzo de 2018, a bordo del avión en el que volaríamos a Pyongyang, estaba en la duda de si tocar disimuladamente la pollera de una de las azafatas del vuelo o el saco de vestir del señor que se sentaba al otro lado del pasillo. Necesitaba saber si el vinalón era suave o áspero, frío o cálido, liso o rugoso, y tenía cierta premura.

La idea de la pollera era arriesgada. Desde que Kim Jong Un estaba en el poder, las faldas de las azafatas se habían hecho

más «tubo» y más cortas. Y, entre *nos*, la azafata de mi sección tenía cara de pocos amigos: ya me había pegado un reto por no sentarme a tiempo y era la segunda vez que me solicitaba abrochar mi cinturón de seguridad. Sin más salida, opté por el señor de al lado, que ya estaba dormido desde antes de despegar.

Mientras debato conmigo misma qué estrategia seguir –va ganando la opción de levantarme al baño y, discretamente, tocarle el saco–, un norcoreano irrumpe en el pasillo, atolondrado, con dos valijas gigantes. A su paso golpea al del 16C, al del 17C y a mí, sentada en el 18C. La azafata-cara-de-pocos-amigos le pega un alarido destemplado, pero el hombre, afanado como está en encontrar su asiento, continúa con su impetuoso atropello. Lo siguen otros tres norcoreanos, relativamente jóvenes ellos, también con valijas gigantes y también a los golpes. Entonces ya no hay grito que valga. Ahora las azafatas corren, quitan y suben valijas, ordenan trastos en la parte posterior del avión, zarandean a algunos pasajeros del brazo y siguen corriendo nerviosamente. El vuelo JS152 con destino a Pyongyang tenía que salir puntual a las 12:55, pero ya son las 13:10 y todavía seguimos en veremos.

En el 18B se sienta mi mamá y, al lado de ella –contra la ventanilla–, un británico cincuentón de Oxford, Jonathan, que me mira azorado.

—*Have you seen the size of those suitcases? I guess safety regulations are flexible here...* [¿Has visto el tamaño de esas valijas? Supongo que las regulaciones de seguridad son flexibles aquí...].

Las reglas en Corea del Norte son en apariencia inflexibles, pero lo que era regla hasta ayer quizás ya no lo sea hoy. Siempre conviene preguntar.

*Diciéndoles cada día qué hacer, Stalin les quitaba de encima el peso de la responsabilidad resolviendo por ellos la inquietante tarea de entender. En verdad, Stalin era omnisciente. No necesariamente en el sentido de saber todo lo que había por saber, sino en el de decirles a todos lo que necesitaban y debían saber. No necesariamente en el sentido de distinguir infaliblemente entre la verdad y el error, sino en el de trazar la frontera autorizada entre la verdad y el error que era preciso obedecer.<sup>2</sup>*

Quien delinea ahora la frontera autorizada entre la verdad y el error es la azafata-estalinista-cara-de-pocos-amigos que, según leo en su credencial, se llama Kim Ji Hyang. Le pregunto a Ji Hyang si puedo ir al baño porque tengo una urgencia –necesito tocar vinalón– y me responde que no, que el avión está por despegar. En retribución por obedecer, recibo una revista formato A3 impresa en el año juche 107 (2018)<sup>3</sup>.

El número 3 de la revista *Democratic People's Republic of Korea*, a lo largo de sus cuarenta y cuatro páginas, cubre asuntos varios: el desfile militar en honor al 70º aniversario de la creación del invencible Ejército Popular de Corea; las apariciones públicas de **Kim Jong Un** en fábricas locales; una guardería de árboles creada por **Kim Jong Un** para reforestar los bosques coreanos; la inauguración de un centro de entrenamiento de docentes gracias a la generosidad del Mariscal **Kim Jong Un**; las innovaciones productivas de la fábrica de pescados congelados Songchongang; la inauguración del Parque Acuático Munsu; la creación del primer equipo de fútbol femenino de la DPRK; la

2 Bauman, Zygmunt & Dessel, Gustavo (2014). *El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*, Madrid: FCE, p. 118.

3 El «Año 1» del calendario juche es el año de nacimiento de Kim Il Sung (1912). En Corea del Norte rigen ambos calendarios, el juche y el gregoriano.

inauguración de un nuevo centro comercial en la calle Ryomyong de Pyongyang; el descubrimiento de huellas fosilizadas de dinosaurio cerca de Kaesong.

En la última página de la revista, justo debajo de las huellas del *Archaeopteryx* coreano, figura una dirección web. ¿Será real? ¿Funcionará? Antes de entrar al país nos advierten que no podremos comunicarnos con el exterior porque en Corea del Norte no existe Internet. Con suerte y tiempo –solo quizás– nos llevarán de visita al Hotel Internacional Yanggakdo, el único de Pyongyang que dispone de servicios postales, correo electrónico y llamadas internacionales. Pero nadie se compromete a nada, y tampoco nosotros preguntamos mucho.

Las azafatas reparten ahora *The Pyongyang Times* en inglés y coreano. Para cada tipo de ejemplar existe una regla. Los periódicos en inglés no pueden doblarse: las portadas siempre exhiben fotografías de algún Kim, y está prohibido doblar, rayar o dañar imágenes de los amados líderes. Los periódicos en coreano, por su parte, suman una regla adicional: no pueden llevarse con uno. En Corea del Norte está prohibido conservar ejemplares impresos de ningún tipo.

*La sección más nutrida del Departamento de Registro, mucho mayor que aquella donde trabajaba Winston, se componía sencillamente de personas cuyo deber era recoger todos los ejemplares de libros, diarios y otros documentos que se hubieran quedado atrasados y tuvieran que ser destruidos. Un número del Times que –a causa de cambios en la política exterior o de profecías equivocadas hechas por el Gran Hermano– hubiera tenido que ser escrito de nuevo una docena de veces, seguía estando en los archivos con su fecha original y no existía ningún otro ejemplar para contradecirlo.<sup>4</sup>*

4 Orwell, George (2005). *1984*, Buenos Aires: Booket, p. 48.

Para reforzar la propaganda de la prensa gráfica, los monitores del avión también proyectan las recientes hazañas del Mariscal Kim Jong Un: la inauguración de un centro de ski en Masikryong, la reapertura de un orfanato para niños en Pyongsong, la construcción de una torre de edificios en Pyongyang. Yo me conformaría con que el Supremo Líder prendiera el aire acondicionado del avión, dice mi mamá. El calor es tan sofocante que se está abanicando con *The Pyongyang Times* mientras Jonathan se seca la cara con un pañuelo descartable.

Son las 13:25 y el avión sigue sin moverse. En los asientos 17A, 17B y 17C viajan tres jugadores del Benfica de Macau, un club de fútbol con sede en Macao. Según escucho de lo que conversan con el británico, se dirigen a Pyongyang para enfrentarse con el Hwaebul SC por la fase de grupos de la AFC Cup. El partido se disputará en el mítico Estadio Kim Il Sung, originalmente construido por los japoneses durante la ocupación de la península coreana. Sabré más adelante, gracias a Google, que el Benfica ganaría el partido 3 a 2.

Además del Benfica de Macau, muchos otros equipos de fútbol han visitado recientemente la capital del Reino Hermético. Buscando fotos por Instagram, di con algunas del Bengaluru FC (India), el Hong Kong FC, el Beijing Celtic FC (China) y el Middlesbrough FC de mujeres (Reino Unido). Y no solo fútbol: Dennis Rodman, en 2013, organizó un partido de básquet junto a los Harlem Globetrotters que fue registrado por VICE News en un documental que supo estar disponible en YouTube.

La diplomacia deportiva es una herramienta altamente redituable para los Kim: a bajo costo, ganan tiempo e invierten en reputación internacional. Quizás por esto –y porque no hay nada más *cool* que una *selfie* de atletas unidos y felices–, los

acercamientos deportivos han jugado un rol preponderante en los breves períodos de deshielo entre Corea del Norte y Corea del Sur.

En junio de 2000, por ejemplo, el Generalísimo Kim Jong Il recibió en Pyongyang a Kim Dae Jung –el primer presidente católico de Corea del Sur– y acordaron que ambos países desfilarían juntos en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Sydney 2000. El episodio se repitió en Atenas 2004, Turín 2006 y Pyeongchang 2018 e, invariablemente, dichos gestos fueron interpretados como esfuerzos en favor de la reunificación. Por supuesto, nunca nada cambió demasiado.

\* \* \*

Son las 13:30 y seguimos en la pista de aterrizaje. Ya he desistido de mis intentos de tocar el traje de vinalón, pero en cambio me concentro en la muñeca del pasajero del 17D: es norcoreano y acabo de darme cuenta que lleva un reloj pulsera. ¿No es que estaban prohibidos? Busco otros relojes. Miro distintas muñecas: las azafatas, el del 18D, el del 19D. Todos tienen relojes. Trato de identificar la marca, pero no veo bien. Entonces Jonathan me pregunta si perdí algo. Le respondo que no, que solo me sorprende ver relojes pulsera porque, de acuerdo a un documental inglés que vi hace mucho tiempo, en Corea del Norte está prohibido usarlos.

—*That's why I've come here, you know? I have the feeling that there are so many fake news about North Korea, so I wanted to see the country on my own. And what about you? Why are you here?* [Por ello he venido aquí, ¿sabes? Tengo la sensación de que hay muchas noticias falsas sobre Corea del Norte, entonces quería ver el país

con mis propios ojos. ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?] –me pregunta Jonathan.

—*I guess I'm a Cold War freak...* [Supongo que soy una *freak* de la Guerra Fría...] –le respondo dubitativa, y Jonathan se ríe.

A las 13:35, y después de un par de segundos de violento traqueteo por la pista del Aeropuerto Internacional de Beijing, el avión de fabricación soviética finalmente despegó.

\* \* \*

Los viajes a Corea del Norte están regulados por la Korea International Travel Company –KITC o CITC, por sus siglas en español–, una dependencia gubernamental que organiza visitas al país en colaboración con agencias turísticas autorizadas. Las agencias más populares son Young Pioneer Tours y Koryo Tours, ambas con sede en Beijing, y el precio de un viaje al Reino Hermético oscila entre los US\$ 700 y los US\$ 3000, dependiendo de cuán largo sea y qué ciudades se visiten.

El 9 de septiembre de 2017 escribí a Koryo Tours solicitando información sobre el «Kimchi Budget Tour», un circuito de cinco noches y seis días programado para marzo de 2018. Me convencían dos cosas de la agencia: Simon Cockerell, el Gerente General, que había viajado más de ciento cincuenta veces a Corea del Norte y era consultado frecuentemente por medios internacionales; y la reputación de Koryo Tours, que operaba en el mercado desde 1993 sin contar en su haber con episodios como el de Otto Warmbier, el estadounidense arrestado, sentenciado a prisión y posteriormente liberado que falleció el 19 de junio de 2017 debido a graves lesiones neurológicas.

Dos días después de mi correo electrónico recibí uno de Gergó, manager del *tour*, que me indicaba las formas de pago y adjuntaba un archivo pdf titulado:

**NOTES FOR TRAVELERS  
DPRK TOURS DEPARTING FROM BEIJING**

(Please, do not take these notes with you into North Korea)

**NOTAS PARA VIAJEROS  
TOURS A LA DPRK DESDE BEIJING**

(Por favor, no lleves estas notas contigo a Corea del Norte)

El documento consignaba una lista de elementos prohibidos para viajar: libros sobre Corea del Norte, libros publicados en coreano, banderas de Corea del Sur, radios, ropa con eslóganes políticos, Biblias, pornografía y objetivos fotográficos superiores a 150 milímetros. Estaban permitidos teléfonos celulares, *laptops*, lapiceras, alimentos, alcohol, cassettes, jeans, pantalones cortos, remeras, Kindles y *tablets*. Ni prohibidos ni permitidos, aunque sí sugeridos, se listaban: linternas, pastillas de carbón, medicamentos con prescripción médica, divisas de baja denominación, papel higiénico, alcohol en gel y ropa formal para visitar el mausoleo donde descansan Padre e Hijo.

Un día antes del viaje, en la reunión previa al *tour* que tiene lugar en las oficinas de Koryo Tours en Beijing, Gergó repasa la lista de elementos prohibidos, elementos permitidos y elementos sugeridos. Pero se suman tres nuevas reglas: en las fotografías que tomemos no pueden cortarse las cabezas de los amados líderes; está prohibido fotografiar a militares; hay que destinar

una propina diaria de quince dólares por persona que será recolectada al final del viaje.

¿Propina para quién y por qué? Liliana, una mexicana con pasaporte estadounidense, es la primera en pedir una explicación:

—*I'm doing the math here... Fifteen per traveler per day would be like seventy-five at the end of the journey, right? We are twenty-eight travelers here, so that's a lot of money!* [Estoy haciendo las cuentas... Quince por viajero por día serían unos setenta y cinco al final del viaje, ¿no? Somos veintiocho viajeros. ¡Eso es mucho dinero!] —se queja Liliana.

Yo también hago mis cálculos. Quince-por-persona-por-veintiocho-pasajeros-por-cinco-días son, en total, US\$ 2100 de propinas para nueve personas: cinco guías de la KITC, dos choferes y dos camarógrafos. Asumiendo que el reparto sea igualitario, de acuerdo a la esperable usanza comunista, cada uno recibiría US\$ 233,33. Es difícil estimar el valor de ese monto en Corea del Norte: desde hace sesenta años el país no publica estadísticas oficiales y, hasta entrados los años ochenta, funcionaba un sistema de racionamiento estatal en el que el dinero no era útil salvo en el mercado negro. De cualquier manera, y asumiendo que un trabajador gane en promedio US\$ 40 mensuales<sup>5</sup>, la propina es más que generosa: US\$ 233,33 son casi seis salarios promedio.

Incómodo por la pregunta de Liliana, Gergó explica que las familias norcoreanas pasan muchas necesidades y todos se las rebuscan para sobrevivir.

---

5 Estimación de Andrei Lankov en «How much money do North Koreans make?», *NK News*, 25.03.2014.

—Nadie discute eso, pero yo soy maestra y a mí no me sobra el dinero —contraataca Liliana.

(Y a mi mamá y a mí tampoco —pienso yo—, que venimos de un país hiper-inflacionario y ya nos gastamos setenta dólares en alfajores, cigarrillos Marlboro y cremas L'Oréal, que por recomendación de Koryo Tours llevamos para regalar a nuestros guías.)



Entrada de la oficina de Koryo Tours, ubicada en el distrito de Chaoyang (Beijing, China).

A Markus de Alemania no le preocupa la propina, sino el clima. ¿Hará mucho frío en Pyongyang? Vasu, de India, pregunta si tendremos shampoo o si es preferible llevar. Y yo manifiesto mis dudas respecto del agua caliente. ¿Vamos a poder bañarnos con agua caliente todos los días? La respuesta no es determinante: quizá sí, quizá no. Seguro que en Pyongyang sí, pero seguro que en Pyongsong no. Pero si no, casi seguro, van a darnos termos con agua caliente. El resto no pregunta mucho, salvo detalles de último minuto sobre la logística del viaje.

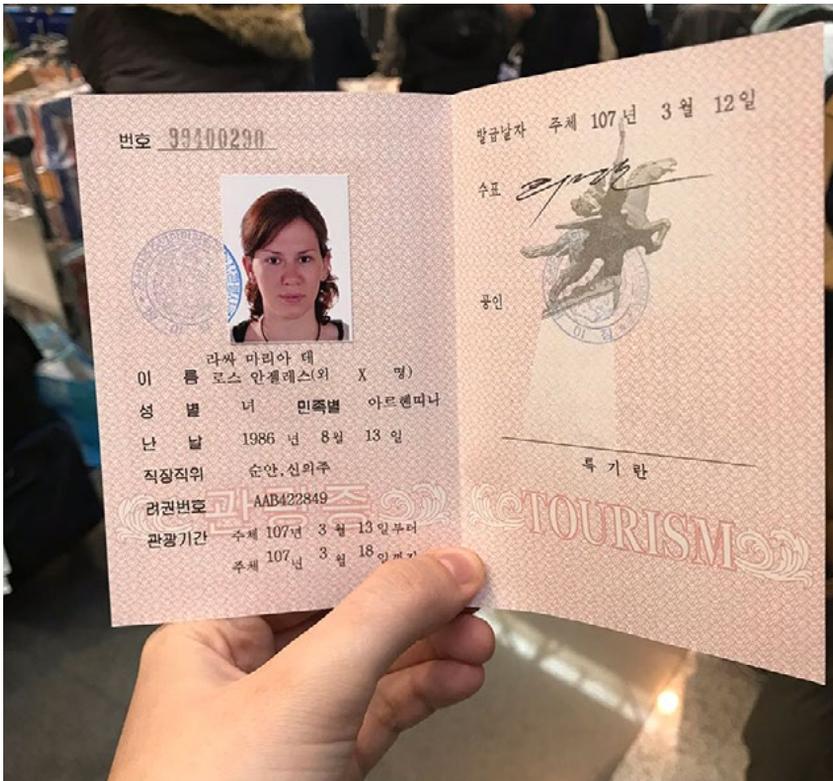
Cuando termina la reunión me asalta una combinación inesperada de ansiedad, angustia y soledad. Soledad, sobre todo. ¿Y si entro y nunca salgo? Hasta ese momento pensaba que no había nada más seguro que conocer las reglas y seguirlas. Pero entonces pienso en Otto Warmbier, que fue detenido, procesado y sentenciado por llevarse un póster de propaganda.

¿Y si me detienen, me procesan y me sentencian por algo que no sabía que estaba prohibido? Pienso que, hasta ese momento, nada de eso había sido una posibilidad real en mi vida. Digo, que me detengan, me procesen y me sentencien. Pero ahora sí lo es. ¿Y si entro y, de verdad, nunca salgo? Mi mamá es un fuerte «soporte *yoico*», diría mi hermana psicóloga, pero asumo que también está lidiando con sus propios miedos. Esa noche no duermo. Con mis palabras, y en silencio, me pongo a musitar una oración.

\* \* \*

A la mañana siguiente nos encontramos los treinta en la Terminal 2 del Aeropuerto de Beijing. Gergó y Marcus son los guías de Koryo Tours. Los veintiocho viajeros somos Carl (Noruega); José, Fermín y Liliana (México); Leanne, Adam y Chung Yi (Canadá);

João (Portugal); Andreas (Austria); Emel (Australia); Alexander y Jonathan (Reino Unido); Jonas, Anders y Lukas (Dinamarca); Naoya, Yuya, Haruyoshi y Tomoyoshi (Japón); Fabian (Suiza); Adriann (Filipinas); Frédéric (Francia); Markus y Jonas (Alemania); Vasu (India); Martín, mi mamá y yo (Argentina). Pero somos muchos, dicen, así que van a dividirnos en dos: catorce con Gergó y catorce con Marcus. A nosotras nos toca con el segundo.



Mi visa de viaje norcoreana, válida entre los días 13 y 18 de marzo del año juche 107 (2018).

Marcus es un australiano alto, flaco y poco carismático que viajó ocho veces a Corea del Norte. Como recomendación general nos sugiere seguir las reglas y estar siempre atentos a las visas: perder la visa equivale a no salir de Corea del Norte. En un sobre blanco, un poco abollado, Marcus las guarda con recelo. Mientras nos las entrega, me distraigo con los norcoreanos parados en la fila del *check-in*. Están facturando cajas gigantes, todas envueltas en papel de nailon con los colores de la bandera norcoreana: azul, blanco y rojo. A vuelo de pájaro cuento más de cincuenta cajas. Cada norcoreano lleva dos o tres. Una está mal envuelta y se ve el contenido: es una multiprocesadora Philips<sup>6</sup>.

Además de las cajas iguales, todos son hombres iguales y todos llevan zapatos iguales: iguales en la forma, iguales en el tamaño, iguales en el color, iguales en el brillo. Son botitas, talle 37, negras y brillantes. Muy brillantes. Sobre todo, brillantes. ¿Por qué nadie, en ninguna crónica ni en ningún documental, hizo referencia al brillo de los calzados norcoreanos? Me quedo pensando en lo absurdo de la situación: en Corea del Norte no hay frutas ni verduras, pero no falta el betún. Entonces me doy cuenta que estoy razonando mal: el betún es para zapatos de cuero. Los norcoreanos usan zapatos de vinalón<sup>7</sup>.

---

6 El contrabando hormiga ha sido una estrategia recurrentemente empleada por la DPRK para burlar las sanciones económicas impuestas sobre el país. El primer episodio registrado de este tipo tuvo lugar en 1976. En mayo de ese año, oficiales egipcios detectaron hachís en las valijas de diplomáticos norcoreanos. Más tarde, en octubre, la policía noruega detuvo a diplomáticos de Corea del Norte contrabandeando licor y cigarrillos. Episodios similares se han registrado en Dinamarca, Suecia y Finlandia. Sobre este asunto véase Cornell, Erik (2002). *North Korea under Communism: Report of an Envoy to Paradise*, London: Routledge, p. 60.

7 El vinalón se emplea no solo en la confección de ropa, sino también en la producción de zapatos, mochilas y cuerdas.

Nuestro *check-in* es en el mostrador E10, uno distinto de los tres habilitados para los nacionales de la DPRK. Tenemos que esperar mucho tiempo antes de llegar al mostrador, en el que nos termina atendiendo una señora bastante acostumbrada a maltratar. Nos pide el pasaporte, nos revisa la visa. «¿Pasillo o ventanilla? Las valijas se pesan acá». Y así, sin la amabilidad fingida de quien tiene que complacer a la clientela, la empleada de Air Koryo nos revolea las tarjetas de embarque sobre el mostrador.

\* \* \*

Air Koryo, la aerolínea de bandera de la DPRK, fue fundada en 1954. En sus años dorados llegaba a múltiples destinos de Asia, África y la soviética Europa del Este, pero después de 1990 redujo drásticamente sus operaciones. Hoy, además de vuelos domésticos, opera un puñado de rutas comerciales a Rusia, China y, según su página web, «a todo el mundo en asociación con más de 3000 aerolíneas»<sup>8</sup>. Incomprobable.

En 2015, Air Koryo fue calificada como la peor aerolínea del mundo. De acuerdo a Skytrax —una consultora británica dedicada a la evaluación de aerolíneas—, los asistentes de vuelo no manejan lenguas extranjeras, no hay revistas a bordo, el aire acondicionado suele gotear sobre los pasajeros y la comida deja mucho que desear. Descubriríamos más tarde que las azafatas hablaban inglés —o algo así—, había diarios y revistas a bordo, y el aire acondicionado no goteaba... simplemente porque no estaba encendido. Pero en honor a Skytrax y a la verdad, la comida dejaba mucho que desear. O al menos eso me pareció a mí, puesto que existían diversas opiniones al respecto.

---

8 El sitio web de Air Koryo puede consultarse en <http://www.airkoryo.com.kp/>.

Según Gergő, la clásica hamburguesa de Air Koryo era para repetir. Él siempre pedía una segunda ración. Según mi mamá, que no tiene vesícula, la hamburguesita era una bomba nuclear: pan duro con semillas de sésamo, carne de pollo procesada y aderezo de repollo con mayonesa juche (precisamente ese día comenzó la sistemática y precavida costumbre de comulgar con medicamentos para aliviar las alteraciones digestivas). Según Jonathan, el británico, era pasable... «*But I wouldn't order a second one!*» [¡Pero no pediría una segunda!]. A mí solo me parecía simpático el *packaging*: un pirotín blanco con ribetes calados –bien *soviet style*: mal gusto, despojado y austero–, y una cajita de plástico barato que una vez que se abría no podía volver a cerrarse. Para pasar la kimburguesa te ofrecían un vaso de gaseosa o jugo que eran, en ambos casos, glucosa concentrada con un poco de gas o colorante.

Después del servicio de *catering*, Air Koryo despliega para sus pasajeros una surtida gama de productos *duty free*: llaveros mal impresos de calidad dudosa, anotadores verdes estilo setentoso, escaarpines colorinches para bebés, cremas rusas con baba de caracol para humectar y blanquear la piel, imanes con nenitos que visten a la usanza tradicional coreana, lapiceras y monederos. ¿Venderán algo de vinalón? Los escaarpines parecen de lana y los monederos de lona. Paso.

Mi mamá sigue con mucho calor. Ya no se abanica con *The Pyongyang Times* porque no da tenerlo al Mariscal flameando durante la hora y media que dura el viaje. En cambio, opta por desvestirse: se saca una campera primero, un saquito después y una chalina negra de algodón que lleva al cuello.

Las azafatas con sus caras prolijas, blancas y brillantes –¿maquillaje de vinalón o baba de caracol?– siguen circulando

por los pasillos, siempre corriendo, siempre simulando tener mucho trabajo. Da la sensación de que las persigue el *Obi*<sup>9</sup>, el monstruo de la mitología coreana, pero en realidad las apura un comisario de a bordo. Tienen que repartir rápido los tres formularios que hay que completar para ingresar al país: la tarjeta sanitaria, la de migraciones y la de aduana.

En la tarjeta sanitaria preguntan qué países visitaste los últimos diez días y si tuviste alguno de los siguientes síntomas: fiebre, tos, problemas respiratorios, diarrea, erupciones cutáneas o nudos linfáticos. No, no, no, no, no y no sé qué es eso. La tarjeta de migraciones te pide consignar tu «raza» –que es la traducción norcoreana para «nacionalidad»–, compañía que te ingresa al país, compañía que te invita al país (KITC) y otros datos de rigor. La tarjeta de aduana, por último, te solicita los datos más sensibles: ¿Cuántas piezas de equipaje trae? ¿Con cuánto dinero entra al país? ¿Porta armas, municiones o explosivos? ¿Transporta drogas, narcóticos o venenos? ¿Y qué hay de los GPS o cámaras fotográficas? ¿Está seguro de que no trae ningún celular o radio? ¿Es consciente de que tiene que declarar bienes artísticos y de valor histórico/cultural? Y por último, ¿pretende entrar al país con libros? ¿Qué libros, cuántos?

Yo declaro una cámara Nikon con un objetivo de 18-55 milímetros, un iPhone 7 Plus y dos guías *Lonely Planet* de Japón, mi siguiente destino luego de Corea del Norte. Soy consciente de que

---

9 En 2013, un escritor norcoreano anonimizado bajo el seudónimo «Bandi» logró sacar del país un manuscrito con siete cuentos. El segundo de ellos narra la historia de un niño de Pyongyang que, por libre asociación, termina personificando al *Obi* en la figura de Karl Marx. Los relatos de Bandi han sido fundamentales para comprender cómo se vive (y cómo se muere) en Corea del Norte. Al respecto, véase Bandi (2017). *La acusación. Cuentos prohibidos de Corea del Norte*, Barcelona: Libros del Asteroide.

pueden retenerme los libros: Japón es un enemigo declarado del pueblo norcoreano.

—Che, ¿tengo que consignar también las tarjetas de memoria de la cámara? —pregunto.

—No, dijo Marcus que no hace falta —responde mi mamá.

\* \* \*

Por altoparlante acaban de anunciar que estamos próximos a aterrizar, que nos abrochemos los cinturones de seguridad y que ya no se puede ir al baño. Mientras Kim Ji Hyang se asegura de que estemos siguiendo las órdenes del capitán, por las ventanillas del avión observo a la DPRK por primera vez. Desde una vista panorámica diviso campos amarillos, casitas grises y parcelas marrones de tierra. Vista desde arriba es prolija y está vacía. Vista desde arriba es rural, muy rural, tan rural como Camboya.

¿Camboya? No sé por qué, viniendo de un país tan rural como Argentina, pienso en Camboya. Quizás porque a la ruralidad maoísta de ambas —a la de Camboya y a la de la DPRK— la vi desde ventanillas. O quizás porque —pienso ahora que escribo— lo rural de Argentina es «La Rural»<sup>10</sup>.

Cuando el tren de aterrizaje se despliega se oye un ruido seco y caemos algunos metros. Se me aflojan las piernas y pienso que si el Túpolev Tu-204 en el que volamos fuera una bolsa de pan de molde, el paquete diría «Consumir preferentemente antes del 08.12.1991». Ese día se firmó el Tratado de Belavezha

---

10 La Sociedad Rural Argentina (SRA) es una asociación civil patronal, fundada en 1866, que agrupa a grandes propietarios de tierras de la región pampeana de Argentina.



A bordo del vuelo JS151 con destino a Pyongyang, capital de Corea del Norte.

para desintegrar a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Pero ahí estamos, con las piernas flojas, vivitos y volando.

Aterrizamos en Pyongyang a las 15:33. De acuerdo al huso horario estándar para la península coreana y Japón (UTC+09) deberían ser ahora las 16:03. Pero el 15 de agosto de 2015<sup>11</sup>, la Asamblea Suprema del Pueblo<sup>12</sup> decidió atrasar los relojes media hora para romper con el «retorcido imperialismo japonés», así que eso: ahora son las 15:33. ¡Atrasen sus relojes!

Es curiosa la obsesión de los Kim con el tiempo. Con las formas de medir el paso del tiempo, en realidad. Es curioso que vivan en el año 107, media hora desfasados respecto de Seúl y que en algún momento hayan prohibido el uso de relojes pulsera. ¿Será que si lo clasifican de otra manera ganan más tiempo? O mejor aún: ¿será que si lo clasifican de otra manera ganan más poder? Porque ya lo decía Borges, «estamos hechos, no de carne y hueso, sino de tiempo»<sup>13</sup>. Y otra manera de clasificar el tiempo es más poder para disponer y ordenar cuerpos, ideas y relaciones. Es más poder para regularlo todo de otra manera. Todo. Todo a la manera de los Kim.

Todavía carreteamos por la pista del Aeropuerto Internacional de Sunan cuando una fila de norcoreanos se amontona en el pasillo para bajar del avión. Las azafatas, tan severas con los extranjeros,

11 El 4 de mayo de 2018, y también mediante decreto de la Asamblea Suprema del Pueblo, Corea del Norte unificó su huso horario con el de Corea del Sur. El cambio siguió a la histórica cumbre del 27 de abril de 2018 celebrada en Panmunjom entre Moon Jae-in, presidente de Corea del Sur, y Kim Jong Un.

12 Parlamento unicameral de Corea del Norte. Es actualmente presidido por Choe Ryong-hae y está conformado por 687 miembros. La Asamblea se convoca una o dos veces por año, así que a los efectos prácticos la función legislativa es cumplida por el *Presidium*, un órgano reducido a un puñado de miembros.

13 Borges, Jorge Luis & Kodama, María (1984). *Atlas*, Barcelona: Lumen, p. 75.

a ellos no les dicen nada. Y así, sin quererlo, se abre mi ventana de oportunidad: el fulano parado al lado mío viste un traje y está en el pasillo, distraído, bajando una caja del compartimento superior. Miro para adelante y para atrás, y compruebo que nadie me observa. Entonces le toco el dobladillo del saco, su saco grismarrón de vinalón, y no me parece gran cosa. Es un poquito áspero y fibroso, eso sí, y seguro tiene más años que yo (el saco, digo). Pero no sabría decir si es cómodo o abrigado.

Algo así debe ser Corea del Norte: de color grismarrón, un poquito áspera y fibrosa, más vieja que yo. Pero todavía no sabría decir si es cómoda o abrigada.



**DOS**

Según la antropología –¿o el urbanismo?– el ordenamiento del espacio es reflejo de dinámicas culturales y procesos históricos. Los *lugares* han sido siempre *antropológicos*, lugares creadores de identidad (y ordenados en función de la identidad). Pero en 1992, Marc Augé<sup>14</sup> teorizó sobre la brecha entre la disposición espacial y la disposición social de algunos *lugares*, y los llamó *no-lugares*.

Los espacios que nos sirven para recorrer el mundo –aeropuertos, autopistas– son *no-lugares*. Son enclaves anónimos para personas anónimas. Son *no-lugares* de paso, circunstanciales, sin identidad, de tránsito, de espera fugaz. Pero en Corea del Norte no existen los *no-lugares*. En Corea del Norte todo está densamente cargado de identidad:

- a) de identidad juche,
- b) de cuadros con las caras de los amados líderes,
- c) de propaganda política,
- d) de trajes de vinalón,
- e) de zapatos de vinalón,

---

14 Augé, Marc (2009). *Los no lugares: espacios del anonimato. Antropología de la modernidad*, Barcelona: Gedisa.

- f) de carteras de vinalón,
- g) de uniformes de vinalón,
- h) de pines con las caras de los líderes,
- i) de olor a humedad,
- j) de color grismarrón,
- k) de mucho olor a humedad,
- l) etcétera,
- m) de Guerra Fría,
- n) de militares.

De muchos militares que ahora me pongo a contar. Son treinta y un militares. No, treinta y dos. Treinta y tres. Trein... cuarenta. El cuarenta y uno es un militar treintañero con *walkie-talkie* y acné que dirige a otros militares. También coordina el micro-tráfico de multiprocesadoras Philips que van bajando del avión. Cuarenta y dos. Cuarenta y tres. Cuarenta y cuatro. Cuarenta y cuatro militares en el Aeropuerto Internacional de Sunan, un *sí-lugar*.

\* \* \*

En agosto de 1945, después de treinta y cinco años de ocupación nipona, los japoneses se retiraron de la península coreana. La campaña militar soviética había sido muy exitosa, tanto que algunos generales estaban a favor de seguir avanzando hacia el sur. Moscú, sin embargo, creyó importante mantener el acuerdo *de facto* celebrado con Washington: norte socialista, sur capitalista. Los ganadores de la guerra se repartían el mundo y, aparentemente, lo hacían de modo muy pragmático. Dicen que

la conversación duró media hora y la línea de demarcación se acordó en torno al paralelo 38.

Los soviéticos estaban conformes con el arreglo porque el nuevo Estado socialista era un camarón entre ballenas: un tapón geopolítico entre la Unión Soviética, China y Corea del Sur, el nuevo satélite capitalista. Además, por su geografía montañosa poco apta para el cultivo, el norte era la región más industrializada de la península. Pero entonces los soviéticos se enfrentaron a un primer problema: en el norte socialista no había socialistas.

El marxismo había emergido en la península coreana en la década de 1920 pero, dada la brutalidad del régimen colonial japonés, gran parte de los intelectuales comunistas huyeron del país poco después. Con la expulsión de los japoneses, los coreanos exiliados fueron retornando poco a poco, pero eligieron instalarse fundamentalmente en Seúl. Entre los recién llegados había un tal Kim Il Sung, que para entonces había pasado más de dos décadas fuera de su país luchando primero para las guerrillas del Partido Comunista de China, y para el Ejército Rojo después.

Kim Il Sung —a pesar de no contar con formación política ni académica a sus 36 años— hablaba chino, ruso y tenía relativa influencia entre los coreanos exiliados. Según testimonios de sus camaradas, sin embargo, su aspecto era poco heroico: «Me hacía acordar a un vendedor gordo en un puesto de comida china»<sup>15</sup>. Aún así, el politburó moscovita lo designó responsable de construir al naciente país socialista. Stalin veía en Kim la quintaesencia del *homo sovieticus*: obediencia.

---

15 Lankov, Andrei (2013). *The real North Korea. Life and Politics in the Failed Stalinist Utopia*, Oxford: Oxford University Press, p. 4.

Entre 1948 y 1949, Kim Il Sung preparó planes para reunificar la península coreana. El primer paso en su esquema fue reclutar y pertrechar a un vasto ejército de camaradas. Y una vez entrenados, y medianamente equipados, tomó un tren hasta Moscú para venderle la idea a Stalin. No está claro qué ocurrió en ese encuentro, pero se sabe que el vendedor-gordo-de-puesto-de-comida-china le dijo a Stalin que el sur era un reservorio de socialistas que no dudarían en apoyar al Ejército del Pueblo en su gesta libertadora. Es más, ¡los estaban esperando ansiosos!, dijo Kim Il Sung. A Stalin no terminaba de cuadrarle la lectura de Kim, pero igualmente autorizó la operación.

En junio de 1950, con tanques y asesores soviéticos, el Ejército del Pueblo cruzó el paralelo 38. Dos días más tarde ya despleaban retratos de Stalin y Kim Il Sung en los principales edificios de Seúl.

*En los cuatro meses que Estados Unidos tardó en reunir un ejército para lanzar el contraataque, los norcoreanos cometieron asesinatos en masa, con un saldo de víctimas de más de veintiséis mil civiles surcoreanos (una media de mil seiscientos hombres, mujeres y niños cada semana). Además, abrieron las puertas de todas las cárceles que encontraban a su paso, liberaron a los reclusos —ya fueran prisioneros políticos, asesinos o violadores— y les encargaron formar tribunales populares para juzgar y condenar a civiles inocentes.<sup>16</sup>*

En octubre de 1950, las fuerzas combinadas de Estados Unidos, Corea del Sur y Naciones Unidas liberaron Seúl, cruzaron el paralelo 38 e invadieron Pyongyang. La China maoísta, preocupada,

---

16 Fischer, Paul (2016). *Producciones Kim Jong-Il presenta... La increíble historia verdadera de Corea del Norte y el secuestro más osado de la historia*, Madrid: Turner [versión Kindle: pos. 472].

tomó cartas en el asunto e hizo retroceder a los aliados hacia el sur de Seúl. La capital surcoreana era nuevamente comunista, pero lo sería solo hasta marzo de 1951, fecha de reconquista en manos de las tropas capitalistas. Desde entonces, marzo de 1951, la península coreana gravita sobre dos ejes: Pyongyang y Seúl.

Como en una versión alegórica de *El príncipe y el mendigo* de Mark Twain, Pyongyang es Thomas Canty y el Príncipe Eduardo es Seúl. Hoy, Corea del Sur tiene sesenta millones de usuarios de telefonía móvil, y Corea del Norte solo tres. Un surcoreano promedio mide un metro setenta y cinco, y un norcoreano promedio, ocho centímetros menos. Corea del Sur tiene el 92 % de sus caminos pavimentados, y Corea del Norte el 97 % sin pavimentar. El PBI per cápita de Corea del Sur es de US\$ 32.000 y el de Corea del Norte de ¿US\$ 700, quizás? Pero en un indicador el sur es el mendigo: el personal militar activo en Corea del Norte supera casi en un 50 % al personal militar activo en Corea del Sur: 1.200.000 contra 650.000.

Un recurso tan abundante –el personal militar, digo– tiene sentido como insumo para una sola industria: la guerra. Y si no hay guerra, entonces debería haber una permanente hipótesis de conflicto. Eso alimenta sin pausa Pyongyang: una eterna hipótesis de conflicto, quizás respaldada por el hecho de que el 27 de julio de 1953 ambos países firmaron un armisticio, que no equivale a una paz formal. Pero sin enfrentamiento directo entre las tropas de ambos países, los militares norcoreanos tienen ocupaciones no tan castrenses: recoger manzanas –la fruta preferida del Amado Líder Kim Jong Il–, construir viviendas o servir como burócratas en el único aeropuerto internacional del país.

Y aquí estoy yo, rodeada de cuarenta y cuatro de ellos. El que tiene acné y *walkie-talkie* nos ordena en cuatro filas y yo quedo en la segunda con Emel, la australiana. A mi mamá la pierdo de vista durante unos segundos, pero después la descubro en la primera. En la tercera fila, fanfarroneando, Vasu está diciendo que ingresó con pasaporte indio pero que podría haber venido con el estadounidense porque él también es ciudadano de Estados Unidos. Y Jonathan, el británico de Oxford, le dice que se calle, que no es muy popular ser *yankee* en Corea del Norte. Incluso le advierte que podrían rechazarle el ingreso.

Yo estoy concentrada en los paquetes que desfilan a pocos pasos de mí. Son las multiprocesadoras que, con meticulosa coordinación, van bajando del avión. Me pregunto si irán a parar a las casas de la élite norcoreana, pero no tengo manera de saberlo.

Ahora Emel se ubica frente al militar de migraciones y, como me encuentro a pocos pasos de ella, escucho que está en problemas. Según entiendo, en la foto de su pasaporte está rubia pero ahora tiene el pelo oscuro. Entonces ella le explica al camarada que cuando hizo su pasaporte estaba teñida de rubio, pero el camarada no le cree o no le entiende. Emel se ríe nerviosa y veo que se para en puntas de pie. Su cara apenas llega al mostrador. Entonces el camarada llama al militar del *walkie-talkie*, y el del *walkie-talkie* llama a un tercero, y entre los tres tratan de resolver el entuerto. La miran a ella y miran el pasaporte. Miran el pasaporte y la miran a ella. Le preguntan cómo se llama, de dónde viene. Y vuelven a mirarla a ella. Y vuelven a mirar el pasaporte. Mientras tanto, todas las filas avanzan y yo me quedo sola de este lado, porque Emel también acaba de pasar.

—*Country?* [¿País?]

—*Argentina* —respondo, pero el soldado no entiende y me pide que le repita—. *Ar-gen-ti-na* —digo de nuevo, esta vez más pausadamente.

Pero tampoco me entiende, aunque no me hace repetir. En su lugar, despliega un planisferio político y eso me descoloca completamente: creí que los planisferios estaban prohibidos en Corea del Norte. Y sí, lo están, pero parece que no para este militar. De todas maneras, da igual que lo tenga porque no sabe usarlo.

Empieza a buscar países, y escucho por ahí que dice Palestina. También lee con dificultad Angola y me termina preguntando si vengo de Australia. Le digo que no, que soy de Argentina, *deep in the south of Latin America* [bien al sur de Latinoamérica]. Pero el camarada sigue en la suya. Muy entusiasmado, da la impresión, porque parece que le hace ilusión encontrar a Argentina en el mapa. Y cuando la encuentra, la señala para sí y ríe con satisfacción de burócrata eficiente. Entonces, intuyo, se queda un par de segundos pronunciando para sus adentros el nombre de un país que —claramente— jamás escuchó nombrar.

A cambio de mi pasaporte y la visa sellada, entrego dos formularios: el sanitario y el de migraciones. Pero aún conservo el de aduana, que debería estar entregando en breve. Y así ocurre, de hecho, porque a pocos pasos del analfabeto geográfico me esperan siete nuevos militares para revisar mi equipaje.

—¿Cuántas piezas de equipaje trae?

—Una, pero la comparto con mi mamá. La acaba de pasar ella, creo —le aclaro.

—¿Y con cuánto dinero entra al país?

—Doscientos dólares y un par de renminbis.

—¿Porta armas, municiones o explosivos?

—No.

—¿Transporta drogas, narcóticos o venenos?

—No.

—¿Y qué hay de GPS o cámaras fotográficas?

—Sí, traigo una Nikon D3100 con dos memorias.

—¿Está segura de que no trae ningún celular o radio?

—Traigo un iPhone. Mire, acá está.

—¿Es consciente de que tiene que declarar bienes artísticos y de valor histórico-cultural?

—Sí, obvio...

—¿E ingresa al país con libros?

—Este... Traigo dos guías de viajes *Lonely Planet*. No sé si cuentan como libros.

—Bueno, entréguenos su pasaporte y el formulario de aduana.

No lo tengo en las manos. Al pasaporte, digo. Entonces busco en mi bolsillo derecho. Nada. Bolsillo izquierdo. No lo encuentro. Bolsillo interno. Tampoco. Creo que lo tengo en la mochila de mano, pienso, pero uno de los militares la está revisando justo ahora.

—Creo que mi pasaporte está en la mochila —le explico a uno de ellos, que entonces me «da permiso» para buscarlo. Abro un bolsillo, abro otro y después otro: el pasaporte no está.

Me pongo blanca y el corazón me late fuerte. También siento vértigo y se me aflojan las piernas. Así debe haberse sentido Otto

Warmbier cuando lo detuvieron en ese mismo aeropuerto, digo ahora que lo pienso (y el «ahora» no es *ahora* en Pyongyang, sino *ahora* en la comodidad de mi casa mientras escribo esto). Entonces me doy cuenta que lo puse en la misma bandeja que acaba de pasar por el escáner con mi mochila de mano. Mi pasaporte está ahí, en la misma bandeja que pasó con mi mochila. Pero no, tampoco está ahí, porque un militar acaba de revisarla y la bandeja está vacía.

El equivalente norcoreano a «Acompáñenos, por favor» es un empujón sin el «acompañenos», sin la coma después del «acompañenos» y sin el «por favor». Es un empujón a secas, con escolta de tres militares que te llevan a una salita donde te esperan tres más. Camino con pánico, porque además no veo a mi mamá, ni a Emel, ni al indio fanfarrón, ni al británico, ni a mi guía. Pero cuando entro a la salita me encuentro con José y Fermín, los dos mexicanos, y les pregunto en español si saben qué pasa. Fermín me dice rápido que a él le observaron su cámara. Aparentemente tiene una lente no permitida, de más de 150 milímetros, así que le están haciendo una especie de pagaré para devolvérsela a su salida del país.

—¿Y tú? —me pregunta Fermín.

—No encuentro mi pasaporte —respondo—, y José pone cara de susto.

Uno de los militares, detrás de un mostrador hecho con bancos de fórmica marrón, está terminando de registrar la cámara de Fermín en un libro de contabilidad. Intento descifrar qué escribe, pero me resulta imposible: escribe en coreano y con letra minúscula. Esa letra minúscula es el primer indicador de escasez que detecto en la DPRK. La letra grande consume papel, y el papel es

un bien de lujo en el contexto de economías de guerra. A Sophia Scholl<sup>17</sup>, en parte, la decapitaron por eso. Por publicar ideas contra los nazis, obvio. Pero también por gastar papel, sobres y estampillas: el estricto racionamiento impuesto por el nacional-socialismo alcanzaba a las verduras, al pan y también al papel.

Racionamiento de papel para las ideas, obvio, no para la burocracia. Las prioridades siempre importan. Por eso el burócrata anota el número de serie de la cámara de Fermín, la marca, los milímetros de la lente. La revisa, la da vuelta, examina la memoria USB. Y yo espero, paciente, del latín *patients*: 1. adj. Que tiene paciencia, que aguanta. 4. m. y f. Persona que padece física y corporalmente.

La espera, escribió Pierre Bourdieu<sup>18</sup>, es una de las formas de experimentar los efectos del poder. Hacer esperar, hacer demorar, es una experiencia estratificada del tiempo: la que le toca al pobre, al cliente, al paciente (del latín *patients*). Como en un consultorio médico. Como en una oficina de desarrollo social. Como detrás de un mostrador hecho con bancos de fórmica marrón. Espera el que obedece. Espera la que obedece. Los Kim no esperan, a los Kim los esperan.

Fermín se está yendo sin su cámara. Se la van a devolver cuando abandone el país. Y a mí me piden las guías *Lonely Planet*, las de Japón, y se me ocurre que es un error burocrático. Yo estoy acá porque mi pasaporte no aparece, pero parece que ahora apareció. A lo lejos, afuera de la salita con los bancos de fórmica

---

17 Sophia Magdalena Scholl (1921-1943), estudiante de la Universidad de Múnich al momento de su muerte, fue activista del movimiento «Rosa Blanca» en la Alemania nazi. En 1943 fue detenida por imprimir y repartir proclamas contra Adolf Hitler, y ejecutada con guillotina por el cargo de alta traición.

18 Bourdieu, Pierre (2006). *Meditaciones pascalianas*, Barcelona: Anagrama.

marrón, mi mamá agita los brazos para avisarme que el pasaporte apareció. Lo había agarrado ella, sin saber –hasta el día de hoy– si por la ansiedad de estar rodeada de cuarenta y cuatro militares o porque los episodios con pasaportes son escenas recurrentes en sus viajes. Como en Lima, que dejó su pasaporte sobre un mostrador; como en Roma, que lo traspapeló en una revistita de Farmacity; como en Nueva York, que lo dejó sobre la mesa de un Starbucks; o como en Madrid, que quedó olvidado en un carrito de equipaje.

Como barajando un mazo de cartas, uno de los militares de la salita hojea la guía de Tokio. Después la de Osaka. Y anota cosas. Me mira y sigue anotando cosas con su letra chiquita y prolija. Y cuando termina me devuelve las guías y me dice que me vaya. ¿Ya está? Me dice que sí, que ya está, que me vaya. Que no entiende por qué no entiendo. Entonces obedezco y me voy.

Afuera de la salita ya no queda nadie: ni Fermín ni mi mamá. Solamente una nueva militar, esta vez mujer, me indica que siga caminando hasta cruzar una puerta. Y yo también le obedezco.

Del otro lado de la puerta, en el *lobby* del aeropuerto, veo primero a mi mamá, a Liliana y a Marcus. José y Fermín, los mexicanos de la cámara, están más lejos probando qué tan rápido se desplazan sus valijas sobre el piso impoluto del aeropuerto. Y un poco más lejos, ordenados en círculo, el resto de mis compañeros de viaje saludan por primera vez a nuestras niñeras: el Señor Kang y la Señorita Cho.

*Llamó Jesús a los doce y los envió de dos en dos* (Marcos 6, 7-13).

Los viajes independientes están prohibidos en Corea del Norte. Se ingresa a Corea del Norte en *tours* guiados –incluso

si el *tour* es para una persona—, y la comitiva juche suele incluir a dos niñeras, un camarógrafo y un chofer. Del camarógrafo puede prescindirse. Del chofer no tanto. De las niñeras, definitivamente no.

Dicen que el refrán es ruso: *Доверяй, но проверяй* [«Confía, pero verifica»]. Y su traducción política estuvo a cargo de la KGB. La KGB los enviaba de dos en dos, porque es bueno confiar, pero es mejor verificar.

En el Señor Kang confían. En la Señorita Cho también confían. Ambos vigilarán con devoción socialista al contingente de turistas burgueses. ¿Pero si el Señor Kang pisa el palito y vende al Amado Líder por un par de Ray-Ban? ¿Y si la Señorita Cho cae presa de las mieles del capitalismo y traiciona al Presidente Eterno por una crema humectante L'Oréal? Entonces mejor, sí: que el Señor Kang verifique a la Señorita Cho. Y también que la Señorita Cho verifique al Señor Kang. Sí, sí. Mejor.

No sabría qué edad atribuirle al Señor Kang. Calculo que tiene unos treinta y ocho, cuarenta años. Es bajito, compacto, y nos recibe con una sonrisa y una reverencia, de esas rápidas que hacen en muchos países de Asia para saludar o dar las gracias. A la Señorita Cho, por su parte, le doy unos veinticinco años y no más de metro cincuenta. Cubre su cara con un revoque grueso de polvo blanco que brilla tanto que, si me apuran, arriesgo que es polvo de vinalón.

La Señorita Cho me explica que estaban esperándome, que no entendían por qué demoraba tanto. Pero qué suerte que llegué, porque ahora el grupo está completo y listo para escuchar las próximas indicaciones que van a darnos.

El recorrido del grupo de Marcus será el siguiente: un bus, que ya nos espera afuera, va a llevarnos directamente a Pyongyang. Una vez allí, visitaremos el Arco de Triunfo, la Plaza Kim Il Sung y el Gran Teatro de Pyongyang. Una vez que terminemos con el circuito del primer día, cenaremos en el Restaurante N° 2 unos exquisitos *naengmyeon*. Y opcionalmente, en función de traspase, podremos elegir entre hacer una caminata por el centro de Pyongyang o ver en el Cine Internacional de Pyongyang *Comrade Kim Goes Flying*, una película romántica coproducida por Corea del Norte, Bélgica y Reino Unido.

—¡Presten especial atención: antes de ir al bus, necesitamos sus pasaportes! Resulta que hemos tenido experiencias previas en las que turistas pierden sus pasaportes, se los olvidan o desaparecen. Entonces nosotros se los vamos a guardar y se los devolveremos cuando abandonen el país —nos advierten.

La confiscación de pasaportes no le hace gracia a nadie. Yo sabía que podía pasar, porque había leído sobre turistas con experiencias similares. Hasta llegué a comentárselo a una amiga diplomática en una ocasión en que, indignada, me refirió la ilegalidad del hecho conforme a una convención internacional (de Viena, o de Ginebra, que para el caso es lo mismo porque el derecho internacional, en Corea del Norte, es ciencia ficción). Entonces precavida, y anticipándome a la expropiación socialista de la identidad, llevo conmigo un segundo pasaporte. Está vencido, pero sirve para acreditar quién soy. Una modesta autoafirmación del yo en un país en el que lo individual se subordina ~~al bien social~~ a los Kim.

Liliana, la mexicana, ha planeado algo parecido. Tiene doble ciudadanía y entregó su pasaporte mexicano. Al estadounidense se lo guardó, cuestión que le traerá problemas más adelante porque su visa de ingreso a China está en el documento de viaje

azul y no en el verde. ¿Cómo ha llegado a Corea del Norte con un pasaporte que no registra visado para China?

En el contexto de nuestra angustia, la Señorita Cho ofrece un consuelo provisorio. En un puestito de *souvenirs* localizado en el ingreso al aeropuerto, podemos comprar un pasaporte diplomático norcoreano por cinco dólares. No es un pasaporte diplomático, claramente. Se trata de una libretita que, emulando el *look and feel* del pasaporte juche de la élite, ofrece en cada hoja una atracción turística del país: la casa donde nació el Presidente Kim Il Sung en Mangyongdae; la Torre Juche; el Arco de Triunfo; el Monumento a la Fundación del Partido de los Trabajadores; el Palacio de los Niños de Mangyongdae; el Museo de la Guerra de Liberación de la Patria Victoriosa; el Gran Palacio de Estudios del Pueblo; el Museo del Sello Nacional; la Torre de la Amistad; la Calle Chongchun; el Hotel Internacional Yanggakdo; la Estación Central de Pyongyang; el Aeropuerto Internacional de Sunan; la Exposición Internacional de la Amistad; el Templo Pohyon en el Monte Myohyang; el Mausoleo del Rey Tongmyong; el Pabellón Phanmun; el Museo Koryo de Kaesong; la Cataratas Pagon; la Represa del Mar del Oeste; el Ski Resort de Masikryong y el Monte Kumgang. El desafío consiste en coleccionar los sellos que obtendremos cada vez que visitemos alguno de esos lugares.

Fermín y José se compran uno cada uno. La canadiense y Emel también. Y yo, indecisa al principio, acabo de desembolsar un billete de veinte dólares para comprar un falso pasaporte norcoreano.

Corea del Norte —o los Kim, en realidad— tiene un curioso historial con los pasaportes falsificados. En 1996, la Embajada de Brasil en Praga emitió presuntamente dos pasaportes falsos a nombre de Josef Pwag y Ijong Tchoi. Ijong era Jong Il y Josef,

Jong Un. Los pasaportes, según hipotetizaron servicios secretos europeos, se usarían para viajar a Brasil, Japón y Hong Kong, pero nunca quedó claro si fueron usados (y la Cancillería brasileña no se pronunció al respecto). Y no muchos recuerdan que el favorito para suceder en el trono a Kim Jong Il era Kim Jong Nam, su primogénito, que quedó descartado de la línea de sucesión por culpa de *Mickey Mouse*. En 2001, con un pasaporte falso de la República Dominicana, fue detenido en el Aeropuerto de Tokio-Narita. Había ingresado con intenciones de visitar el *Disneyland* de la capital japonesa, pero terminó deportado y exiliado en Macao antes de su asesinato el 13 de febrero de 2017 en el Aeropuerto de Kuala Lumpur.

Con pasaportes de mentirita en mano, y después de hacer malabares para conseguir cambio de mi billete de veinte dólares, nos conducen al bus. El Señor Kang se muestra caballeroso y ayuda a mi mamá con su valija. Y en el trayecto –bien corto– aparece por primera vez el Señor Paek, el camarógrafo que de ahora en más escoltará al contingente a sol y a sombra. ¡Sonrían y saluden a cámara! Los estamos filmando.

Arriba del busito Volkswagen conducido por el Señor Li, elijo un asiento a mano derecha del lado de la ventanilla. Siempre elijo pasillo, pero no esta vez. No quiero perderme nada. Los detalles importan, sobre todo para detectar las notas desafinadas en la gran orquestación que nos ofrecerán el Señor Kang y la Señorita Cho.

\* \* \*

Quienes decidimos viajar a la DPRK nos enfrentamos a dos críticas frecuentes. La primera, que financiamos indirectamente al régimen, porque las divisas que dejamos en el país son un

paliativo a las sanciones económicas que pesan sobre el Reino Hermético desde 2006<sup>19</sup>. La segunda, que no vemos más que una realidad orquestada del país –y, por lo tanto, falsa–. Entonces, ¿para qué viajar?

Entiendo la primera crítica y me ha generado, más de una vez, ambivalencia moral. Sin embargo, no es enteramente cierto que el dinero del turismo financie las actividades bélicas del régimen. El turismo representa un magro 0,3 % del PBI de Corea del Norte, algo así como cuarenta millones de dólares, que se estima que financian a la misma –y destartalada– industria turística del país (hoteles, restaurantes, transporte y personal como el Señor Kang, la Señorita Cho, el Señor Paek y el Señor Li).

Cuarenta millones son un vuelto para la élite norcoreana. Cuarenta millones no financian las excentricidades delictivas de los Kim. Por eso, y según testimonios de desertores, la joya de la corona es el Buró 39<sup>20</sup>, un grupo de tareas del Comité Central del Partido de los Trabajadores que burla las sanciones impuestas y obtiene divisas extranjeras mediante un variopinto menú de ilegalidades (cibercrímenes, tráfico de marfil, tráfico de drogas, falsificación de billetes, fraudes de seguros, estafas con criptoactivos, cadenas de *hostels*, restaurantes y trabajadores en el extranjero).

---

19 A raíz de su primera prueba nuclear en octubre de 2006, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas impuso una primera ronda de sanciones con la aprobación de su Resolución 1718. Las sanciones, entre otras cosas, prohíben las importaciones y exportaciones de carros de combate, vehículos blindados de combate, sistemas de artillería de gran calibre, aviones de combate, helicópteros de ataque, buques de guerra, misiles o sistemas de misiles y material conexo incluidas piezas de repuesto. A la Resolución 1718 le siguieron ocho más, además de sanciones bilaterales impuestas por Australia, Canadá, China, Japón, Rusia, Corea del Sur, Taiwán, Estados Unidos y la Unión Europea.

20 El 26 de mayo de 2021, la Deutsche Welle emitió el documental *Büro 39: Nordkoreas schwarze Kassen* de los directores Sebastian Weis, Lukas Augustin y Carl Gierstorfer. En el mismo, con testimonios de expertos y disidentes, se hace referencia a las actividades delictivas del Buró 39.

Así y todo, entiendo la primera crítica. Me parece razonable. A la segunda crítica, sin embargo, nunca la comprendí. Porque orquestar la realidad también es decir. Y la orquestación norcoreana dice todo el tiempo, pero es deficiente: no llega a compensar con épica discursiva la pobreza y la escasez. Entonces desafina. Mucho y muy seguido.

Detecto la primera grieta a poco de abandonar el aeropuerto. Rumbo a Pyongyang, en un trayecto de poco menos de treinta minutos, las imágenes rurales que había visto en altura más temprano se llenan de personas. Están en cuclillas talando troncos ya mochos, sacando pedacitos de madera para armar fogatas. Mientras tanto, la Señorita Cho ajusta el micrófono del busito para darnos la bienvenida a la hermosa y próspera capital de la DPRK.

Pyongyang es la capital de setenta y cinco millones de personas, dice la Señorita Cho, y a mí no me cierran los números. Tardo segundos en darme cuenta de que está sumando las dos Coreas: cincuenta millones de habitantes del sur y unos veinticinco del norte. Es la narrativa oficial —«Corea es una sola»—, y Pyongyang es la capital del norte solo momentáneamente y solo desde 1972. Recién en ese año, en el último de sus artículos, la Constitución Socialista de los Kim estableció a Pyongyang como capital de la DPRK.

Es que Corea del Norte vive en «modo negación». Como mecanismo de defensa, niega. Sistemáticamente, niega. Niega al sur, niega a Seúl, niega las violaciones a los derechos humanos, niega su impotencia, niega su hambruna<sup>21</sup>. Niega lo que no puede

---

21 La gran hambruna de Corea del Norte, producto del colapso del sistema de distribución estatal sumado a inundaciones hacia finales de los años ochenta, se extendió entre 1994 y 1998. Un año después, en 1999, Pyongyang admitió la muerte de cerca de 220.000 personas. Cifras extraoficiales calculan que los

digerir, lo que no puede interpretar, lo que no puede conciliar con una narrativa que siempre ha insistido en que son el país más feliz del mundo<sup>22</sup>. Pero la realidad se filtra por unas grietas indisimulables que, sin esfuerzo, puedo ver desde la ventanilla del busito Volkswagen.



En el ingreso a la ciudad de Pyongyang, un norcoreano transporta enormes tubos de construcción a bordo de su bicicleta.

---

decesos estarían entre las 500.000 y 600.000 personas o, incluso, por encima del millón. Sobre la época más oscura del país, que el régimen llamó propagandísticamente la «Ardua Marcha» evocando el sufrimiento soportado por Kim Il Sung durante la invasión japonesa, cf. las historias que recoge Demick, Barbara (2021). *Nada que envidiar: la vida común y corriente en Corea del Norte*, Barcelona: Península.

- 22 Dos libros se han inspirado en esta idea para referir las brutalidades del régimen norcoreano. El primero pertenece a Jiménez, David (2013). *El lugar más feliz del mundo*, Madrid: Kailas. El segundo es de las periodistas Vidal, Macarena & Romero, Sara (2022). *El país más feliz del mundo: Corea del Norte bajo el puño de hierro de Kim Jong-un*, Barcelona: Península.

Veo a un señor que transporta caños blancos en su bicicleta. Veo a muchas personas caminando por el costado de la ruta. Veo soldados, marchando ordenados, con palas en los hombros. Veo, medio en penumbras detrás de una vidriera mugrienta, a mujeres trabajando con sus máquinas de coser. Veo a un señor encorvado que camina con dificultad. Veo un cartel que proclama «¡Unidad invencible de un solo corazón, diez mil años y para siempre!». Veo a unos chicos jugando al vóley en un terreno polvoriento. Veo un edificio grismarrón y pobreza grismarrón que viste ropa grismarrón de vinalón. Pero la Señorita Cho lleva puesto un blazer rojo.



삼

## TRES

Producen –y exportan– las estatuas de bronce más grandes del mundo. Son dueños del estudio de arte más grande del mundo<sup>23</sup>. Son los mayores productores mundiales de vinalón. Tienen el hotel abandonado más alto del mundo<sup>24</sup>. Han construido el estadio de fútbol más grande del mundo<sup>25</sup>. Su Metro es el más profundo del mundo. Y su Arco de Triunfo, nos explica la Señorita Cho señalando ahora al budoque de cemento, es el más alto del mundo (9 metros por encima del de París).

---

23 En 1959, en el distrito de Pyeongcheon en Pyongyang, se fundó el Estudio de Arte Mansudae. El estudio tiene 120.000 metros cuadrados y produce estatuas de bronce, esculturas, grabados en madera, cerámicas, bordados y pósters de propaganda. En 2005, el italiano Pier Luigi Cecioni viajó a Corea del Norte para conocer el lugar. Desde entonces, el florentino comercializa la producción de los artistas norcoreanos en el resto del mundo.

24 La construcción del Hotel Ryugyong comenzó en 1987 y tenía como objetivo albergar a los asistentes del Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes de 1989. Sobre el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes véase *La chica del sur* (2012), documental del cineasta argentino José Luis García. Sin embargo, la obra se detuvo en 1992. En 2008 una empresa egipcia continuó con la construcción y en 2011 colocó los cristales exteriores. No obstante, el hotel nunca fue inaugurado y permanece vacío.

25 El Estadio Rungrado Primero de Mayo, con capacidad para 114.000 espectadores, es el estadio de fútbol más grande del mundo y fue inaugurado en 1989. Allí, en los meses de agosto o septiembre, se celebra anualmente el Festival Arirang o Juegos de las Grandes Masas.

La DPRK es un país megalómano y su obsesión con la grandeza es transgeneracional, pero el delirio ha ido vistiendo diferentes ropajes a lo largo de la historia. A Kim Il Sung, el abuelo, se le daba por la megalomanía urbanística. El hotel, el estadio, el Metro, el Arco de Triunfo, la Torre Juche y el Gran Monumento de la colina Mansu son de él. Tenía billetera para financiar sus aires de grandeza, digamos todo, particularmente hasta mediados de la década del ochenta. Su hijo, sin embargo, no tuvo tanta suerte: asumió el poder el 8 de julio de 1994, el mismo día de la muerte de su padre, y en vísperas de la peor hambruna del país socialista.

Pero Kim Jong Il tenía otras destrezas. Cinéfilo devoto, y entrenado en ideología y propaganda desde su incorporación a la rama joven del Partido de los Trabajadores, era un hábil arquitecto de lo simbólico. Y desde los veinticinco años, cuando fue ascendido por su padre a Director de Artes Culturales del Departamento de Agitación y Propaganda, se convirtió en el responsable de todas las producciones cinematográficas, teatrales y gráficas del país.

Supervisando todas las películas editadas en Pyongyang desde 1967, Kim Jong Il construyó una sólida narrativa al servicio de la propaganda. La narrativa era sencilla, nada rebuscada: «Kim Il Sung, el gran líder supremo y nuestro padre, ha guiado y protegido al pueblo norcoreano contra los enemigos de Japón y Estados Unidos. En retribución, la mayor virtud es honrarlo y servirlo con devoción». Y esa narrativa, sencilla pero efectiva, era acompañada por un curioso conjunto de códigos visuales.

*Corea del Sur y Japón, si aparecían, nunca debían presentarse bajo la luz del sol, sino siempre bajo la lluvia y, preferiblemente, de noche. Por supuesto, en el Paraíso de los Trabajadores siempre lucía el sol. Los personajes estadounidenses no podían parecer normales y debían presentar uno o varios rasgos físicos peculiares: una cojera o, tal vez, un exceso de vello facial. Salvo en una película biográfica rodada en 1982, jamás se veía al Líder Supremo, solamente se le mencionaba. Los protagonistas siempre eran chicas jóvenes, rollizas y de mejillas sonrosadas o chicos jóvenes y fornidos.*<sup>26</sup>

La megalomanía de Jong Il era gramsciana. Se trataba de una megalomanía de la superestructura, obsesionada con la hegemonía cultural y los aparatos ideológicos del Estado, aunque tampoco desatendía aspectos más triviales y mundanos. En un país obsesionado con la grandeza, al Kim hijo lo acomplejaba su altura. Medía apenas un metro sesenta, que se esforzaba en enmascarar con zapatos de plataforma y un peinado construido en altura que, siendo optimistas, con toda la furia le sumaban unos diez centímetros.

Ni urbanística ni gramsciana, la megalomanía de Kim Jong Un es castrense. Jong Un mide su virilidad en cantidad de ojivas, lanzamientos misilísticos y poder de fuego. «Siempre hay un botón para activar armas nucleares en mi escritorio», aseguró temerariamente en su mensaje del Año Nuevo de 2018. Y cumple con su amenaza: el nieto ha lanzado más misiles que su abuelo y su padre juntos, y ha sido responsable de cuatro de las seis pruebas nucleares realizadas hasta la fecha por su país. El Kim más chico, muerto de miedo, mata de susto.

---

26 Fischer, Paul (2016). *Producciones Kim Jong-Il presenta... La increíble historia verdadera de Corea del Norte y el secuestro más osado de la historia*, Madrid: Turner [versión Kindle: pos. 1871].

Ajena a las fantasías bélicas del actual Kim, y en sintonía con los delirios del Presidente Eterno<sup>27</sup>, la Señorita Cho repasa pormenorizadamente los detalles del Arco de Triunfo más alto del mundo. Construido en 1982 sobre la Plaza del Triunfo, en pleno centro de Pyongyang, conmemora la resistencia del pueblo coreano frente al Imperio de Japón. Es más alto que el Arco de Triunfo de París –reitera ese dato de color– y cuenta con 25.500 bloques de granito blanco que representan cada día de vida de Kim Il Sung hasta ese momento.

Mientras escuchamos la historia del Arco de Triunfo «más alto del mundo», el camarógrafo nos hace planos cortos para captar nuestras reacciones ante las grandilocuentes referencias de la Señorita Cho. A mí se me ocurre fingir cara de sorpresa, pero mi mamá reacciona más espontáneamente y saluda a cámara como quien manda saludos a un familiar. Concluida la explicación, la Señorita Cho nos da cinco minutos para sacar fotos.

Después de la ronda de fotos, y con disciplina militar, el Señor Kang nos informa cómo debemos organizarnos para visitar el edificio por dentro. Tenemos que formar una cuadrilla de cuatro por cuatro con la distancia de un brazo entre persona y persona y, aunque nos cuesta un poco asimilar el concepto, nos acomodamos rápidamente. Así ordenada, arranca la cuadrilla, que marcha unos veinte metros pero pronto se desmadra. Cuando llegamos al túnel peatonal, cada uno va a su *gusto e piacere*.

---

27 El cargo de Presidente Eterno de la República, consagrado para el Gran Líder y Camarada Kim Il Sung, se refiere en el Preámbulo de la Constitución de Corea del Norte aprobada en 1972 y enmendada el 5 de septiembre de 1998.



En la foto, el primer paso peatonal que atravesamos en Pyongyang, totalmente a oscuras.

En Pyongyang, como en otras ciudades de diseño soviético, los cruces para peatones son túneles subterráneos. Los he cruzado –siempre iluminados– en Beijing, Kiev, Moscú, Sofía y otras ciudades del este de Europa. Pero el primer túnel que atravesamos en Pyongyang está completamente a oscuras. No se ve absolutamente nada. Nada de nada. Entonces lo cruzamos a tientas, prendiendo las linternas de los celulares y siguiendo la voz del Señor Kang. Cuando llegamos al otro lado, una guía nos está esperando para llevarnos al *rooftop* del Arco de Triunfo más alto del mundo.

El Arco del Triunfo es una cámara frigorífica: la diferencia de temperatura respecto del exterior es notable. Afuera está frío, sí, pero adentro está helado. Además, la humedad es tan espantosa que los pisos están mojados y todo huele raro. Nunca sabré si es por la humedad o por la clase de desinfectante que usan, pero los

edificios en Corea del Norte tienen olor marino. Una especie de *fishy smell* [olor «pescadoso»], así lo definiría la canadiense del grupo unos días más tarde.

La guía del Arco de Triunfo más alto del mundo, ataviada con un *hanbok*<sup>28</sup> rosa y blanco, nos conduce por pasillos laberínticos hasta dar con una habitación que tiene luz blanca y está más helada que los pasillos. Allí están los ascensores para llegar al *rooftop* y también la caja donde podemos pagar la entrada: quince renminbis por persona, o dos dólares estadounidenses, que serían cuatro entre mi mamá y yo pero terminan siendo cinco porque no tienen cambio.

El episodio de las entradas causa disgusto en el grupo. Por empezar, nunca nos avisaron que teníamos que pagar porque «en teoría» el *tour* incluía todo. Pero además, lo que parecía opcional –subir al *rooftop* del Arco de Triunfo más alto del mundo–, termina no siéndolo. O sí, en realidad, pero no tanto, porque la Señorita Cho lo formula en términos de acción colectiva: o vamos todos y todas, o no va nadie. Entonces, por presión gregaria, terminamos yendo *todes*.

El ascensor hacia el *rooftop* se ve pituco y ochentoso, pero su *glamour* no compensa su velocidad. Es un gran oso perezoso, no muy grande que digamos, operado por una ascensorista que nos divide en dos grupos. Yo estoy en el segundo grupo, así que tengo que esperar mi turno, pero me viene bien. Abajo, mientras un par sube, aprovecho para que sellen mi pasaporte de Corea del Norte en la hojita del Arco de Triunfo mientras pispeo qué *souvenirs* venden: gaseosas norcoreanas, llaveros, los pasaportes diplomáticos falsos, estampillas y postales.

---

28 El *hanbok* es un vestido tradicional coreano que se utiliza como atuendo formal para festivales y celebraciones.



Puesta de sol en Pyongyang.

Después de unos cinco minutos –o más, quién sabe–, aparece la ascensorista con una mala noticia. «Los puedo llevar hasta el piso cinco, pero después tienen que seguir subiendo por cuenta propia», nos previene. ¿Y cuántos pisos son? No queda claro pero parece que ocho. Y subimos, obvio, porque igual ya pagamos la entrada.

Desde el *rooftop* del Arco de Triunfo más alto del mundo se ven el Estadio Kim Il Sung, el Hotel Ryugyong –el hotel abandonado más alto del planeta–, el Cine Kaesong, la estación de Metro homónima y una barriada del centro de Pyongyang. Saco las fotos de rigor al estadio, al hotel, al cine y a la estación de Metro, pero me interesa particularmente la barriada. Asumo que allí vive la clase más privilegiada del país.

La estratificación social norcoreana es curiosa por partida doble. Primero, porque existe y no debería existir. Según la promesa marxista, la dictadura del proletariado sería la transición hacia una sociedad sin clases, pero Corea del Norte es muchas cosas salvo una sociedad sin clases. Segundo, porque no es trigo limpio, en el sentido de que es un mix *sui generis* que combina lo peor de todas las formas de estratificación que conocemos. De las estructuras basadas en la esclavitud ha heredado el gusto por cercenar libertades individuales. De las basadas en las castas, ha tomado la idea de que las circunstancias de nacimiento se heredan. De las estructuras basadas en los estamentos, tomó prestada la nula «movilidad social ascendente». Y de las basadas en las clases sociales, por último, la garantía de que la jerarquía condiciona el acceso a ingresos, riquezas y recursos materiales.

Esa combinación de esclavitud, castas, estamentos y clases, formalmente llamada *songbun*, se diseñó a principios de los años cincuenta y quedó inaugurada en mayo de 1957 con una gran purga de hostiles. Y no solo eso.

*El experimento social incluyó otra vuelta de tuerca: la distribución geográfica de las lealtades. A los «hostiles» se les prohibió residir en zonas costeras, a menos de veinte kilómetros de las principales ciudades y a menos de cincuenta de Kaesong, en la frontera con Corea del Sur, y de Pyongyang, la «capital de la revolución».*<sup>29</sup>

---

29 Grieco, Florencia (2019). *En Corea del Norte: Viaje a la última dinastía comunista*, Buenos Aires: Debate [versión Kindle: pos. 777]. Para ampliar sobre las fronteras internas que segmentan a Pyongyang del resto del país, véase también Tudor, Daniel (2018). *Ask A North Korean: Defectors Talk About Their Lives Inside the World's Most Secretive Nation*, Clarendon: Tuttle Publishing [versión Kindle: pos. 1230-3721].

A los efectos prácticos, vivir hoy en Pyongyang, Pyongsong o Kaesong es un indicador *proxy* de beneficios y lealtad al régimen. ¡Y ni te digo si te toca vivir en una barriada de Pyongyang a metros del Arco del Triunfo más alto del mundo! La *crème de la crème de la crème*. Ahí vive la Señorita Cho, me cuenta ella misma mientras señala la barriada. O bueno, no exactamente en esta, pero sí en otra a pocos metros, sobre la céntrica calle Moranbong.

La barriada en cuestión, desde el *rooftop* del Arco de Triunfo más alto del mundo, se ve decrepita. Ventanas desvencijadas, patios interiores descuidados, filtraciones de agua y manchas de humedad. A nivel de peatón, sin embargo, está camuflada con colores pastel: las fachadas de los edificios que la integran están pintadas de rosa, amarillo, verde y celeste.

La movida de pintar las fachadas de los edificios fue idea de Kim Jong Il. Aparentemente, a inicios de los noventa, quiso convertir la arquitectura brutalista de Pyongyang en un atractivo cinematográfico digno de ser promocionado en el exterior. Pero pasaron cosas. En principio, la muerte de su padre. Y también la gran hambruna. Así que los turistas nunca llegaron. No obstante, los edificios igual se pintaron con una lechinada de látex, «porque incluso mirá desde acá arriba cómo se ven los lengüetazos de pintura de mala calidad»<sup>30</sup>, dice mi mamá.

Mientras fijamos la vista en los lengüetazos de pintura de mala calidad, a pasos de nosotras la Señorita Cho le pregunta a Vasu —el indio fanfarrón— si sus lentes de sol son Ray-Ban *originales*. La

---

30 En septiembre de 2019, según NK News, los icónicos colores pastel de los edificios de Pyongyang fueron removidos antes de la visita del presidente chino Xi Jinping en un esfuerzo por hacer lucir la ciudad más sofisticada. Véase O'Carroll, Chad. «Buildings in Pyongyang being repainted en masse, recent photos show», *NK News*, 16.09.2019.

pregunta es bien interesante y empiezo a prestar atención a la conversación. Vasu, alardeando, le dice que sí, que obvio, que se los compró en Estados Unidos y que se los presta para probárselos. Entonces la Señorita Cho se los pone y me pregunta cómo le quedan.

La Señorita Cho pregunta por una marca de anteojos de sol y se los prueba. Todo parece inocente en esa escena, pero nada lo es. Conocer la marca Ray-Ban y la dimensión simbólica asociada a su consumo no tiene nada de inocente. ¡Piedra libre, Señorita Cho! Acabo de picarle el boleto.

Se los llama *donju*. Suelen ser la élite política del régimen, aunque no necesariamente. Pero son, definitivamente, la nueva clase adinerada de Corea del Norte. Gracias al contrabando, empezaron a amasar su fortuna *pequebú* durante la década del noventa –cuando el país se hundía en la «Ardua Marcha»– y hoy visitan karaokes, bares, restaurantes y practican yoga. Como príncipes de la nueva élite económica del país, también fuman Marlboro, tienen *smartphones* y suele vérselos a bordo de sus autos de lujo mientras usan lentes Ray-Ban. Igual tengo mis dudas. No sé si la Señorita Cho es una *donju* o todo el asunto es aspiracional. Lo descubriría dos días más tarde camino a Pyongyang.

\* \* \*

Desde el Arco de Triunfo más alto del mundo tomamos ahora el busito para llegar a la Plaza Kim Il Sung. Ubicada en la ribera occidental del río Taedong, justo frente a la Torre Juche, es la imagen típica de Corea del Norte en los medios de comunicación, además del lugar tradicional de los desfiles militares, las celebraciones y los bailes masivos. Históricamente, dos retratos gigantes decoraban la plaza: uno de Karl Marx y otro de Vladimir Lenin. Pero en 2012 los removieron a ambos. Desde entonces, allí solo se

exhiben gigantografías con proclamas políticas para vanagloria de los Kim.

La plaza, enorme y oscura, está segmentada en dos mitades por una calle. Es la Avenida Sungri –«Victoria», en español–, que tiene marcadas con pintura blanca permanente las posiciones que deben tomarse para los desfiles militares. El Señor Paek, el camarógrafo, explica que han tenido un desfile recientemente y por eso las marcas. Y yo confirmo. El 8 de febrero de 2018, un día antes de la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Invierno en Pyeongchang (Corea del Sur), Corea del Norte celebró el 70º Aniversario de la fundación de su ejército. La celebración consistió en un desfile militar con despliegue de tanquetas y misiles, y en Seúl provocó mucho malestar. ¿Las razones? Dos: las Coreas desfilanían juntas en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos al día siguiente, y el Día del Ejército no es el 8 de febrero sino el 25 de abril. Más provocador no se consigue.



Plaza Kim Il Sung (Pyongyang).

Mientras caminamos por la Avenida Sungri en dirección al Gran Teatro, presenciamos los primeros espacios comerciales de Pyongyang: una peluquería, un kiosco y un bar. El bar es particularmente llamativo porque sus vidrieras están transpiradas y todo detrás de ellas es penumbra. Apenas llegan a distinguirse obreros de vinalón tomando cerveza Taedonggang, la más popular del país. El Señor Kang promete que la probaremos, que es de fabricación estatal, que hay siete tipos –la N° 1, la N° 2, la N° 3 y así hasta la N° 7– y que es excepcional. ¿La más rica del mundo? Muy probablemente, arriesga la Señorita Cho.

Cuando llegamos al Gran Teatro ya es de noche y la Señorita Cho acelera –y sintetiza– la explicación. Tomen nota rapidito: fue fundado en 1960, tiene capacidad para 1270 espectadores y es la casa de la ópera revolucionaria. Este último concepto parece expropiado. Suena a Revolución Cultural China y sus programas de ópera revolucionaria maoísta. Y sí, después confirmo que sí. La ópera revolucionaria norcoreana, con su estilo melodramático y chillón, está basada en la de China desarrollada durante la Revolución Cultural (1966-1976). Y de hecho, su matriz es idéntica: explora temas de patriotismo y realismo socialista<sup>31</sup>, al tiempo que glorifica a la filosofía juche, al pueblo proletario norcoreano y al Presidente Eterno Kim Il Sung.

El busito ya nos espera frente al Gran Teatro de Pyongyang para llevarnos a nuestra cena de bienvenida en el Restaurante N° 2. El trayecto de 8 kilómetros no debería ser largo, dice el Señor Kang, pero termina sintiéndose así. Él lo atribuye al hambre. Yo, a la

---

31 El realismo socialista es una corriente artística que, nacida después de la Revolución Rusa (1917), se propuso expandir la conciencia de clase del proletariado. La URSS la exportó a los demás Estados socialistas a partir de los años cincuenta, y actualmente Corea del Norte es el único país del mundo que aún conserva esta corriente estética.

oscuridad y al estado de las calles, que obligan a aminorar la velocidad y a circular a paso de hombre.

Cuando llegamos, no entiendo dónde está el restaurante. Paramos en un *parking* absolutamente oscuro por donde circulan algunas bicicletas sin luz. De hecho, cuando bajo del busito una bici casi «me lleva puesta». Pero el Señor Kang, linterna en mano, pega un grito, nos ordena y nos conduce por un pasillo apenas iluminado con luz blanca. «¡Alto tugurio!», pienso, pero obviamente no lo digo.

Al final del pasillo y algunas escaleras después, aparece un *gift shop* que ofrece una amplia variedad de *souvenirs* clasificados en:

- a) estampillas,
- b) remeras,
- c) camperas,
- d) plantas medicinales de ginseng,
- e) cigarrillos,
- f) golosinas *Made in North Korea*,
- g) utensilios de cocina fluorescentes,
- h) despertadores,
- i) *kits* de costura,
- j) camisas de vinalón,
- k) sombreros,
- l) etcétera,
- m) zapatillas,
- n) jabones de mano<sup>32</sup>.

---

32 En su ensayo *El idioma analítico* de John Wilkins, Jorge Luis Borges refiere que en cierta enciclopedia china –claramente ficcionada– los animales se clasifican en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que

Sin comprar nada, esquivo con elegancia el *gift shop* juche y sigo caminando en dirección al restaurante donde nos espera el Señor Kang, que nos ordena en mesas redondas. Me sienta junto a mi mamá, Liliana, la canadiense, el noruego, la australiana y Martín, el otro argentino.

Diría que la mesa es coqueta pero un poco demodé: el mantel dorado que la cubre es polémico, y la vajilla soviética desentona un poco con las sillas de cuerina marrón de baja calidad. Pero valoro el esfuerzo estético cuando diviso a las camareras, que llevan vestidos dorados de satén con puños marrones de raso (¿o vinalón?) que hacen juego no solo con el mantel sino también con las sillas.

Apenas las camareras entran en escena, la Señorita Cho comienza a coordinarlas: «Vos acá, vos para allá». Incluso le pide a una de ellas que nos haga la demostración de cómo se prepara el *naengmyeon*, y la camarera obedece.

El *naengmyeon* es un plato típico norcoreano hecho con fideos fríos, caldo frío de verduras y trozos imaginarios de peras y ternera. Según nos indica la camarera, para apreciar su sabor debe condimentarse con generosas cantidades de vinagre y mostaza picante, pero nos racionan ambos ingredientes con una cuchara chiquita, entonces no sé si el *naengmyeon* no me gusta porque está helado o porque no tiene gusto a nada. Terminó comiendo un cuenco de

---

se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas. Tuve muy presente la clasificación borgeana a lo largo de todo el viaje. Más de una vez experimenté la sensación de que el «orden de las cosas», en Corea del Norte, era por demás disparatado y arbitrario. Sobre el texto del genial escritor argentino véase Borges, Jorge Luis (1989). *Obras completas* (Tomo II), Barcelona: Emecé.

arroz sin sal, un micro-pollo con pinta de paloma y una hoja de lechuga también sin sal.

El postre no pinta mejor. Un japonés del grupo de Gergó cumple años y, para agasajarlo, han traído una torta desde Beijing. Pero no sé si por el traqueteo del vuelo, o por descuido de Gergó, la torta está destartalada. Por empezar, la cobertura de merengue blanca y amarilla está toda derretida, las cerezas de fantasía se vinieron abajo y el bizcochuelo de vainilla tiene menos sabor que el *naengmyeon*. Así que pruebo un bocado por compromiso y paso, muchas gracias.



Torta china para celebrar el cumpleaños de un compañero japonés de nuestro *tour*.

Panza llena, corazón contento. O bueno, la versión norcoreana del dicho. Saliendo del Restaurante N° 2 volvemos a pasar por el *gift shop* juche, pero las luces ya están apagadas.

\* \* \*

Esa primera noche nos alojamos en el Hotel Sosan. Es un hotel *first class*<sup>33</sup>, nos ilusiona la Señorita Cho, inaugurado en 1989 pero recientemente renovado para conmemorar el 70° Aniversario del Partido de los Trabajadores. Cuenta con agua caliente, calefacción en cada habitación y campo de golf. Está un poco lejos del centro, eso sí, pero no se hagan problema: hacemos el *check-in* y volvemos al centro para nuestras actividades de traspornoche. Sobre este punto estuve dudando toda la tarde. Ir al cine es atractivo, pero prefiero la caminata por la ciudad. Y mi mamá coincide conmigo.

Nunca supe cómo se camina en Pyongyang. No es algo que refieran las crónicas de viaje ni tampoco los testimonios de desertores. Y me despierta genuina curiosidad, porque quien camina una ciudad se desplaza no solo sobre el espacio, sino también sobre el tiempo. En ciudades productivas, capitalistas, el desplazamiento suele ser tenso y fugaz: se camina rápido para llegar a una oficina, a una fábrica, a un puesto de trabajo. Se camina rápido para producir porque el tiempo es dinero. Pero Pyongyang no es una ciudad capitalista. A través de la arquitectura y su diseño urbanístico, el énfasis pedagógico de Pyongyang está puesto en transmitir una experiencia totalitaria del poder (de los Kim). ¿Y

---

33 Por paradójico que suene, Corea del Norte no clasifica a sus hoteles por estrellas sino por clases. Existen los hoteles clase *deluxe* o primera clase, segunda clase y tercera clase.

qué estado de ánimo produce eso en el caminar? Estoy ansiosa por descubrirlo.

El *lobby* del hotel está helado pero nos prometen un proceso de *check-in* acelerado. Todos nuestros pasaportes, expropiados en el aeropuerto más temprano, ya están en poder del Hotel Sosan desde la tarde, así que nuestras fichas de ingreso están todas completas. Solo tenemos que firmar, recibir nuestras llaves y subir de dos en dos para nuestras habitaciones, todas ubicadas entre los pisos 23 y 25.

Suben primero Andreas con el indio fanfarrón. Siguen Fermín y José, Liliana y Leanne, Alexander y Martín, Carl y Markus, Emel y João. Ahora nos toca a nosotras, a mi mamá y a mí, pero ella no quiere subir sin comunicarse primero con mi papá. No importa si tenemos que pagar mucho, me dice, pero hace casi un día que no sabe nada de nosotras.

Le pregunto a Marcus –el líder de nuestro *tour*– si podemos llamar por teléfono, pero me anticipa que llamar a Argentina es complicado. En teoría se puede. En la práctica, no.

—¿Y no podemos mandar un e-mail?

—Para eso habría que desplazarse hasta el Hotel Yanggakdo, y te van a cobrar cinco dólares por cada e-mail –me explica Marcus–. No debería ofrecerles esto, porque está reservado para los líderes del *tour*, pero como solo es un e-mail y quiero ayudarlas, tomen mi celular –nos aclara.

---

Tue, Mar 13, 2018, 9:05 PM

**From:** Marcus M.

**To:** Carlos Daniel Lasa; María Sofía Lasa; María Dolores Lasa

**Cc:** María de los Ángeles Lasa; Susana Broggi de Lasa

**Subject:** Llegamos a Corea :)

Querida familia y amigos,

Llegamos muy bien y estamos disfrutando mucho.

¡Un beso grande a todos!

Susana y María

---

Nos toca la habitación 2307, que no es particularmente luminosa y está pobremente calefaccionada. Sobre las camas nos han dejado toallas diminutas y un par de mini-pantufas de goma EVA blanca. Desde la ventana tenemos vistas al campo de golf y a lo que parece ser la periferia de Pyongyang, y el baño está limpio y tiene agua caliente. La habitación también incluye una pava eléctrica, papel higiénico rosa un poco áspero y un televisor con tres canales: CCTV-7 de China, Channel News Asia de Singapur, Al Jazeera de Qatar y paren de contar. Ni rastros de los canales estatales que esperaba ver: la Televisión Central de Corea (KCTV), el canal Mansudae y el canal Ryongnamsan. O sea, el hotel no es *first class* ni a palos, pero pónale que zafa.

Apuradas como estamos por ir a caminar al centro de Pyongyang, dejamos nuestras pertenencias y bajamos a toda velocidad. O bueno, esa es la intención, porque el ascensor parece que funciona con sistema de poleas a tracción animal. Nos toca esperar más de cinco minutos sin exagerar y, cuando llegamos al *lobby*, el Señor Kang nos dice que no vamos a ir. Al cine sí, al cine

sí vamos. A caminar no. No nos da razones y tampoco preguntamos, pero no me sorprende. Hay testimonios de viajeros que no pudieron salir a caminar solos por Pyongyang durante más de dos meses<sup>34</sup>. ¿Entonces por qué nos dejarían a nosotras durante el primer día?

El cambio de planes me fastidia mucho, pero termino por enojarme cuando escucho que la entrada al cine tampoco está incluida en el *tour* y no nos habíamos enterado. O no nos habían dicho, en realidad, porque la asimetría de información es parte constante de las reglas de juego. Llevamos menos de veinticuatro horas en el país y tengo la sensación de que nada es claro. Todo es confuso, todo es turbio, todo es oscuro. Todo es pura discrecionalidad.

Ajena a mi enojo, la Señorita Cho está en plan recaudatorio. La entrada al cine cuesta diez dólares, o el equivalente en euros o renminbis, y pagan José, Fermín y Emel. Mientras, yo pienso que quizás no me fastidia la asimetría de información, sino el cansancio, el hambre y la falta de sueño. Pero igual decido no ir, aunque estoy segura de que voy a arrepentirme después. Así, sin plan de traspase, en el bar del Sosan tomamos un agua sin gas y una cerveza desabrida, tibia y aguada. Y después subimos temprano a la habitación para bañarnos e irnos a dormir.

En la ducha todo se complica. El baño está preparado para personas de metro setenta –calculo a ojo de buen cubero–, así que tengo que improvisar y bañarme inclinada. El agua, además, sale

---

34 Uno de ellos es Guy Delisle, un dibujante franco-canadiense que pasó una extensa temporada en Corea del Norte por motivos laborales. El resultado de su viaje fue *Pyongyang*, un relato en formato cómic que refleja de manera original la experiencia opresiva que supone la vida cotidiana en el Reino Hermético. Al respecto, cf. Delisle, Guy (2007). *Pyongyang*, Bilbao: Astiberri.

amarilla y con poca presión. Y las toallas no solo son chicas, sino que están viejas y no secan nada. A mi mamá no le va mucho mejor, pero se consuela pensando en que la situación de Carl y Markus debe ser aún peor. El noruego debe estar cerca de los dos metros y el alemán arriba del metro noventa. Seguro usan las toallas de taparrabos, dice mi mamá, y nos morimos de risa imaginando la escena.

Todavía no es medianoche y afuera la oscuridad es total. También el silencio y el frío. Así que busco una frazada adicional, pero no encuentro ninguna. Toca «empiyarse» con abrigo extra: un par de medias y un buzo grueso. Ya metida en mi cama programo el despertador para las 5:50 y me quedo dormida.

Mi mamá sigue despierta. No puede dormir, me dirá a la mañana siguiente, no sabe si por extrañeza o por *extrañitis*. Entonces descubre un gran cortinado beige que cubre las ventanas —empañadas no sabe si por la suciedad o el rocío nocturno— y se queda mirando la ciudad. A la 1:40 de la madrugada se apagan las luces. Y el hotel, al igual que Pyongyang, se queda a oscuras.

사

## CUATRO

A inicios de la década del ochenta, digamos 1982 o 1983, un miembro de rango medio del Partido de los Trabajadores de Corea recibía mensualmente:

- a) veinte kilos de arroz blanco,
- b) cuatro kilos de cerdo,
- c) cinco kilos de pescado,
- d) dos litros de aceite,
- e) quince huevos,
- f) un par de medias,
- g) un juego de pantalones de vinalón,
- h) etcétera.

En 1987 la ración de arroz se redujo a dieciséis kilos por mes y desaparecieron el cerdo, el pescado, los litros de aceite, los huevos, las medias, los pantalones de vinalón y el etcétera. Hacia 1991, después de la caída del bloque soviético, el sistema de distribución estatal colapsó<sup>35</sup> y ya no hubo ni arroz.

---

35 Sobre el proceso de colapso del sistema de distribución estatal, cf. Lankov, Andrei (2015). *The real North Korea. Life and Politics in the Failed Stalinist Utopia*, Oxford: Oxford University Press, pp. 37-40. Sobre la hambruna subsiguiente, véase Haggard, Stephan & Noland, Marcus (2007). *Famine in North Korea: Markets, Aid, and Reform*, New York: Columbia University Press.

Desde entonces, desde el desplome de mamá Moscú, el hambre en Corea del Norte es una sombra cotidiana e insaciable. Y permeada por el *songbun*, obvio. No pasan hambre todos: pasan hambre, fundamentalmente, los hostiles de zonas rurales. Allí, apenas poco más del 20 % del terreno montañoso es tierra cultivable. Gran parte de esa tierra cultivable, además, está libre de heladas solo durante seis meses. O sea que se cosecha una sola vez por año –si no hay sequías ni inundaciones– y nunca alcanza para todos.

Para los hostiles, las implicancias directas de la escasez son la malnutrición, la carencia de vitamina A, la anemia y la pelagra. Al sector de los leales, aunque privilegiado, le toca un esquema de ingestas modestas, generalmente hipocalóricas y escasas en variaciones.

Como privilegiados circunstanciales que somos, así es nuestro desayuno en el Sosan: modesto, hipocalórico y escaso en variaciones. Y el primero en comprobarlo es João. Cuando bajamos a desayunar con mi mamá, después de una larga espera para que llegue el ascensor, nos lo encontramos sentado en un enorme y vacío salón del tercer piso del hotel. Está comiendo media rodaja de pan de molde, untado con un rulo de manteca, y lo que parece ser un puñado de arroz. João es super *fit*, pienso para mis adentros, pero no demoro en comprobar que era eso o eso. El abanico de opciones es escaso y limitado. En filas ralas –sobre bandejas plateadas–, el personal del hotel *first class* ha dispuesto:

- a) rodajas de pepinos,
- b) rodajas de tomates,
- c) papas frías (que parecen) fritas,
- d) huevos fríos (efectivamente) fritos,

- e) espinaca hervida fría,
- f) arroz blanco frío con micro-daditos de zanahoria,
- g) tostadas frías de pan de molde partidas al medio,
- h) ~~etcétera.~~

No hay sal. No hay azúcar. No hay edulcorante. No hay manteca (se la acabó João). No hay mermelada. No hay leche. No hay té. Y hay café, sí, pero racionado por las camareras que nos sirven el equivalente a una medida de whisky, y a llorar a la iglesia.



Desayuno en el Hotel Sosan de Pyongyang.

Mi mamá se sirve las espinacas, el pan de molde, un huevo frito y cuatro bastones de papas. Yo también voy por los huevos, el pan y las papas (que parecen) fritas, pero cambio las espinacas por el arroz. ¿Café? No tomo usualmente, pero ahora sí, obvio. Es eso o nada. A pesar de la escasez, el desayuno transcurre animado por los relatos de Fermín, José y Emel. Anoche fueron a ver *Comrade Kim Goes Flying* y nosotras queremos lujo de detalles.

En principio, José nos refiere el argumento del film: una minera del interior de Corea del Norte que quiere ser trape-cista de circo, después de mucho ninguneo cumple su sueño en Pyongyang. Una historia de perseverancia y poder femenino a la usanza norcoreana, dice José, pero Emel revolea los ojos como diciendo que no, que nada que ver. La protagonista no es capaz de hacer nada por cuenta propia. Siempre necesita ayuda de un hombre, contraargumenta Emel. Y José se queda pensando con cara de estar teniendo una epifanía. Fermín no niega ni confirma la interpretación de Emel porque se quedó dormido, pero refiere que les dieron pochoclo húmedo, apelmazado y sin sabor.

Obsesionada como estoy con el frío —y también con la (falta de) sal—, les pregunto si en el cine hacía frío. Fermín dice que estaba helado. Y también vacío. Ellos tres eran los únicos en la función de trasnoche y, cuando le preguntaron a la Señorita Cho por qué, improvisó una explicación poco convincente: «Los norcoreanos no van a funciones de trasnoche porque están cansados de trabajar y quieren pasar tiempo con sus familias», dicen que dijo la Señorita Cho. Pero Fermín, José y Emel están convencidos de que abrieron el cine exclusivamente para ellos.

*Esta situación se repitió a menudo: desayunábamos solos en salas de baile de hoteles y cenábamos en restaurantes vacíos propiedad de la CITC. Siempre era fácil conseguir una mesa, pero las comidas eran el equivalente gastronómico de enviarnos a Siberia. Sospecho que los guías no querían que viéramos dónde comían y bebían los norcoreanos «de verdad» porque pensaban que no eran lugares lo bastante buenos para enseñarlos por televisión. [...] Empecé a comprender que los guías simplemente no podían entender por qué filmar la vida cotidiana era tan importante para mí. En su opinión, tenía mucho más sentido visitar los «mejores» lugares, aunque estuvieran vacíos.<sup>36</sup>*

—Dudo de que estés arrepentida de no haber ido. ¡Estos tres chicos han pasado un «frío de película»! —dice mi mamá, y yo me río por el ocurrente juego de palabras.

La conversación termina cuando la Señorita Cho irrumpe impetuosa en el salón. Está *sacada*. Son casi las 6:30 y los busitos nos están esperando para iniciar el itinerario del segundo día del *tour*. Negociamos con insistencia para volver rápido a las habitaciones y cepillarnos los dientes, y la Señorita Cho lo piensa un momento y termina accediendo de mala gana.

La vuelta rápida a las habitaciones se complica por el ritmo del ascensor, pero termina resultando. Nos lavamos los dientes en un santiamén y nos preparamos para bajar. Pero cuando salimos del cuarto nos desorientamos en los pasillos y perdemos de vista el ascensor. Tratamos de encontrarlo pero no hay manera, entonces nos quedamos deambulando un rato. De pronto, de la nada, aparece la Señorita Cho para arriarnos. No entendemos qué hace

36 Palabras del director Neil Ferguson publicadas en Palin, Michael (2020). *Diario de Corea del Norte*, Barcelona: Ático de los Libros [versión Kindle: pos. 1253].

ahí. No subió con nosotras ni con el grupo anterior. ¿Cómo hizo? ¿Será que tienen un ascensor reservado exclusivamente para el Señor Kang, la Señorita Cho y compañeros mártires?

Bajamos las tres juntas al *lobby* y somos las primeras. Ni rastros del resto del contingente. Entonces aprovecho para preguntarle a la Señorita Cho por el pin-insignia que lleva en la solapa de su blazer rojo. Es rojo –de un rojo más enérgico que el del blazer– y se distinguen las caras de Kim Il Sung y Kim Jong Il.

El origen de las insignias –lo sé yo desde antes, no es que me lo cuenta ahora la Señorita Cho– es por demás sórdido. En 1967, una facción del Partido de los Trabajadores intentó llevar adelante un golpe de Estado contra Kim Il Sung. La facción Kapsan, como se la conoció, cuestionaba el modelo económico-militarista del país y el culto a la personalidad instaurado por el abuelo Kim. Pero este último, rápido de reflejos, desarticuló la movida con una práctica consustancial a todas las dictaduras: la purga. De esta manera, mientras que algunos facciosos fueron ejecutados, otros fueron «suicidados», otros acusados de delitos y desaparecidos, y otros enviados a campos de concentración.

Pero todo fue incluso más allá. En un tedioso y sempiterno discurso titulado «Sobre la mejora del trabajo del Partido y la implementación de las decisiones de la Conferencia del Partido», pronunciado el 25 de mayo del mismo año de la revuelta, Kim Il Sung acusó a sus camaradas de practicar el heroísmo individual y propuso el lanzamiento de un sistema ideológico monolítico articulado en torno a diez mandamientos. De allí, del decálogo juche y sus posteriores interpretaciones, se derivan no solo los pines-insignia, las colosales estatuas de bronce y la prohibición de doblar periódicos y billetes con las imágenes de los amados líderes, sino

también mecanismos de control más perversos como las sesiones semanales de autocrítica<sup>37</sup>.

El relato de la Señorita Cho sobre los pines-insignia está más depurado y, por supuesto, no incluye el tema de las purgas y los diez mandamientos. En su lugar, refiere que todos los norcoreanos ~~deben usarlos~~ los usan como muestra de amor y lealtad a sus amados líderes, y que reciben las insignias en ocasiones especiales como los aniversarios de Kim Il Sung, Kim Jong Il o el Partido de los Trabajadores de Corea. No nombra a Kim Jong Un y la omisión, a mis atentos oídos, no pasa inadvertida.

Le comento a la Señorita Cho que quiero comprar uno de esos pines, y ella me da a entender con un gesto de desaprobación que mi razonamiento capitalista es «improcedente». Esos pines no se compran: esos pines se *militan*. Los extranjeros solo pueden aspirar a tan alto honor si visitan más de una vez el país y alguien de alto rango en Corea del Norte sugiere la condecoración. Ella se ofrece a postularme si vuelvo a visitar Corea del Norte, me asegura entre risas. Sería una gran madrina: «No solo tengo un trabajo de alta estima ante los ojos de mis camaradas, sino que mi colección de pines supera los quince ejemplares. ¡Tengo diecisiete y de distintos modelos!», asegura la Señorita Cho.

Y ahí, de nuevo, el omnipresente *songbun*. Hay más de veinte diseños diferentes de pines y algunos cotizan mejor que otros.

---

37 Las sesiones de autocrítica son reuniones semanales que tienen lugar generalmente los sábados por la mañana. En pequeños grupos, e inmersos en una atmósfera de tensión, cada norcoreano debe ponerse de pie y confesar alguna falta al decálogo. En las confesiones se denuncian no solo «pecados» ideológicos personales sino también de familiares, amigos y vecinos. Para un crudo relato sobre las sesiones de autocrítica en el Campo de Concentración N° 15 de Yodok, véase Kang, Chol Hwan & Rigoulot, Pierre (2005). *Los acuarios de Pyongyang. Recuerdos del infierno coreano*, Madrid: Amaranto.

Los norcoreanos de *songbun* bajo reciben el más sencillo, el que tiene el retrato pelado de Kim Il Sung. Los de más alto nivel en la sociedad, como la Señorita Cho, prefieren lucir la insignia con las caras del Padre y del Hijo sin el Espíritu Santo<sup>38</sup>. Amén.

En el *lobby* del Sosan ya estamos todos y el Señor Kang nos reúne para repasar brevemente el itinerario de hoy, que incluye visitas al Arco de la Reunificación de Pyongyang, a la Zona Desmilitarizada del Paralelo 38, a la ciudad de Kaesong y a la ciudad de Sariwon. Es un circuito de más de 350 kilómetros, nos advierte Marcus, pero tranquilos porque la paliza estará matizada por un almuerzo real en Kaesong –real de «realeza», no de verdadero o muy bueno– y una cena tradicional en el Restaurante N° 1 tras nuestro retorno a la ciudad capital.

\* \* \*

Hoy miércoles 14 de marzo, con más luz y más sol, el centro de Pyongyang tiene otro color. Como sucede desde hace décadas, hay pocos autos circulando por las calles, pero sí se ve a mucha gente caminando de un lado a otro. A bordo del busito Volkswagen, el Señor Kang explica que los adultos se dirigen hacia sus trabajos y los niños hacia sus escuelas, pero no veo muchos niños, a decir verdad. Lo que sí veo en la vía pública, y llama mucho mi atención –y la de todos–, son los escuadrones de agitadoras. Al son de canciones patrióticas para vanagloria de la gran Corea del

---

38 Pines con la cara de Kim Jong Un fueron usados por oficiales de alto rango en un acto oficial el 30 de junio de 2024. Fue la primera vez que la prensa extranjera detectó su uso en público, en un aparente esfuerzo por elevar el estatus de Kim Jong Un al nivel de su abuelo y su padre. Véase Park, Joon Ha. «North Korean officials appear wearing Kim Jong Un loyalty badges for first time», *NK News*, 01.07.2024.

Norte, grupos de mujeres hacen flamear banderas rojas y tocan tambores para motivar a los trabajadores. «Y así están una hora para honrar nuestra revolución», explica la Señorita Cho.



Escuadrones de agitadoras en las calles de Pyongyang. Todas las mañanas hacen flamear banderas rojas y tocan tambores para motivar a los trabajadores a incrementar su productividad.

La escena da pie para que el Señor Kang dé rienda suelta a una entusiasta enumeración de los beneficios laborales del paraíso socialista. Las jornadas de trabajo de ocho horas contemplan dos de descanso: una para almorzar y otra para la práctica de ejercicios físicos. Los lugares de trabajo ofrecen guardería gratuita para niños aún no escolarizados. Y parte de la paga de los trabajadores se efectiviza con una cuponera para consumir cervezas Taedonggang.

—¿En sus países tienen vacaciones? —pregunta el Señor Kang.

—En Argentina sí, pero depende un poco del trabajo. Algunos sí tienen. Otros, no las tienen pagas —respondo.

—Corea del Norte es verdaderamente el paraíso de los trabajadores. ¡Gracias a nuestros queridos padres Kim Il Sung y Kim Jong Il! —confirma con mi respuesta el Señor Kang, orgulloso, y Kim Jong Un vuelve a brillar por su ausencia.

Quien intenta matizar el optimismo del Señor Kang es Markus, el alemán. Un poco contestatario, pero con tono conciliador, refiere que la cultura coreana no es muy afecta a las vacaciones —o al descanso en general—. Que él está casado con una surcoreana, dice, y que su señora hace décadas que no se toma vacaciones. Y no deben ser muy distintos de este lado de la frontera, porque al fin y al cabo la cultura coreana es una sola, hipotetiza Markus.

La intervención descoloca al Señor Kang y me doy cuenta que no sabe qué responder. Presumo que la sola posibilidad de parecerse a aquellos que desprecian —sus vecinos del sur— le resulta desconcertante. Entonces finge demencia y le da *play* al guion con el que tiene que presentarnos el Arco de la Reunificación, nuestra primera parada del día.

El Arco de la Reunificación es un armatoste escultórico de hormigón construido sobre la Autopista Tongil —«Reunificación», en español—, aquella que conecta a Pyongyang con la Zona Desmilitarizada. Lo integran dos mujeres coreanas, ataviadas con *hanboks*, que representan al norte y al sur. Inclinas hacia adelante, ambas sostienen en lo alto una especie de esfera con la

península coreana unificada, y distintos mensajes de apoyo en favor de la reunificación decoran el zócalo del monumento<sup>39</sup>.

«¿Cuál mujer representa al norte y cuál al sur?», nos toma examen el Señor Kang. Arriesgamos respuestas, pero la pregunta tiene trampa. La respuesta es que no hay respuesta. Las mujeres son idénticas, dice el Señor Kang, justamente para simbolizar que el pueblo coreano es uno solo. Y yo me quedo pensando en la paradoja de la situación. Hace unos minutos –espantado ante la posibilidad de parecerse a los surcoreanos– el Señor Kang eludía el comentario de Markus, pero ahora afirma con una convicción algo melancólica que el norte y el sur son dos hermanas.



Arco de la Reunificación en Pyongyang.

<sup>39</sup> Hacia fines de enero de 2024, en el contexto de un esfuerzo por parte del régimen de Kim Jong Un para eliminar referencias a la reunificación entre ambos países, medios de comunicación de todo el mundo reportaron que el Arco de la Reunificación había sido demolido. Cf. Zwirko, Colin. «North Korea demolishes symbolic unification arch, satellite imagery suggests», *NK News*, 23.01.2024.

Supongo que, al igual que el Señor Kang, las relaciones intercoreanas fluctúan entre las paradojas y las contradicciones, entre lo aspiracional y lo posible. La reunificación de la península coreana es un tema central en la agenda política del norte y del sur. Canciones, libros, programas de radio y televisión se ocupan de imaginar el día en que las hermanas gemelas caminarán nuevamente de la mano. Al mismo tiempo, sin embargo, la mayoría de los surcoreanos no ven con buenos ojos una futura reunificación<sup>40</sup>. Nadie estaría dispuesto a sacrificar bienestar económico para pagar el desarrollo de la hermana pobre del norte.

Cuando concluye la explicación del Señor Kang, la Señorita Cho nos sugiere el mejor lugar para tomar fotografías: justo en el medio de la autopista. Y estamos allí un buen rato, sin que pase ningún auto.

\* \* \*

—Puedo cantarles o contarles un chiste sobre Hitler y Trump  
—propone el Señor Kang.

Ha pasado poco más de una hora desde que dejamos atrás el Arco de la Reunificación y nuestro guía quiere animar al contingente. Pero la mitad del busito duerme, y solo Markus, mi mamá y yo le respondemos que mejor la canción. Entonces el Señor Kang nos da un preámbulo sobre *Arirang* antes de entonarla a todo pulmón.

---

40 En una encuesta publicada en octubre de 2021, el 55,4 % de los encuestados en Corea del Sur consideraron que la reunificación no es necesaria. La encuesta, que se llevó adelante con una muestra de 1200 casos, fue publicada por el Instituto para la Paz y los Estudios de Unificación de la Universidad Nacional de Seúl. Cf. Chung, Chaewong. «South Korean support for reunification drops to record low, poll finds», *NK News*, 08.10.2021.

*Arirang*<sup>41</sup> es una canción folklórica coreana que nació hace más de seiscientos años en algún lugar del oeste de la península. Es muy melancólica porque su temática principal versa sobre la separación y el reencuentro de dos enamorados y, por obvia asociación, se ha convertido –sin serlo oficialmente– en el himno popular de las Coreas divididas.

Hay miles de versiones de *Arirang*, pero la que elige el señor Kang está en Fa Mayor.

*Doooo re doo re faaaa sol faa / sol laaa sol-la-sol faa re doooo –  
re do re faaaa sol faa sol laa sol faa re doo re / faaaa sol faaa faaaaa –.*

↑ *Dooooo dooo dooo laaa soool / laaa sool la faa re doooo –  
re do re faaaa sol faa sol laa sol faa re do re / faaaa sol faaa faaaaa –.*

Cuando termina de cantar, el Señor Kang está visiblemente emocionado. Y yo también, porque mientras canta miro por la ventanilla del busito los paisajes rurales de Corea del Norte. Y pienso que es difícil entender (y aceptar) tantas privaciones, tanto sufrimiento, tanta represión, tanto vinalón. Salvo que así se decida. Decisión política de los Kim. O no, política no. Porque cuando la política mata y divide no es política: es violencia.

Mi mamá está encantada con la voz de barítono del Señor Kang, entonces le pide otra canción. ¡Ootra, ootra! Y aplaude. El Señor Kang le agradece. Dice que nunca nadie le pidió otra canción. Pero todavía tiene la voz quebrada por la emoción e invita a la Señorita Cho a ocupar su lugar.

---

41 *Arirang* es también el nombre de los *smartphones* nacionales que fueron lanzados el 10 de agosto de 2013, dotados de sistema operativo Android.

La Señorita Cho se excusa de entrada. Dice que no canta muy bien pero que va a hacer el intento. Y que va a deleitarnos con *Mi país es el mejor*, una canción infantil que enseña, en el jardín de infantes, que todos los países del mundo envidian a Corea del Norte.

*La la-la-sol fa-fa re-do faaa ~ / sol-la sol-fa re fa-re dooo ~  
re fa sol-faa sol-faa-sol laa ~ / ↓ sol sol-la re-doo faaa ġ↑↓?*

*Si b si b fa si b ↑ rēēēēē ~ / dō re-do sol dooōōoo ~  
↑ rē-re do-do la la la / ↑ rē-do do-do la la la  
↓ do-doo ↑ dō la sol faaa ~ (Bis)*

La Señorita Cho oscila entre el calamento y la sobreafinación. Yo canto mejor en la ducha. A veces le pega a las notas, pero más por casualidad que por mérito. De cualquier manera –como el público respetuoso que somos–, Markus, mi mamá y yo la aplaudimos efusivamente. Y con ella se cierran los números musicales de la mañana, porque el estado de la autopista es calamitoso y los saltos obligan a nuestros guías a tomar asiento y abrocharse los cinturones de seguridad.

(Con un creativo eufemismo, el Señor Kang llamaba a los sacudones *Korean massage*. A veces el «masaje coreano» era tan violento que me resultaba imposible tomar notas en un cuadernito verde que llevaba conmigo. De hecho hoy, 6 de febrero de 2023 –año juche 112–, estoy tratando de descifrar qué quise escribir en una de las páginas porque no entiendo mi propia letra.)

Sentados ahora juntos en la primera fila, a mano izquierda, Markus y el Señor Kang conversan sobre un asunto peliagudo: China. Markus sugiere que, sin el auspicio chino, Corea del Norte

prácticamente no existiría, y el Señor Kang le responde que la soberanía de Corea del Norte está basada en la independencia y que a menudo China se olvida del pasado. En el pasado, Mao hizo la revolución gracias a más de cien mil rifles que le envió Kim Il Sung. ¡Y es más! Una de las estrellas amarillas de la bandera china ha sido incluida en honor a la gloriosa DPRK. Eso asegura el Señor Kang.

Ambos datos me hacen mucho ruido y mi primer impulso es buscar en Google, pero claramente no tengo acceso a Internet. En todo caso, estoy casi segura de que las estrellas de la bandera china tienen otro significado y que la historia de los rifles es improbable.

Pocito aquí. Pozo allá. Pozazo acullá. El viaje sigue en plan bamboleo, subibaja, bailoteo, montaña rusa, coctelera. Pero de pronto el busito se detiene al costado de la ruta y la Señorita Cho anuncia toda emocionada que acabamos de llegar a la *Unjong Teahouse* (y lo de «Casa de té» resulta ser un eufemismo aún más ingenioso que el de «masaje coreano»).

No sabría cómo describir minuciosamente a la *Unjong Teahouse*, pero en esencia se trata de un parador húmedo y helado con servicios (muy) precarios de alimentos, bebidas y *toilettes*. Y no solo eso. El lugar es verdaderamente bizarro. Se compone de salas inconexas, vacías y atiborradas de polvo que exhiben en sus paredes retratos de los Kim.

Una de las salas, por ejemplo, es un *living* como para celebrar la firma de un tratado diplomático. Otra es un *gift shop* sin *gifts* para comprar. Después está la sala de té propiamente dicha, con más de veinte mesas abandonadas y decoradas con flores de plástico. Y los baños son verdaderamente dantescos: no tienen luz, los

espejos están empañados por la humedad y los inodoros no tienen agua. Con un tacho de plástico nos toca trasladar agua manualmente desde un fuentón blanco hasta la taza del inodoro.

El servicio de alimentos y bebidas no desentona con el estado general del edificio. Es precario. Muy precario. Y no nos atienden en la sala de té propiamente dicha. Afuera, en el porche venido a menos del edificio y a través de una ventanita, tres mujeres con menos prestancia que la Señorita Cho nos venden tacitas de café a un dólar (o su equivalente en renminbis). Edulcorante no hay, obvio, y el azúcar está apelotonada por la humedad. La casa de té tampoco ofrece té. Y para comer no hay nada, ni dulce ni salado.

Mi mamá compra un cafecito y se queda conversando con Liliana, José y Fermín. Yo, en cambio, me voy a fotografiar el entorno del edificio. Primero la autopista vacía. Después la *Unjong Teahouse* desde distintos ángulos. Y por último los paisajes rurales más allá de las banquetas, donde llego a divisar a ocho campesinos arando un campo con dos bueyes.

Es momento de seguir viaje y el Señor Kang anda a los gritos tratando de ordenarnos. Yo estoy cerca del busito así que subo primera, y el Señor Kang me dice que hago que su trabajo sea muy fácil. «Incluso tu nombre fue fácil de memorizar», me dice. María Lasa. ML: Marx, Lenin. Pero ninguna regla mnemotécnica funciona con mi mamá, confiesa el Señor Kang. Susana Broggi es difícil de memorizar y también de pronunciar.



El paisaje rural domina la geografía norcoreana. Debido a la falta de tecnificación y energía eléctrica, los campos todavía se aran con bueyes.

Pega otro grito y siguen sin prestarle atención. Entonces el Señor Kang diseña un esquema de incentivos para ordenar a la tropa: el último que llegue al busito tiene que cantar una canción. Y la amenaza funciona, porque todos empiezan a correr rápido para evitar la vergonzosa prenda.

El último que llega es Carl, el noruego de dos metros, y el Señor Kang ya lo está esperando, micrófono en mano. Pero Carl ni se mosquea, porque confiesa que en Noruega no solo es enfermero sino también tenor en un coro religioso. Así que elige cantar una canción folklórica de su país y mi mamá queda fascinada con todo el talento musical del contingente.

—Ahora puedo cantarles yo de nuevo o contarles un chiste sobre Hitler y Trump —insiste el Señor Kang, esta vez con más

público despabilado que antes del café—. ¿Saben quién es Hitler, no? ¿Qué diferencia hay entre Hitler y Trump?

—...

—¡Que Hitler escribió un libro y Trump no!

El Señor Kang es el único que se ríe de su propio chiste y la Señorita Cho lo termina secundando como para evitar el papelón.

—¡Que vuelva a cantar el Señor Kang! —arenga eufórica mi mamá con un poco de vergüenza ajena, como sugiriendo que deje de contar chistes, mientras el Señor Kang hace un esfuerzo por salir del berenjenal entonando las estrofas del himno que honra al glorioso Partido de los Trabajadores de la DPRK.

El viaje continúa entre canciones bien entonadas —salvo cuando la Señorita Cho monopoliza el micrófono— y chistes políticamente incorrectos (Martín, el argentino, cuenta uno de talibanes y el Señor Kang remata con uno de japoneses). Pero pronto la atmósfera jocosa del busito se desinfla. Hemos llegado al Paralelo 38.



## CINCO

Siempre aprecié del español que, del abanico de pautas con las que regla el empleo de mayúsculas, contempla un criterio exclusivo para nombres o sustantivos que designan realidades propias, singulares, únicas. En inglés las reglas no son tan claras. O confieso que al menos nunca lo fueron para mí. Siempre me dio la impresión de que la lengua de Shakespeare abusa de las *capital letters*. Pero no lo sé. Quizás no esté siendo objetiva.

Mi punto es que en español existen muchos muros, pero solo un Muro (el de Berlín). Y no es lo mismo el estado que el Estado. Existen el infierno y el Infierno (el de Dante). Y también el paralelo 38 y el Paralelo 38.

Escrito con minúscula, el paralelo 38 es un círculo imaginario al norte del Ecuador que, a lo largo de sus 30.000 kilómetros, atraviesa sin penas ni glorias a ciudades como Kansas, Atenas o Jumilla. Pero escrito con mayúscula, el Paralelo 38 evoca una realidad propia, singular y única de 248 kilómetros de extensión: la última «frontera viva» de la Guerra Fría.

\* \* \*

El Señor Kang y la Señorita Cho están en modo pesaroso. Hablan susurrando y nos piden bajar del busito en silencio. Estamos como en un enorme estacionamiento a cielo abierto y lo primero que veo son dos carteles de propaganda. El primero muestra el dedo índice de un hombre con la leyenda «Corea es una sola». El segundo exhibe una península coreana hecha con flores *mugunghwas*<sup>42</sup>. Sobre la península floral, como hermanados con afecto, un niño y una niña suplican a las generaciones futuras vivir en aras de una patria unificada.

¡Atención! Momento de instrucciones. Al igual que antes de visitar el Arco de Triunfo –el más alto del mundo–, el Señor Kang nos pide ordenarnos en una cuadrilla de cuatro por cuatro con la distancia de un brazo entre persona y persona. En nuestro primer intento en Pyongyang habíamos fracasado miserablemente. Pero ahora, en circunstancias más apremiantes, marchamos con disciplina castrense.

João	Alexander	José	Carl
Vasu	Mi mamá	Fermín	Markus
Yo	Andreas	Liliana	Marcus
Emel	Leanne	Martín	

Caminamos ordenados unos veinte o treinta metros a través de la explanada de cemento hasta que llegamos a una salita cerrada donde nos espera un militar. La salita tiene mapas colgados en las paredes, algunas fotografías topográficas y los infaltables retratos

---

42 La «flor eterna que nunca se marchita» es la flor nacional de Corea del Sur. Sin embargo, es representativa de toda la península. La *mugunghwa*, de hecho, fue elegida por todo el pueblo coreano como símbolo de resistencia nacional durante la era colonial japonesa (1910-1945).

del Presidente Eterno y el Querido Líder (con mayúsculas dobles). La Señorita Cho va a traducir al militar, nos dice, que nos explicará pormenores de «La Victoriosa Guerra de la Liberación de la Patria», como se rebautizó en la DPRK a la Guerra de Corea.

Con un puntero de madera de más de un metro de largo, el militar empieza a señalar lugares estratégicos en un mapa mientras la Señorita Cho lo traduce. Pero yo no estoy prestando mucha atención, para ser sincera. En principio, porque el Señor Paek insiste en hacernos planos cortos con la cámara y la situación me tiene angustiada. Nunca filma mi mejor perfil. Pero terminan de distraerme definitivamente dos judíos ortodoxos que, cubiertos con talits y filacterias, acaban de entrar por la puerta de la salita.

(—Bla, bla, bla, imperialismo estadounidense, bla, bla, bla —traduce la Señorita Cho.)

No imagino símbolos religiosos más explícitos que los talits y las filacterias. ¿Por qué los están usando? ¿Quién los autorizó? En Corea del Norte la prohibición de símbolos y libros religiosos es estricta. O no, ahora ya estoy dudando, porque lo que era regla hasta ayer quizás ya no lo sea hoy.

(—Bla, bla, bla, imperialismo japonés, bla, bla, bla —sigue traduciendo la Señorita Cho.)

Cuando la explicación del militar concluye, mi mamá me pregunta que si vi a los judíos, que por qué están ataviados con símbolos religiosos. Que no le parece justo, dice. Que ella se tuvo que sacar una cadenita con una cruz. Y que tampoco pudimos traer una Biblia. No es que fuéramos a viajar con una Biblia, digamos todo, pero ¿por qué a ellos sí y a nosotras no? ¡Qué arbitrariedad!



Soldado norcoreano explicando pormenores de «La Victoriosa Guerra de la Liberación de la Patria» (Guerra de Corea) en el Paralelo 38.

No voy a cuestionar ninguna decisión discrecional de la burocracia norcoreana, y menos aún en el Paralelo 38, así que me limito a obedecer al Señor Kang, que nos invita a continuar con el recorrido hacia la próxima sala. El espacio contiguo a la salita no es un museo ni tampoco un memorial. Es un *gift shop*. Y yo me quedo pensando en lo absurdo de la situación, porque estamos en un país socialista y no hay nada más capitalista que mercantilizar una tragedia.

En el nutrido *gift shop* norcoreano del Paralelo 38, señoritas que visten *hanboks* ofrecen:

- a) llaveros,
- b) lapiceras,
- c) postales,
- d) bolsas de un kilo de caramelos de maní,
- e) camperas de vinalón,
- f) pósters de propaganda pintados a mano,
- g) jarrones de cerámica verde,
- h) banderines de la DPRK,
- i) muñecas de tela,
- j) botellas de *makgeolli*,
- k) ejemplares de la revista *Democratic People's Republic of Korea*,
- l) etcétera,
- m) abanicos con plumas de pájaros,
- n) cajitas musicales.

—Me parece muy loco el concepto de *souvenirs* que tienen los norcoreanos. Explicame en qué mundo un abanico con plumas de pájaros es un *souvenir*. ¿No te parece un delirio? —me dice Martín.

Su comentario me deja pensando. Creo que los *souvenirs* delirantes, parecidos a los escarpines de bebé del avión, tienen que ver con las sanciones económicas y la escasez. Pero ahora que lo pienso mejor, quizás tenga que ver con el hermetismo. Los *souvenirs* son parte tangible de la «experiencia turista». Y si algo es inusual en Corea del Norte, es justamente el turismo.



*Gift shop* del Paralelo 38.

Yo me compro un banderín y un póster de propaganda pintado a mano. El póster me interesa especialmente, porque es el único lugar del país donde puede conseguirse. Y hay de varios motivos, antiimperialistas en su mayoría, pero elijo uno que exhibe a las cuatro fuerzas constitutivas del Partido de los Trabajadores: militares, intelectuales, obreros y mujeres (mujeres a secas, porque la diferenciación de roles profesionales es un privilegio reservado a los varones). La golosa de mi mamá, que está con síndrome de abstinencia de dulces, compra un *souvenir* comestible –el bolsón de caramelos de maní– y varios eligen la campera de vinalón.

Apenas salimos del *gift shop* vuelven a ordenarnos en la cuadrilla de cuatro por cuatro y el Señor Kang nos da la orden de marchar derechos a través de un arco de piedra. Del otro lado del arco, un oficial militar y el Señor Li ya nos esperan para conducirnos en el busito hasta el núcleo duro del Paralelo 38: la línea de demarcación militar.

El complejo del Paralelo 38 se parece bastante a una *matrioshka*. El busito ingresa primero a la Zona Desmilitarizada –«DMZ», por sus siglas en inglés–. La DMZ, que de desmilitarizada tiene solo el nombre, incluye el Área de Seguridad Conjunta. Y dentro del Área de Seguridad Conjunta está la línea de demarcación militar. Cuarenta metros al norte de la línea de demarcación militar –o sea, en Corea del Norte–, se erigen el Pabellón de Phanmun y el Museo de la Paz. Cuarenta metros al sur de la línea –o sea, en Corea del Sur–, la Casa de la Libertad y la Casa de la Paz. Y sobre la línea –o sea, en Corea del Norte y en Corea del Sur–, se emplazan tres casetas pintadas de celeste que se han convertido en la postal predilecta del Paralelo 38.



Casetas celestes de Naciones Unidas sobre la línea de demarcación militar entre las dos Coreas.

Primero visitamos el Museo de la Paz, cuya historia es particularmente relevante. Resulta que los estadounidenses habían sugerido firmar el «cese el fuego» en una tienda de campaña al sur del Paralelo 38, pero los norcoreanos se negaron. En su lugar, levantaron una sala de 900 metros cuadrados de su lado de la frontera e invitaron a los países beligerantes a firmar la tregua allí. Y así se hizo el 27 de julio de 1953. Desde entonces, en el Museo de la Paz se conservan las sillas y mesas originales que se emplearon para la firma del acuerdo.

El militar espera un buen rato a que saquemos nuestras fotos y, a continuación, nos conduce al Pabellón de Phanmun. La

humedad dentro de ese edificio es tan brutal que brota agua del piso y hay baldosas flojas. Es un peligro, obviamente, porque es necesario subir escaleras hasta llegar a un mirador y todos vamos patinando. El Señor Kang, muy caballerosamente, le toma la mano a mi mamá y la ayuda cada vez que es necesario. Y termina siendo necesario muchas veces.

Cuando arribamos al mirador podemos ver a los vecinos del sur por primera vez. Son militares haciendo guardia. Y a pesar de ellos, y de los dichos sobre la Zona Desmilitarizada –Clinton supuestamente dijo que es el lugar más escalofriante del planeta–, la atmósfera que se respira no es particularmente densa. Más bien todo lo contrario. Lo que empiezan siendo fotos tradicionales sacadas desde el mirador, rápidamente se convierten en simpáticas *selfies*. Entre nosotros, primero. Con el Señor Kang, después. Y como la Señorita Cho y el oficial militar no quieren quedarse afuera, ¡se suman también!



*Selfie con un militar apostado en el Paralelo 38. Selfie con el Señor Kang y mi mamá.*

*Hashtag DPRK. Hashtag Korea. Hashtag DMZ. Hashtag Koryo Tours. Hashtag 38th Parallel. Hashtag Selfie. Hashtag Day Trip. Hashtag Follow Our Journey. Hashtag InstaPic. Hashtag Travel The World. Hashtag Travel Blogger. Hashtag No Filter. Hashtag InstaHappy.*

Mi mamá viene observando al oficial militar. Sostiene la hipótesis de que tiene un flechazo con Emel, la australiana, y que por eso accede a sacarse *selfies*. Y lo observa tanto —¡tanto!— que termina detectando que su sobretodo verde no tiene dobladillo en la base y se está deshilachando. También tiene un agujero hecho por polillas en el cuello, me hace notar, y argumenta que quizás los sobretodos no sean de fibra irrompible de vinalón. Es una gran metáfora, le digo a mi mamá. El poder de Corea del Norte es un poco como el uniforme del oficial: verde, militar, pero deshilachado y con agujeros de polilla.

Mientras continuamos tomando fotos, el Señor Kang nos dice que tenemos mucha suerte porque las casetas celestes están usualmente cerradas pero hoy van a abrirlas para nosotros. Que nos ordenemos en cuadrilla de cuatro por cuatro y hagamos silencio. Y que marchemos, ¡ya!

Entramos a la caseta del centro y en principio estamos solos, pero pronto todo aquello se convierte en una romería. A nuestro grupo se suma el de Gergó, después aparece un contingente de japoneses y finalmente entran los dos judíos ortodoxos.

Uno de ellos —uno de los judíos ortodoxos— se ubica cerca de mí para escuchar la explicación que el oficial militar va a darnos. Entonces aprovecho la oportunidad para preguntarle:

—¿De dónde son?

—De Alemania —me responde.



Recibiendo explicaciones sobre «La Victoriosa Guerra de la Liberación de la Patria» (Guerra de Corea) dentro de las casetas celestes de Naciones Unidas.

—Perdón por la indiscreción, ¿pero cómo es que los dejan usar símbolos religiosos?

—¡No lo sé! Mi hipótesis es que en Corea del Norte no saben qué es el judaísmo y nunca vieron a un judío...

(—Bla, bla, bla, armisticio, bla, bla, bla —traduce la Señorita Cho.)

Con la explicación del oficial como telón de fondo, el Señor Kang nos dice en voz baja que aprovechemos, que solo dentro de las casetas es posible poner un pie en Corea del Sur. Y João se cruza de un lado al otro de la habitación y reporta el clima de cada país. En Corea del Norte está soleado. En Corea del Sur, también. Carl le festeja la humorada, yo hago lo mismo. Pero una mirada severa de la Señorita Cho nos pone en caja *al toque*, o sea, inmediatamente.

(—Bla, bla, bla, Naciones Unidas, bla, bla, bla —continúa traduciendo la Señorita Cho.)

A través de las ventanas sucias de la caseta puede verse la línea de demarcación militar. Es un cordón cuneta de hormigón, tan bajito, tan gris, tan poquita cosa. Y tan desgraciado al mismo tiempo. Porque este murito enano, así de insignificante como se lo ve, materializa todas las dimensiones de la tragedia coreana: familias divididas, desertores, fronteras militarizadas, una guerra inconclusa. Puro espejismo. Pura ilusión visual. Al menos su primo de Berlín, tan alto y tan extenso, tenía la desvergonzada gentileza de conciliar su tamaño con la magnitud de la tragedia que provocaba.

\* \* \*

Es cerca del mediodía y no hemos probado bocado. El desayuno del Sosan y el cafecito de la *Unjong Teahouse* no cuentan. Y el hambre empieza a sentirse. Mi mamá se mantiene en pie gracias a los caramelos de maní –que están muy ricos, dice–, e incluso invita una ronda a todo el contingente. Afortunadamente falta poco para el almuerzo real, nos avisa el Señor Kang. Aguanten un ratito más.

Ya abandonamos la DMZ y estamos camino al centro de Kaesong, la ciudad grande más próxima a la frontera intercoreana. La estoy viendo por la ventanilla del busito y no es particularmente vistosa. De hecho, en su diseño urbano y en su escala cromática, me da la impresión de que se parece bastante a Pyongyang. Tiene las mismas calles grises y los mismos edificios *lengüeteados* con pintura de colores pastel. Pero, por alguna razón que aún no sabría conceptualizar, Kaesong parece incluso más densa que Pyongyang. Densa en el sentido de espesa, pesada, difícil de digerir.



Presunta sesión de adoctrinamiento en el exterior de una escuela de la histórica ciudad de Kaesong, cerca de la frontera con Corea del Sur.

Quizás estoy juzgando a Kaesong injustamente, con ojos sesgados de Paralelo 38. Pero no tardo en advertir que la atmósfera enrarecida que percibo se debe, probablemente, a un par de furgonetas con altoparlantes que recorren las calles emitiendo música revolucionaria y proclamas políticas. También, en dos esquinas, detecto una postal de vía pública infrecuente en Pyongyang: grupos de personas en cucullas congregadas en torno a un lector. Deben ser las famosas sesiones de estudio de las enseñanzas de Kim Il Sung. Entonces pienso que cada uno sabe dónde le aprieta el zapato, y a los Kim les debe apretar acá, en Kaesong. En la ciudad más cercana a la frontera intercoreana, en la que tuvo más contacto con el sur<sup>43</sup>. Y por eso despliegan aquí, con

43 Kaesong ha tenido una importante conexión con el vecino del sur. Hasta 2008 se permitía a los surcoreanos visitar la ciudad durante unas horas, mientras que entre 2002 y 2013 existió la llamada Región Industrial de Kaesong (RIK), un proyecto de desarrollo económico colaborativo entre los dos gobiernos. En él se permitía que empresas del sur emplearan mano de obra norcoreana calificada y

particular énfasis, todos los dispositivos necesarios para reforzar las lealtades personales, la convicción ideológica y la obediencia política.

Mientras pienso en la metáfora del zapato, el busito se detiene. Acabamos de llegar al restaurante para nuestro almuerzo real y, desde afuera, me resulta parecido al N° 2 de Pyongyang. Termina siendo menos elegante y sin *gift shop*, pero igual de vacío, frío y húmedo.

Me siento en la mesa junto a mi mamá, Liliana, Marcus, Martín, Carl y Vasu. Y cada uno, frente a sí, se encuentra con trece cuencos cubiertos y un plato de sopa tibia donde flotan trocitos de carne de cerdo y cebolla de verdeo. (—El *pansanggi* era el almuerzo «real» de la dinastía Koryo —nos informa la Señorita Cho.) Opcionalmente, desembolsando cinco dólares, podemos ampliar nuestro combo de *pansanggi* con una sopa picante de perro. Y nadie de mi mesa desembolsa, salvo Carl, porque todos tenemos perros.

A juzgar por la gastronomía norcoreana que conozco hasta el momento, no tengo grandes expectativas respecto del *pansanggi*. Y aún así, cada vez que descubro un nuevo cuenco, logra desilusionarme sin remedio.

El primer cuenco tiene láminas de algas nori. El segundo, dos cuadrados de tofu. El tercero, el consabido repollo blanco frito. El cuarto, tres papas fritas frías. El quinto, zanahoria rallada. El sexto, espinaca hervida. El séptimo, tiritas de huevo duro. El octavo, trozos de calamar. El noveno, bolitas dulces de masa pegajosa que

---

barata. A cambio, el gobierno de Corea del Norte obtenía una importante fuente de divisas. En febrero de 2016, posteriormente a un lanzamiento misilístico por parte del norte, la RIK se cerró definitivamente.



*Pansanggi*, almuerzo «real» en la ciudad de Kaesong.

flotan en salsa marrón. El décimo, brotes de soja. El undécimo, rectángulos gelatinosos marrones que no sabría decir qué son. El duodécimo, kimchi. El decimotercero, arroz.

Mi estrategia es probar todo el despliegue pero aferrarme a lo familiar (quinto, sexto, séptimo, octavo, décimo y decimotercero). Al ritmo de Carl, terminaría con gastroenteritis. Y estoy decidiendo por dónde arrancar cuando el restaurante empieza

a pestañear<sup>44</sup>. La luz se corta. Y vuelve. Y se corta de nuevo. Y vuelve de nuevo. Y se corvuelvcortavuelve. Así, durante más de quince minutos. Pero las camareras no se inmutan, entonces sospecho que el pestaño es frecuente aquí. Aquí y en todo el país.

En enero de 2014, astronautas a bordo de la Estación Espacial Internacional tomaron fotografías de la península coreana desde el espacio. Era de noche y Corea del Sur estaba toda iluminada. Corea del Norte, en cambio, era un agujero negro. Y lo sigue siendo, porque la generación de energía eléctrica es limitada e inestable –cuando no inexistente–. Paradójicamente, el emblema nacional del país exhibe al Monte Paektu coronado con una estrella roja de cinco puntas y una central hidroeléctrica laureada con espigas de arroz. La materia prima de Corea del Norte: paradojas, eufemismos. Y también vinalón.

\* \* \*

Los cortes de luz y el almuerzo «real» sirven de preámbulo para la próxima parada: el Museo de Historia Koryo, un espacio de memoria dedicado a la dinastía medieval que gobernó la península entre los siglos X y XIV después de Cristo y antes de Kim Il Sung. Y el lugar está bien, qué sé yo. Es pintoresco, de hecho. Un poco oscuro, eso sí. Pero estoy cansada. Y tengo sueño. Y tengo frío. Y vine a respirar Guerra Fría, y esto se le parece bastante poco. Entonces activo el piloto automático y veo que la Señorita Cho mueve los labios explicando cosas que no me esfuerzo por entender.

---

44 La ingeniosa metáfora del «país que pestaña» pertenece a Daniel Wizenberg, politólogo y periodista argentino que viajó a Corea del Norte en 2016. Al respecto véase Wizenberg, Daniel & Varsavsky, Julián (2017). *Corea. Dos caras extremas de una misma nación*, Buenos Aires: Continente.

(—Bla, bla, bla, Confucio, bla, bla, bla —explica la Señorita Cho.)

Creo que mi mamá también «vuela». Y Liliana. Y Martín. Y todos. Y todas. Porque hay algo muy intenso de venir a Corea del Norte, entonces se necesitan pausas mentales. Pausas de estímulos extemporáneos. De estética *vinalonezca*. De discursos grandilocuentes. De espacios que no son propios. Y de un tiempo que resulta ajeno.

(—Bla, bla, bla, tres reinos tardíos, bla, bla, bla —sigue explicando la Señorita Cho.)

Cuando salimos del museo, a mano derecha veo un enorme edificio con estética coreana que la Señorita Cho no creyó importante referir. Le pregunto qué es.

—Se trata de la Universidad Songgyungwan, la más antigua del país. Pero no es la más prestigiosa. La más prestigiosa es mi universidad, la Kim Il Sung, en la que estudié Relaciones Exteriores —dice la Señorita Cho; y yo, que estudié Relaciones Internacionales, me quedo pensando en la elección de la palabra *exteriores*<sup>45</sup>.

—¿Y los alumnos? —pregunta Martín, viendo que la universidad está vacía.

—Están en clases —replica la Señorita Cho, mientras mi mamá me dice susurrando que nos quiere vender gato por liebre porque el edificio tiene toda la pinta de estar cerrado desde hace años.

---

45 Las Relaciones Internacionales y las Relaciones Exteriores son dos términos relacionados, pero tienen diferencias sutiles en su alcance y enfoque. Mientras las Relaciones Internacionales se refieren al campo académico que se ocupa de analizar y comprender las dinámicas de poder a nivel global entre Estados, organizaciones internacionales y actores no estatales, las Relaciones Exteriores designan las acciones y actividades que lleva a cabo un gobierno o una entidad estatal específica en sus interacciones con otros países y actores internacionales.

\* \* \*

El Señor Kang cuenta hasta quince. Señorita Cho, dieciséis. Diecisiete, se señala. Estamos todos. Afuera cae la tarde y abandonamos Kaesong. El viaje ha sido una paliza, y todavía queda un largo trecho, así que gran parte del busito duerme. Mi mamá, de hecho, va cabeceando en el asiento de al lado. Pero yo me quedo despierta, mirando por mirar, hasta que una escena en particular me desconcierta por completo. En el largo cauce de un río seco, decenas y centenas de personas en cuclillas escarban en el barro.

—¿Qué están haciendo? —le pregunto a la Señorita Cho.

—En Corea del Norte, dado que la educación socialista nos inculca el valor de la solidaridad, si alguien pierde algo todo el pueblo sale a buscarlo. Entonces seguro que alguien, aquí en las afueras de Kaesong, ha perdido algo —me contesta el Señor Kang ante la ausencia de respuesta de la Señorita Cho.

La hipótesis no me convence ni un poco. Es decir, es evidente que buscan algo, pero lo del objeto perdido me suena a *chamuyo*, a *guitarra*, a *biri biri*. Descubriría años después que, esa tarde en los suburbios de Kaesong, en el lecho enlodado de ese río seco, esas decenas y centenas de personas en cuclillas probablemente buscaban lochas<sup>46</sup>.

---

46 Las lochas, originarias de China, Taiwán y la península coreana, pertenecen a una familia de peces de lodo. Viven en aguas turbias de ríos, arroyos, riachuelos y arrozales, y se los consume en una sopa espesa llamada *chueo-tang*. Nunca leí referencias a las lochas ni en artículos científicos, ni en libros especializados ni en testimonios de desertores. Recién en julio de 2022, en un reporte de Radio Free Asia (RFA), escuché por primera vez que la cría de lochas se estaba popularizando en Corea del Norte como consecuencia de la crisis económica provocada por la pandemia de COVID-19 (Son, Hyemin. «As opportunities dry up, North Koreans turn to mudfish farming», *Radio Free Asia*, 08.07.2022). Un año más tarde, en junio de 2023, envié una pregunta al segmento *Ask a North Korean* [Pregúntale a un norcoreano] del portal de noticias NK News. Quería saber si el



Puesta de sol en Sariwon, ciudad a mitad de camino entre Pyongyang y la frontera intercoreana.

El viaje sigue a los saltos, animado con historias de amor proletario que comparte el Señor Kang. Ahora mismo, por ejemplo, está narrando la de una tal Sonbu. Se trata de una camarada que se enamora perdidamente de un campesino, pero el campesino es llamado a integrar las filas del Ejército del Pueblo para luchar contra el imperialismo japonés. Total, tienen que separarse. Y no sé qué pasa después, porque el micrófono se desconecta por las sacudidas del busito, pero da la impresión de que la historia tiene final feliz porque la Señorita Cho aplaude con una sonrisa en la cara.

---

cultivo de lochas era popular en el país. Me respondió un desertor norcoreano, bajo el seudónimo «Joshua Kim», que había servido a un pelotón del Ejército del Pueblo al que le habían encomendado, dos veces, la construcción de una granja de lochas. Al respecto véase Kim, Joshua. «Ask a North Korean: Why are there so many farms raising the slippery loach fish?», *NK News*, 04.07.2023.

A mitad de camino entre Kaesong y Pyongyang nos detenemos en Sariwon. La idea es ir al baño y poco más, pero el Señor Kang insiste en que visitemos el mirador de la ciudad «porque es hermoso y sus vistas panorámicas son únicas». Nadie quiere, porque la agenda del *tour* es agotadora y estamos muy cansados, pero tanto insiste que no queda otra. Entonces, primero vamos al baño –letrinas con aserrín como material absorbente– y después al mirador. Y contemplamos Sariwon desde lo alto, justo durante la puesta de sol. Y creo que el Señor Kang tenía razón. A su manera, rústica y brutalista, la ciudad tiene su encanto.

Ya es de noche cuando llegamos al Restaurante N° 1 de Pyongyang y solo trato de concentrarme para procesar lo que veo. El restaurante, estilo *kitsch* soviético, es la pura sistematización del mal gusto. Por empezar, las sillas están «vestidas» con moños rosas desmesurados. Hay arreglos florales artificiales en todos los rincones. Un gigante mural de cerezos decora la pared más extensa del lugar. Y la luz blanca brillante se disputa el protagonismo con rayos láser de color rojo que se activan intermitentemente. ¡Qué elegante todo!, dice mi mamá. Y yo cazo la ironía al vuelo.

La comida, por su parte, no desentona con la decoración. Primero aparece un pescado, con cola y cabeza, flotando en una salsa marrón. Después, bolas de calamar decoradas con zanahorias y cebolla de verdeo. Y el plato estrella de la noche incluye unas rodajas de falsas morcillas hechas con arroz teñido de negro. Entregaría mi reino a cambio de tres empanadas, le digo a mi mamá. Y ella me responde que, con el hambre que tiene, entregaría el suyo incluso por dos.



Restaurante N° 1 de Pyongyang.

Más tarde, después de cenar, nos llevan al Moran Beer Bar. Es uno de los pocos de Pyongyang abierto para turistas y, por cincuenta centavos de dólar, pueden comprarse cervezas locales marca Ryongsong. Pero yo no tomo alcohol, entonces le pregunto a la Señorita Cho si hay alguna opción de *soft drink* para mí. Me dice que no está segura, que va a preguntar. Aunque sea agua sin gas, Señorita Cho. Entonces va y consulta, y mientras tanto yo fantaseo con una Coca-Cola Zero. Pero me ofrece una cajita de leche sabor frutilla *Made in Vietnam*. Es eso o eso. Y termino tomando *eso*.

La conversación en el bar resulta de lo más animada. José y Fermín, por ejemplo, nos cuentan que vinieron a Corea del Norte sin decirle nada a sus padres. Emel hizo lo mismo, y recién van a enterarse cuando reciban una postal que piensa enviarles desde

Pyongyang. ¡Qué mal, chicos! ¡Eso no se hace! ¡Cómo no van a decirles nada a sus padres?, opina mi mamá. Mientras, en una conversación paralela, Martín comparte sorprendido que hoy le preguntó al Señor Kang su opinión sobre el *Che* Guevara y el Señor Kang le dijo que no sabía quién era. Y yo también me sorprendo al principio, pero me quedo pensando y elaboro una conjetura que para mí tiene toda la lógica.

Creo que los barbudos de La Habana fueron particularmente urticantes para Moscú. Al principio, durante dos o tres añitos, todos camaradas. Pero después de la Crisis de los Misiles, los jóvenes revoltosos comenzaron a proponer nuevas formas de organizar y de pensar a la izquierda, y a los soviéticos no les gustó ni medio. Los camaradas del politburó moscovita, para ese entonces, estaban entrados en años y atornillados al poder, y ninguno de ellos quería ceder el control. En vistas de esto, Cuba los acusó de estar excesivamente pendientes de los estímulos materiales y eso fue lo más parecido a una declaración de guerra entre hermanos. La venganza de Moscú fue la Siberia: mandó la épica revolucionaria cubana a un helado ostracismo sin loas ni proclamas. Así que no me sorprende que el Señor Kang no haya oído hablar del *Che* Guevara, pienso yo. Está en la Siberia.

Cuando volvemos al Hotel Sosan subimos derecho a nuestras habitaciones para poder descansar. Por la paliza acumulada, obviamente, pero también porque mañana jueves 15 de marzo el recorrido empieza incluso más temprano.

—¿No te da la impresión de que hace semanas que estamos acá? ¡Qué locura! ¡Y recién pasaron dos días! —me comenta mi mamá.

—Sí, yo también tengo una sensación parecida —respondo pensativa.

Instantes después saco mi cuadernito verde y anoto: *«Corea del Norte quiebra la relación entre el tiempo cronológico y el tiempo psicológico, entre el tiempo físico y el tiempo mental. Te saca de eje. Te desestructura. Es otro mundo dentro de este».*





## SEIS

Entre las tantas obsesiones que desvelaban a la Unión Soviética, había una en especial: la *fizkultura*, una política pública masiva orientada al desarrollo físico del proletariado. El objetivo del politburó era bastante lineal, claro, bien pragmático: las masas tenían que estar física y mentalmente aptas para el trabajo y la defensa, y eso por supuesto implicaba combatir el sobrepeso tan propio de las sociedades «hamburguesadas».

La masificación de la *fizkultura*, después de 1930, alcanzó no solo a la actual Rusia, sino también a todas las repúblicas socialistas soviéticas y países satélites. Y Corea del Norte, obviamente, no fue la excepción. Pero ocurrió que, fiel a su estilo de manotear lo ajeno –no sé si lo dije antes, pero siempre me ha dado la sensación de que la ideología juche es un refrito del pensamiento de Gramsci–, Kim Il Sung se arrogó la *fizkultura* como una idea propia. Así, en 1977 escribió que –según él– los tres pilares que estructuraban la pedagogía socialista eran la educación política, la educación científica y técnica, y la educación física<sup>47</sup>. Entonces mandó a todos a hacer ejercicio.

---

47 Kim, Il Sung (1993). *Tesis sobre la educación socialista*, Pyongyang: Ediciones en Lenguas Extranjeras, pp. 23-25.

\* \* \*

Me despierto aturdida y desubicada en tiempo y espacio. No entiendo qué hora es ni dónde estoy. Y cuando logro ubicarme y descuelgo a tientas el tubo del teléfono de la habitación que no para de sonar, mi cabeza todavía no hace el *switch* al inglés y empiezo a hablar en español:

—Sí, hola. ¿Quién es?

—...

—*Oh, sorry! My apologies. Who is this?* [¿Perdón! Mil disculpas. ¿Quién es?]

Del otro lado del teléfono, la Señorita Cho que, sumisa y leal a las creativas ideas de su Presidente Eterno, nos llama desde el *lobby* para invitarnos a una sesión matutina de *fizkultura*. El Señor Kang va a salir a trotar cinco kilómetros por la calle Chongchun, por aquí cerquita, y ambos consideran que es una buena oportunidad para hacer ejercicio y despejarse antes del desayuno. La invitación queda descartada en el acto. Estoy mirando mi reloj mientras me restriego los ojos y son apenas las cinco de la mañana.

Sin poder conciliar de nuevo el sueño, me asomo por la ventana de la habitación. Está todavía oscuro pero, a lo lejos, se ve una chimenea industrial humeante. Y abajo, cerca del señor que está cortando un cantero de césped con una podadora manual, el Señor Kang está precalentando junto a Leanne y Markus. Creo que Leanne es atleta de alto rendimiento y Markus, alemán. Eso explica todo.

Bajamos a desayunar una hora después y no hay ninguna novedad. Misma escasez de zanahorias y papas fritas frías. Pero, a diferencia de ayer, todos vestimos ropa formal. Varones, traje.

Mujeres, vestidos. Y es que ahora, en un rato, visitaremos el Palacio del Sol de Kumsusan donde descansan los restos embalsamados del Padre y del Hijo. Y, por disposición oficial, se ingresa con vestimenta formal o no se ingresa.

\* \* \*

Garúa sobre Pyongyang y la humedad es infernal. Incluso el piso del busito está mojado. Y el cielo gris, encapotado, alimenta la atmósfera solemne que inspiran nuestros guías. Vamos a visitar el Santo Sepulcro juche y tenemos que prepararnos con el recogimiento propio que se espera de una celebración religiosa. Para ir creando clima, el Señor Kang nos comparte hazañas de los Amados Líderes: la «Ardua Marcha», «El Viaje de Mil Millas», «El Espíritu Chongsanri». Y así un par de historias más, hasta que refiere que Kim Il Sung cuidaba a los huérfanos de su país como un padre lo hace con sus hijos, entonces se emociona y se le quiebra la voz. La Señorita Cho, siempre tan solícita, intenta auxiliarlo. Pero esta vez no puede. Ella también llora.

El Palacio de Kumsusan era la Casa de Gobierno de Corea del Norte. Desde allí, Kim Il Sung orquestaba los designios de su nación. Pero cuando murió, el 8 de julio de 1994, Kim Jong Il decidió que su padre no podía ser menos que sus camaradas embalsamados Lenin, Stalin, Mao y Ho Chi Minh. Entonces sería más.

Primero, fue embalsamado. Después, designado Presidente Eterno. Más tarde, se le confirió el grado de Sol del Siglo XX (ni Lenin se animó a tanto). Y para cerrar con un final a toda orquesta, se refuncionalizó la Casa de Gobierno para convertirla en su mausoleo personal. Diecisiete años más tarde, cuando el

que estiró la pata fue el propio Kim Jong Il, su hijo –esta vez– le confirió a su padre los mismos honores que a su abuelo. Primero, fue embalsamado. Después, designado Querido Líder. Más tarde, se le confirió el grado de Sol del Siglo XXI (Stalin tampoco se animó a tanto). Y para cerrar con un final a toda orquesta, se lo alojó en el nicho familiar: el Palacio del Sol (¿por qué no de los Soles?) de Kumsusan.

Son creativos, eso es innegable. Porque hasta el 8 de julio de 1994, antes de morir, un dictador fantaseaba con la eternidad en términos más o menos convencionales. O se momificaba, o se embalsamaba discursivamente desplegando una narrativa de perpetuidad en la conciencia colectiva de su pueblo. Pero a nadie se le ocurrió eso de desafiar al tiempo y de seguir gobernando después de muerto. A nadie... salvo a los Kim.



Palacio del Sol de Kumsusan (Pyongyang).

Por eso hoy, en la familia de las *cracias* –democracias, teocracias, plutocracias, cleptocracias, aristocracias, nepocracias, tecnocracias, burocracias–, la necrocracia de Corea del Norte es la prima incómoda, un poquito fea, bastante *freak*. Porque es concebible que gobiernen los pueblos, los sacerdotes, los ricos, los ladrones, los nobles, los parientes, los expertos, los burócratas. Los vivos, bah. Pero resulta inconcebible que gobierne un muerto desde una Casa de Gobierno que es también un panteón. Entonces pienso que quizás también sea una metáfora indecente: gobierna un muerto porque el país es un cementerio.

Formamos el pelotón de cuatro por cuatro en un pasillo a la intemperie y estamos largo rato así, formados, con un humor de perros por la llovizna y la humedad. Pero, a diferencia de otras veces, la Señorita Cho pasa meticulosa revista a nuestra pequeña unidad militar. En principio, no le convence la camisa hawaiana de Alexander. Las Nike negras de Markus estaban bien para la sesión de *fizkultura*, pero no son adecuadas para esta ocasión. La falda corta de Emel transita en la delgada línea que separa lo formal de lo informal. Y el saco de João no conoce de planchas, apresto ni almidón. Viajó en una mochila desde Portugal y así quedó: hecho un bollo, un acordeón.

La Señorita Cho debate en coreano con el Señor Kang. Imagino que discuten qué desastre priorizar. Y gana la camisa multicolor de Alexander, obvio. Y yo coincido, porque la prenda es impresentable. Alexander termina vistiendo el saco del Señor Kang y también su corbata bordó, que no pega ni un poco con las flores naranjas y celestes del estampado de su camisa. A Markus y Emel los camuflan en el medio de la formación. Y la misma suerte corre João, que termina flanqueado por el sinuoso vestido sirena de Liliana y la camisa-cuello-Mao de Martín.

Cuando la Señorita Cho se convence de que estamos presentables, nos da la orden de avanzar para iniciar un simbólico proceso de purificación, que consiste en limpiar las suelas de nuestros zapatos caminando sobre unos cepillos cilíndricos y desfilando por una alfombra de goma húmeda para terminar de sanearlos. Ya limpios, cruzamos una puerta de vidrio impecable y desembocamos en un pasillo largo. Largo, larguísimo. Y, de dos en dos, subimos a una cinta transportadora igual de larga. Larga, larguísima.

Sin la posibilidad de caminar sobre la cinta transportadora –la Señorita Cho ha sido muy clara al respecto: nada de caminar–, noto inmediatamente que la velocidad de desplazamiento es particularmente parsimoniosa. Vamos lento. Lento, lentísimo. Como en una procesión forzosa. O como en un *Via Crucis*, en realidad, con cada una de las estaciones retratadas a los lados del pasillo. A la derecha, estaciones sobre la vida del Padre. A la izquierda, sobre la vida del Hijo.

Una marcha militar, ceremoniosa, resuena en el pasillo de acceso al mausoleo. Y han acompasado el *tempo* de la cinta transportadora con el de la marcha, me hace notar mi mamá. «Para reforzar la atmósfera piadosa», observa.

El primer segmento de la procesión dura unos quince minutos, hasta el final del pasillo. Pero cuando llegamos al final, un nuevo corredor igual de largo se abre a mano derecha. El nuevo corredor es más bien una avenida de dos carriles, con cintas que transportan en sentidos opuestos. Los que salen, desplazándose sobre la cinta a mano izquierda, no nos miran, hacen como si no existiéramos. Pero apenas nos pasan un par de metros, se dan la vuelta y se quedan observándonos con extrañeza, como quien nunca ha visto a alguien distinto, a un extranjero.

Cuando termina el segundo pasillo se abre otro más corto, y después una escalera mecánica, y después un nuevo corredor, y después un *hall* inmenso, y después otras escaleras lujosas, y después otra maraña de más pasillos, y después un arco de metal sanitizante que tira fognazos de aire comprimido. Acá debe ser, pienso, y efectivamente acá es. Del otro lado del arco de metal, la primera sala mortuoria: la de Kim Il Sung.

Segmentan a la cuadrilla de cuatro por cuatro para no perturbar el descanso eterno del Presidente Eterno y quedo en la última fila junto a mi mamá, Marcus y el Señor Kang. Vamos a pasar así, por filas, al solemne ritmo de una marcha gloriosa que suena en la habitación. Y una vez frente al Presidente Eterno, lo rodearemos para hacerle tres reverencias: una de frente, una desde el lateral izquierdo y una desde el lateral derecho. El Señor Kang dice que lo sigamos, que él nos va a guiar.

\* \* \*

El Club de los Camaradas Embalsamados abrió sus puertas con la muerte de Lenin. Y no porque Lenin lo quisiera. El padre fundador de la Unión Soviética, cultivando una pedagogía de la austeridad, había pedido ser enterrado sin mucha pompa. Pero a Stalin, parece, le entró por un oído y le salió por el otro. Quizás porque, por devoción, quería mantener vivo al mito. O quizás, creo yo, porque lo necesitaba desesperadamente.

El talón de Aquiles de las autocracias siempre ha sido la fase de alternancia, de sucesión, de relevo en el poder. El autócrata, una vez muerto, ya no decide. Y lo que alguna vez decidió, muere con él. Entonces empieza una fase de darwinismo político explícito.

Intrigas, cizañas, ajustes y purgas. Purgas. Sobre todo, purgas. ¡Que sobreviva el más apto!

Hasta que un día emerge el sucesor. Pero el sucesor, usualmente, tiene problemas de legitimidad. Viene flojo de papeles. En principio, porque su autoridad no está legalmente constituida. También porque no está investido del mito de la sangre azul tan propio de las monarquías. Y por último porque, por regla general, difícilmente será igual de carismático que su antecesor. Entonces —y a esto lo descubrió Stalin—, el sucesor embalsama su fuente de legitimación para alimentar una ilusión de continuidad, de curso natural sin ruptura, de transición ordenada entre el autócrata muerto y el autócrata puesto.

Esta suerte de necrocracia legitimadora, tan funcional durante fases tempranas del sucesor, se silencia cuando este ya se halla estable y consolidado en el poder. Y entonces se transiciona a una especie de necrocracia residual, que queda activa sobre todo en las masas. O en algún fervoroso creyente. O en el convencido de que cualquier tiempo pasado siempre fue mejor.

Pero hasta aquí la teoría<sup>48</sup>, porque resulta que esta fórmula para la sucesión autocrática tuvo alumnos de todo tipo. Hua Guofeng, el sucesor de Mao, fue el peor de todos. En el proceso de embalsamamiento le inyectaron tal cantidad de formol al *necrócrata* chino que, hinchado y deformado por todos los costados, se salvó por un pelo de la descomposición. Entre los estudiantes regulares se cuentan los sucesores de Ho Chi Minh. Al vietnamita lo embalsamaron con una técnica de desarrollo propio que, según parece, resultó ser bastante menos eficaz que la rusa —y

---

48 Para un lúcido y sucinto ensayo sobre la teoría de las necrocracias véase Fernández, Alberto. «Teoría de la necrocracia revolucionaria», *Letras Libres*, 04.04.2013.

por eso terminaron necesitando el apoyo de científicos moscovitas—. Stalin, definitivamente, fue uno de los mejores alumnos. No solo inventó todo el asunto sino que logró que lo embalsamaran también a él. Pero la matrícula de honor queda reservada para los Kim. Porque la necrocracia norcoreana nunca experimentó una fase residual. Es una necrocracia plena, activa, actual. Es una necrocracia... viva.

\* \* \*

El Sol del Siglo XX no encandila. Descansa en su sarcófago transparente, tranquilito, pero no irradia ninguna luz. Más bien la recibe de unos reflectores gigantes ubicados en las cuatro esquinas de la gran sala roja (roja, muy roja). Y tampoco propaga ningún calor, evidentemente, porque el frío aquí adentro es insoportable. No entiendo cómo se mantienen en pie —tan firmes, tan convencidos, tan desabrigados— los cuatro soldados que escoltan a la momia.

El Señor Kang, llorando con devoción religiosa, nos indica que es momento de hacer la primera reverencia. Trato de empatizar, pero lo mío termina siendo más una actuación de autómatas. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Cuento para mis adentros y me incorporo. En el sentido de las agujas del reloj caminamos hasta el lateral izquierdo y segunda reverencia. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Cuento para mis adentros y me incorporo. En el sentido de las agujas del reloj caminamos hasta el lateral derecho y tercera reverencia. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Cuento para mis adentros y me incorporo.

En la sala contigua, última morada del Sol del Siglo XXI, repetimos la pantomima. Misma representación teatral sin palabras,

solo reverencias. Y entre reverencia y reverencia me pongo a pensar que este palacio debe tener la mayor densidad de dictadores por metro cuadrado del mundo. ¡Otro récord megalómano mérito de los Kim!

Por fuera del circuito mortuorio hay dos exposiciones curiosas. La primera reúne saluciones de líderes y partidos comunistas de todo el mundo dirigidas a Kim Il Sung y Kim Jong Il. Las hay enviadas desde Perú, Guatemala, Indonesia, Sudán, Reino Unido, Cuba, Angola. Las hay enviadas por presidentes como Hugo Chávez y Luiz Inácio Lula da Silva.

—Y mirá esta, es una carta de 1958 firmada por Arturo Frondizi, presidente del Partido Comunista Argentino —me dice Martín.

—¿Frondizi fue presidente del Partido Comunista Argentino? ¡Qué manera de mentir! —se enoja mi mamá.

Pero Martín y yo nos reímos, y la Señorita Cho se acerca para recordarnos que en el Palacio del Sol de Kumsusan está prohibido reírse (y usar zapatos de punta o talón abiertos, y gritar, y correr, y fumar, y mascar chicle, y ponerse las manos detrás de la espalda, y hablar en voz alta, y apoyarse en barandillas u objetos).

La segunda exposición es un *racconto* de los viajes de los Soles. En avión y en tren, siempre a destinos socialistas. A más países cuando se podía, a menos desde la caída del Muro. Y la muestra incluye el vagón en el que, el 17 de diciembre de 2011, el Hijo pasó a mejor vida. La Señorita Cho dice que trabajó hasta el último minuto, siempre preocupado por su pueblo. Y que si nos asomamos por las ventanillas del vagón vamos a ver su escritorio, y los últimos papeles que leyó, y la lapicera con la que estaba por firmarlos. Entonces me asomo, curioseo a través de las ventanillas,

y me descoloca ver una MacBook Pro de 17 pulgadas ultradelgada con su ancha y brillante pantalla de alta resolución. Modelo 2015, le calculo. O incluso 2017. Martín nota lo mismo que yo y me mira con ojos socarrones.

—*Miss Cho, are you sure that this wagon is exactly as it was left by the Dear Leader Kim Jong Il?* [Señorita Cho, ¿estás segura de que el vagón permanece exactamente igual a como lo dejó el Amado Líder Kim Jong Il?] —le pregunta Martín a la Señorita Cho.

—*Of course! Nothing has been touched.* [¡Por supuesto! No se ha tocado nada.] —le responde la Señorita Cho.

Sobre una de las paredes de la sala, no muy lejos del vagón, cuelga un cuadro enorme. En el centro de la escena heliocéntrica que presenta, Kim Jong Il. Gravitando a su izquierda, tres camaradas. Y a su derecha, un espacio vacío y dos camaradas más. Me llama la atención el espacio vacío, el agujero negro a su derecha, y me acerco a observarlo en detalle. Se nota que la pintura ha sido alterada. Es evidente que en ese hueco había alguien que ahora ya no está. Mi apuesta más firme: Jang Song Thaek.

Jang Song Thaek fue cuñado y mano derecha de Kim Jong Il, tío de Kim Jong Un y el número dos del régimen hasta 2013. Pero ese año, tras ser acusado por su sobrino de cometer crímenes de alta traición contra el Estado, fue ejecutado. No sabemos cómo. Según la versión más truculenta —aunque falsa—, fue arrojado a una jauría de perros hambrientos. Pero, a juzgar por el cuadro que tengo frente a mí, da la sensación de que Jang Song Thaek sufrió no una, sino dos purgas. La primera, ejecutado. La segunda, *photoshopeado*. La doble purga estalinista: la física y la de la memoria.

(A la furia iconoclasta contra disidentes y opositores la inventaron los romanos –*damnatio memoriae*, condena de memoria– pero, con tecnologías más modernas, Stalin la *aggiornò*<sup>49</sup>. El hijo político de Lenin eliminaba de fotografías, periódicos, cuadros y pósters de propaganda a los caídos en desgracia. Y si no me creen, pueden preguntarle a León Trotsky. O a Alexander Málchenko. O a Isaac Zelenski. O a Grigori Zinóviev. O a Nikolái Bujarin. O a Karl Rádek. O a Nikolái Antípov. O a Serguéi Kírov. O a Nikolái Shvérník.)

Las salas de salutations y viajes nos marcan el final de la visita. Es momento de desandar los pasillos, las escaleras, las cintas transportadoras, los *halls*, los arcos de metal, las puertas de vidrio. Y pienso que incluso Teseo estaría más perdido que turco en la neblina, porque aquí no hay hilo de Ariadna que valga. Aún así, el Señor Kang nos conduce con destreza, como si fuera el Dédalo juche que construyó este laberinto.

Antes de abandonar el mausoleo, la Señorita Cho se ocupa de una cuestión bien mundana: «¿Quiénes necesitan pasar al *toilette*?». Nadie dice que no, entonces vamos en masa, quizás ignorando que la visita a los baños terminará siendo una sesión de *fizcultura*. En principio, porque las letrinas nos obligarán a flexionar las rodillas y a contener la respiración. Pero también porque no hay agua, entonces tendremos que acarrearla manualmente desde un fuentón de plástico azul hasta los escusados.

Y todo tiene su lógica, me quedo pensando, porque los baños con agua son necesidades de los vivos. Y el Palacio del Sol de Kumsusan es una necrópolis, el reino de los muertos.

---

49 Cf. Prada Rodríguez, Julio. «Cuando Stalin ‘photoshopeaba’ a sus opositores», *The Conversation*, 01.06.2022.

# 칠

## SIETE

Kim Jung Hee, el planificador urbano de Pyongyang, diseñó a la capital norcoreana sobre la base de tres principios: equilibrio visual, énfasis arquitectónico y construcción veloz<sup>50</sup>. Equilibrio visual porque las construcciones torcidas o inclinadas no reflejan la armonía que, en países socialistas, se deriva de la igualdad. Énfasis arquitectónico porque lo construido no puede ser solo funcional: la estampa de una estructura también debe proyectar una experiencia del poder asimétrico que existe entre los Kim y sus súbditos. Y construcción veloz –a la velocidad del *Chollima*<sup>51</sup>–, porque si los proyectos arquitectónicos son muchos, se terminan rápido y se terminan bien, alimentan una percepción favorable del país –y del régimen, por supuesto, que al fin y al cabo es lo que importa–.

Durante los años cincuenta y sesenta, los tres principios caminaron acompasados, de la mano. Pero desde la década del setenta en adelante, el esquema de Kim Jung Hee empezó a trastabillar. Inicialmente, porque obsesionado como estaba con la

---

50 Jun, Sang-in (2016). *Understanding North Korea through its Cities*, Seoul: National Institute for Unification Education, pp. 16-19.

51 El *Chollima* es un caballo alado que integra la mitología de la antigua China. En Corea del Norte, el *Chollima* simboliza el heroísmo, el espíritu de lucha del pueblo coreano, las innovaciones y la velocidad.

propaganda, Kim Jong Il insistió en priorizar el énfasis arquitectónico por sobre el equilibrio visual. Y posteriormente, porque el dinero ya no alcanzó para construir nada: ni bien, ni mal, ni lento, ni rápido. Nada.

De ahí una regla deductiva que, no sin algún margen de error, puede aplicarse para leer a Pyongyang. Si la estructura que se observa —edificio o escultura— parece equilibrada, simétrica y ordenada, seguro es de los años cincuenta o sesenta. Si es desmesurada o incluso un poco tosca, es de los setenta u ochenta. Y si no está terminada, quedó a medio hacer o se proyectó pero nunca se construyó, seguro es de los noventa.

\* \* \*

Aún no se disipa la garúa gris con la que amanecemos y la humedad sigue igual de agobiante. Y ya a bordo del busito, el Señor Kang nos agradece por el respeto con el que rendimos culto a los Amados Líderes. Son nuestros padres eternos, dice el Señor Kang, y se conmueve mientras lo dice. Ahora, cuando lleguemos al Gran Monumento de la colina Mansu, les pedimos ese mismo respeto. Y mi mamá cuchichea que sí, que obvio, que no nos queda otra, pero que no le hace ninguna gracia estar haciendo reverencias ante un Don Nadie.

Cuando llegamos a destino, el busito se estaciona en una gran explanada y empezamos a caminar. A caminar cuesta arriba, por la colina Mansu, como quien peregrina hacia las alturas para el encuentro con el Creador. Pero el camino al cielo está tan resbaladizo a raíz de la humedad que mi mamá se patina y cae de culo.

—¡Viejos de mierda! Me resbalé por culpa de estos viejos de mierda, el pelotudo del Padre y el hijo de puta del Hijo —despotrica

mi mamá contra los Kim, entre furiosa y dolorida—. No nos avisan un carajo que hay que traer calzado apropiado para subir hasta acá, y no sé si no me quebré la columna. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Los hospitales de este país no deben tener ni curitas ni aspirinas! Sentí cómo me crujieron las vértebras... ¡Viejos de recontra mil mierda!

El Señor Kang tiene cara de pánico. También la Señorita Cho. Y yo, porque mi mamá se cayó, pero más porque está lanzando un rosario de improperios contra los Soles de la creación norcoreana en el ingreso al Vaticano juche. Y pienso que si nuestros guías entendieran español hoy terminamos deportadas, detenidas en un campo de reeducación, o condenadas a uno de trabajo forzado.

Nuestros compañeros Emel y Carl —médica ella, enfermero él— auxilian a mi mamá. La examinan, la incorporan, la ayudan a caminar, le suministran un antiinflamatorio. Y el Señor Kang le pregunta si quiere volver al busito, que puede excusarse de la visita. Pero mi mamá ya está más tranquila y se siente mejor, aunque insista en que Kim Il Sung y Kim Jong Il son dos viejos de mierda.

Con mi mamá ya recuperada, proseguimos el ascenso y nos detenemos a comprar flores para depositar a los pies de las esculturas de bronce. Cinco dólares el ramo. Y compran Vasu, Marcus y Carl —y el plan del resto es «colgarse» de las ofrendas florales de ellos tres—. Comprando en la florería también hay mujeres y varones vistiendo trajes tradicionales muy elegantes. Asumo que se debe al carácter ceremonioso de la visita, pero el Señor Kang explica que son recién casados que vienen a rendir tributo a los padres de la nación. Porque los Amados Líderes son parte de nuestras familias, complementa la Señorita Cho, y cuando uno se casa siempre invita a su familia.



Pareja de recién casados, junto a sus padrinos de boda, camino al Gran Monumento de la colina Mansu (Pyongyang).

El Gran Monumento de la colina Mansu es de los setenta u ochenta, pienso como apostando contra mí misma. Me juego la cabeza. Nunca he visto esculturas de bronce tan desmesuradas, tan excesivas, tan descomunales. El énfasis arquitectónico, aquí, opaca al equilibrio visual. Lo aplasta. Lo saca de juego. Y me lo confirma la Señorita Cho. El complejo escultórico fue inaugurado en 1972 con motivo del cumpleaños número sesenta de Kim Il Sung aunque, desde entonces, ha sufrido algunas modificaciones.

Al principio estaba el Abuelo, representado con gesto adusto y cubierto en pan de oro. Y permaneció así cuatro décadas, solito y hosco, hasta el año juche 101. Pero entonces, Kim Jong Un ordenó agregar una estatua del Hijo y, de paso, remozar un poco la del Abuelo. O no, en realidad. No lo remozaron: lo avejentaron —con

anteojos y algunas arrugas— y lo degradaron —le sacaron el pan de oro—. Pero al menos lo compensaron cincelándole una sonrisa. Un año más tarde, al que *aggiornaron* fue al propio Hijo. Vestía un sobretodo hasta la rodilla al igual que el Abuelo, pero se lo cambiaron por la chaqueta proletaria de vinalón que usaba en sus viajes de adoctrinamiento y orientación alrededor del país.

Lo que sí permanece invariable desde 1972 es el brazo derecho en alto de Kim Il Sung. Señalando al horizonte, da la impresión. Como para recordar que las masas están perdidas y necesitan una guía, una orientación, un despertar de su conciencia proletaria. Porque eso de la emancipación espontánea de la clase obrera —como teorizó Marx— debe ser puro verso, digo yo.

Me asalta una idea. ¿Y si fotografío el brazo derecho del Presidente Eterno? Pero así como lo pienso, reculo, porque la Señorita Cho está explicitando con particular énfasis las tres reglas de conducta que debemos seguir sin excusas: marchar en solemne pelotón de cuatro por cuatro, depositar las ofrendas florales y reverenciar a las estatuas gigantes; fotografiar a los Amados Líderes solo de cuerpo entero; no jugar con la perspectiva de la imagen de manera tal que las personas comunes, corrientes y simplonas luzcan más grandes que las esculturas.

Cumplo la primera regla. Acato parcialmente la segunda. Desobedezco la tercera. Lo peor que puede pasarme es que me pidan borrar la foto, pienso. Pero nadie me lo pide, entonces apunto desde abajo, desde el suelo. Porque desde el suelo, los Kim de bronce se ven chiquitos. Y me gusta la metáfora: la grandeza es solo una cuestión de perspectiva.



Para fotografiar el Gran Monumento de la colina Mansu hay que tener en cuenta dos reglas: no se pueden cortar las cabezas de los Amados Líderes y la perspectiva de la imagen no puede hacer que las personas aparezcan más grandes que las esculturas.

\* \* \*

El Gran Monumento de la colina Mansu queda atrás y el circuito sigue en plan «maleta de loco». Nos llevan de aquí para allá mientras digerimos, como podemos, cada singular visita. Y ahora, llegando a la Librería de Idiomas Extranjeros de Pyongyang, siento que tendremos un descanso. Una librería no puede ser tan intensa después de todo.

La librería queda a dos minutos a pie de la Plaza Kim Il Sung, en pleno centro de Pyongyang, y es el único lugar donde pueden comprarse pines, calendarios juche, estampillas, DVDs de las Moranbong –las Spice Girls socialistas– y libros en idiomas extranjeros. Allí está la mesa de libros en francés, me señala la Señorita Cho, que está convencida de que Argentina queda en algún lugar entre Francia y Alemania. Y yo le agradezco la

indicación, porque en el fondo sospecho que cerca de los libros en francés están los impresos en español.

QUE LOS JÓVENES SEAN COMBATIENTES DE VANGUARDIA FIELES SIN LÍMITES A LA CAUSA REVOLUCIONARIA DEL SONGUN DEL PARTIDO. ARTE MUSICAL. SERVIRLES A LAS MASAS POPULARES CON TOTAL ENTREGA ES EL MODO DE LA EXISTENCIA DEL PARTIDO DEL TRABAJO DE COREA Y LA FUENTE DE SU PODERÍO INDESTRUCTIBLE. ES INFALIBLE LA VICTORIA DE LA CAUSA DEL PARTIDO DE LOS GRANDES COMPAÑEROS KIM IL SUNG Y KIM JONG IL. EL GRAN CAMARADA KIM IL SUNG ES EL ETERNO LÍDER DE NUESTRO PUEBLO. ELEVAR EL PAPEL DE LA UNIÓN DE TRABAJADORES AGRÍCOLAS ES LA OBRA SOCIALISTA DEL JUCHE. ABRAMOS UNA ERA DE PLENA PROSPERIDAD DE LA CONSTRUCCIÓN MATERIALIZANDO CABALMENTE LA ORIGINAL IDEA DEL PARTIDO SOBRE LA ARQUITECTURA. LA CARRETERA JUVENTUD HÉROE ES UNA GRAN CREACIÓN DE LA IDEA DE NUESTRO PARTIDO EN APRECIO A LOS JÓVENES. ¡QUE SEAN LOS PILARES SOBRE LOS QUE DESCANSE LA FUTURA COREA, PODEROSA Y PRÓSPERA! LA PRESERVACIÓN DEL PATRIMONIO NACIONAL ES UNA LABOR PATRIÓTICA DESTINADA A HACER VALER LA HISTORIA Y LAS TRADICIONES DE NUESTRA NACIÓN. LOS VETERANOS DE LA GUERRA SON INAPRECIABLES PRECURSORES DE LA REVOLUCIÓN QUE CONCIBIERON EL INDOBLEGABLE ESPÍRITU DE DEFENSA DE LA PATRIA. TESIS SOBRE LA EDUCACIÓN SOCIALISTA. PALABRAS DE CONCLUSIÓN EN EL PLENO DE MARZO DE 2013 DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO DEL TRABAJO DE COREA. SOBRE LA IDEA JUCHE. LOGREMOS UN CAMBIO TRASCENDENTAL EN LA ADMINISTRACIÓN TERRITORIAL CONFORME A LAS EXIGENCIAS DE LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESTADO SOCIALISTA PODEROSO Y PRÓSPERO.

Curiosamente, una buena cantidad de los libros en exhibición, han sido escritos por Kim Jong Un. Entre ellos, EL GRAN CAMARADA KIM IL SUNG ES EL ETERNO LÍDER DE NUESTRO PUEBLO, que me termino comprando junto a SOBRE LA IDEA JUCHE y LOGREMOS UN CAMBIO TRASCENDENTAL EN LA ADMINISTRACIÓN TERRITORIAL CONFORME A LAS EXIGENCIAS DE LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESTADO SOCIALISTA PODEROSO Y PRÓSPERO. Mi mamá también elige sus libros: ARTE MUSICAL y TESIS SOBRE LA EDUCACIÓN SOCIALISTA. Y me dice que opta por los libros con títulos cortos porque los largos le generan ansiedad.



Libros en español en la Librería de Idiomas Extranjeros de Pyongyang.

Más allá de la mesita con los libros en español, veo un calendario juche del año 107. Tiene cuatro fechas marcadas con particular énfasis: el Día de la Estrella Luz (16 de febrero), el Día del Sol (15 de abril), el Día de la Fundación de la República (9 de septiembre) y el Día de la Fundación del Partido (10 de octubre). La Estrella Luz vendría a ser Kim Jong Il. El Sol, Kim Il Sung. ¡Me lo llevo también!

Y sigo revisando –pines, estampillas, panfletos, DVDs–, hasta que doy con un libro rojo chiquito titulado FRASES CÉLEBRES DE KIMJONG IL. Lo hojeo y leo en voz alta:

«Disparar es una ciencia.» –Kim Jong Il

«La literatura es el arte del lenguaje.» –Kim Jong Il

«Ahorrar es producir.» –Kim Jong Il

«El naturalismo es antirrealismo enmascarado con el realismo.»  
–Kim Jong Il

«Para ver la conciencia de un soldado miren su arma.»  
–Kim Jong Il

BOLUFRASES CÉLEBRES DE KIMJONG IL, así debería titularse, dice mi mamá. Y Martín escucha y le festeja la gracia. Cuando vamos a pagar –nos llevamos cinco libros, el librito de las «Bolufrases» y el calendario juche del año 107–, en la caja se han quedado sin cambio. Entonces las dos cajeras empiezan a revolver cajones y bolsas para devolver el resto de mis veinte dólares, pero no encuentran nada. ¿Y si te devolvemos en renminbis? O en euros también puede ser. O con más libros, ¿por qué no? Y terminan siendo más libros: me encajan la CONSTITUCIÓN DE COREA DEL NORTE y una revista panfletaria titulada VISIÓN DE COREA 3: POLÍTICA.

Ordeno los libros sobre el mostrador de la librería y enrolló el calendario juche para evitar que se dañe, y recién entonces noto que quedé sola en el local. No están ni el Señor Kang, ni la Señorita Cho, ni mi mamá, ni ninguno de mis compañeros. Entonces pregunto a las dos cajeras si saben adónde fueron todos, pero no me entienden y me señalan la puerta como invitándome a retirarme.

Salgo de la librería y me quedo parada en la vereda, sin saber para dónde ir. Entonces, a escasos diez metros de donde estoy, veo por primera vez a una «señorita del tránsito». Viste botas negras, guantes blancos, un sobretodo azul petróleo apenas arriba de las rodillas y un sombrero militar. Y munida de un listón en su brazo izquierdo y de un bastón naranja fosforescente, despliega una coreografía enérgica, robótica y disciplinada para regular el paso de los automóviles. Pero la Avenida Sungri está desierta. Pasa un auto cada tanto, algún que otro bus cada muerte de obispo. Entonces, cuando un vehículo se digna a aparecer, ella se lleva la mano derecha con los dedos juntos hacia la sien, como quien hace la venia a un superior.

Quiero grabar su coreografía con mi celular. ¿Será que puedo? Pienso en automático que debería preguntarle a la Señorita Cho, pero entonces recuerdo que estoy sola. Y sin nadie que me prohíba nada, la grabo de espaldas<sup>52</sup>. Lo peor que puede pasarme es que me pidan borrar el video, pienso. Pero nadie me lo pide.

Después de un largo rato filmando a «la señorita del tránsito» empiezo a caminar por la avenida desierta en dirección a la Plaza Kim Il Sung. Por ahí cerca –estoy segura– estacionó el busito del Señor Li. Y mientras camino me cruzo con norcoreanos

---

52 Video disponible en [https://youtu.be/imb0G\\_faIYY](https://youtu.be/imb0G_faIYY).



El tránsito en la capital norcoreana está regulado por oficiales de seguridad vial o, como se las conoce en Occidente, «las señoritas del tránsito». El primer escuadrón fue creado en 1980. Hoy, unas 300 «señoritas del tránsito» regulan el paso de inexistentes automóviles en las avenidas de Pyongyang.

y norcoreanas: tres militares, dos niños y una niña, un señor hablando por celular, una señora tapada con la capucha de su campera negra. Ninguno me mira. Fantaseo con hablarles, preguntarles cómo viven, pedirles que me muestren sus casas dentro de las barriadas privilegiadas de Pyongyang. Pero, incluso sin la vigilancia de mis guías, no me animo. Quizás porque no hablo coreano. O quizás porque ya estoy internalizando las reglas no escritas de lo prohibido y lo permitido.

*Al caminar por Pyongyang llama la atención lo que no se ve. No se ven personas obesas, ni minusválidas. Nadie tiene perro, gato, ni pájaros: lo más cercano a mascotas son los patos paseados por mujeres en el campo. No se ven indigentes ni viviendas precarias.*

*En las calles de la capital nadie se detiene a conversar, nadie habla entre sí en público, todos caminan en una dirección precisa, nadie parece pasear o deambular, los transeúntes no miran a la cara a los turistas, hacen como si no existiesen, pero luego, unos veinte metros más adelante, se detienen a mirar para atrás.*<sup>53</sup>

Cuando llego a la Plaza Kim Il Sung, a mano izquierda, veo el busito estacionado y a la Señorita Cho agitando su mano derecha. Me hace señas como pidiéndome que me apure. *Hurry up, María!* Llegamos tarde a nuestro almuerzo y a algunas de las actividades que completarán nuestro tercer día en Corea del Norte: un paseo por el Metro de Pyongyang y el Palacio de los Niños de Mangyongdae.

\* \* \*

Kim Il Sung —como gran parte del socialismo soviético— decidió homenajear a su pueblo bajo tierra, en el subsuelo. Entonces mandó a decorar con vitrales y mosaicos las estaciones de Metro, y también ordenó que la épica proletaria fuera narrada con bloques de mármol. Pero el homenaje se fue quedando corto de recursos hacia 1987, entonces terminó siendo bastante más modesto que el que Stalin dedicó a sus camaradas de Moscú. Hoy, la red de Metro de Pyongyang tiene apenas dos líneas y diecisiete estaciones, pero los turistas son usualmente autorizados a visitar solo dos<sup>54</sup>: las estaciones de Puhung [«Rehabilitación»] y Yǒnggwang [«Gloria»].

53 Wizenberg, Daniel. «Turismo de simulación», *Revista Anfibia*, 09.03.2016.

54 En 2016, operadores de *tours* hacia Corea del Norte fueron autorizados a visitar las 17 estaciones de Metro. Al respecto, un excelente registro fotográfico fue publicado por Davies, Elliot. «Stopping All Stations: The Pyongyang Metro», *Earth Nutshell*, 22.03.2016.

Es el Metro más profundo del mundo, dice la Señorita Cho mientras descendemos por las escaleras mecánicas de la estación Puhung. En caso de guerra o ataque nuclear, continúa, las puertas de acceso a la estación se cerrarían automáticamente para crear un búnker. El Metro abre todos los días desde las seis de la mañana hasta las nueve y media de la noche, y un boleto cuesta cinco wones, nos informa la Señorita Cho. Hoy vamos a recorrer seis estaciones: Rehabilitación, Gloria, Señal de Fuego, Victoria, Reunificación y Triunfo. Se pueden sacar fotos de las estaciones y de los trenes. No de los túneles.

—*Remember: no pictures of the tunnels!* [Recuerden: ¡no pueden sacarse fotos de los túneles!] —enfatisa la Señorita Cho.

Cada estación tiene su mural. En Rehabilitación se muestra a un joven Kim Il Sung caminando entre trabajadores: un cartero, un minero, un ama de casa, un soldado, un ingeniero, una costurera. En Gloria, los murales son alusivos a Pyongyang y sus cerezos. En Triunfo, los mosaicos representan a trabajadores y campesinos celebrando la independencia de la península coreana del Imperio japonés. Y no sabría decir qué hay en el resto de las estaciones. La promesa de visitar seis estaciones quedará trunca por falta de tiempo.

Además de murales, en los andenes hay ejemplares enmarcados del *Rodong Sinmun*, el periódico oficial del Partido de los Trabajadores<sup>55</sup>. En torno a ellos, los pasajeros se reúnen y se quedan leyendo. Permanecen leyendo largo rato, quizás forzados por esa política de que los periódicos en Corea del Norte no pueden comprarse ni conservarse. Y cuando leen, lo hacen a muy

55 El *Rodong Sinmun*, fundado en 1945, es una de las pocas publicaciones norcoreanas que puede leerse online en la web <http://www.rodong.rep.kp/en/>.

corta distancia del papel, no sé si por la letra minúscula, por la falta de luz o por los problemas de vista crónicos que se derivan de la malnutrición.

Llega un tren y nos preparamos para subir. Pero los proletarios norcoreanos se descuelgan de los vagones atropelladamente, empujando, y la situación se descontrola. Entonces la Señorita Cho interviene a los gritos. Grita con prestancia burguesa, con don de mando. Y sus camaradas agachan la cabeza, obedecen y se ordenan.

Subimos a vagones limpios, viejos y oscuros que antes recorrerían la *U-Bahn* de Berlín Occidental –o sea, la mitad capitalista (sí, la capitalista) de la Alemania dividida–. Retratos de los líderes



En Corea del Norte está prohibido que los particulares conserven periódicos, revistas o libros. Los materiales impresos pueden consultarse únicamente en bibliotecas públicas o en transparentes expuestos en las estaciones de Metro. En la fotografía, una norcoreana lee noticias del *Rodong Sinmun*, el periódico del Partido de los Trabajadores.

supremos, Padre e Hijo, cuelgan en las paredes de cada vagón mientras canciones patrióticas se reproducen a todo volumen a través de un sistema de altavoces. La música suena tan fuerte que los gritos de las sopranos ahogan los chirridos del tren. Entonces mi mamá se señala la oreja derecha como diciendo que vamos a quedar todos sordos.



El espacio público norcoreano está dominado por las fotografías de Kim Il Sung y Kim Jong Il. Las imágenes deben también ocupar un sitio de honor en las casas de particulares. En la fotografía, el Presidente Eterno y el Amado Líder en un vagón del Metro de Pyongyang.

Después del paseo en Metro, y de una visita fugaz al Museo de la Guerra Victoriosa, llegamos ajustados de tiempo al último compromiso de la tarde: un espectáculo de música y baile en el Palacio de los Niños de Mangyongdae. El Señor Kang está nervioso. Dice que el show seguro ya empezó, que tenemos que apurarnos. Pero su demanda cae en saco roto. Porque estamos cansados, principalmente, pero sobre todo porque primero necesitamos pasar por un baño.

—No te pierdas los baños. ¡Son un espectáculo! —me dice mi mamá, refiriéndose a los servicios higiénicos que están diseñados a micro-escala, con inodoros y lavabos enanos pensados exclusivamente para niñas.

—Es que todo aquí está pensado para los niños, porque ellos son los reyes de nuestra nación —comenta la Señorita Cho.

Durante un buen tiempo, más que reyes, los niños norcoreanos fueron mendigos. Los *kotjebi*, como se los conoce en Corea del Norte, aparecieron masivamente durante la hambruna de los noventa<sup>56</sup>. En su mayoría huérfanos —porque sus progenitores murieron de inanición o bien porque migraron a China buscando comida—, terminaron convirtiéndose en un problema bastante incómodo que el régimen se propuso resolver. La solución se bosquejó hacia 1995, cuando Kim Jong Il mandó a construir campos especiales para «delincuentes juveniles». Y allí, detenidos sin juicio y en secreto, los niños y niñas terminarían finalmente muriendo a causa de condiciones insalubres, maltratos y malnutrición.

---

56 Existen dos testimonios de *kotjebi* sobrevivientes a la hambruna de los años noventa. El primero pertenece a Kim, Joseph (2016). *Under The Same Sky: From Starvation in North Korea to Salvation in America*, Boston: Mariner Books. El segundo, de publicación más reciente, es el relato de Lee, Sungju (2022). *Estrella fugaz: la historia real de cómo sobrevivió y escapó de Corea del Norte*, Málaga: Plankton Press.

Claro que aquí, en su propio palacio, los niños sí son reyes. O ni tanto, porque cargan con coronas muy pesadas. A temprana edad, la carrera de un niño o niña artista se inaugura con un proceso darwinista de selección nacional estructurado sobre tres pilares: la competencia, la obediencia y la disciplina. Disciplina férrea. Disciplina a fuerza de látigo. Y si bien el *songbun* influye a la hora de ser seleccionado, tampoco es decisivo, porque el talento es lo que cuenta. La Señorita Cho, con su *songbun* privilegiado y todo, vino a probarse para tocar el violín y la sacaron volando como chicharra de un ala. «Es que es una desorejada. Si tocaba el violín como canta, yo también la hubiera *bochado*», dice mi mamá.

Pero calculo que la Señorita Cho tenía fuertes incentivos para intentarlo porque los niños artistas, y también sus familias, reciben raciones extra de arroz, carne, aceite, golosinas, tabaco y licor. Se convierten también en voceros artísticos de las grandezas —reales y fabricadas— de Corea del Norte y de los Kim. Y, más importante aún, pueden mejorar su *songbun* con el tiempo y casarse con «buenos partidos» una vez llegados a la adultez.

La función apenas comienza cuando nos sentamos en la tercera fila del teatro. El primer número del espectáculo está a cargo de una bailarina, de unos seis o siete años, que despliega su coreografía con un jarrón chino en la cabeza y zapatillas de ballet con pompones en las puntas. Baila de manera exagerada, acentuando enérgicamente cada movimiento de sus brazos, y se muestra con una sonrisa que no sabría si calificar de falsa, impostada, aterrorizada o todo eso junto.

- Parece un robot —escucho que dice Martín.
- Es impresionante... —opina Liliana.
- ¡Qué sonrisa más falsa! —comenta mi mamá.
- Esto es un *flash* —susurro yo.

En el segundo número aparecen tres sopranos vestidas de marineras con la misma sonrisa falsa, impostada y aterrorizada que tenía la bailarina. Honrando su estatus de Jóvenes Pioneras<sup>57</sup>, llevan pañuelos rojos atados al cuello y tienen exactamente la misma altura. O no, en realidad, porque mi mamá advierte que la niña de la derecha es ligeramente más baja, entonces le han puesto zapatos con taco. Cantan a tres voces, sin desafinar una sola nota, y yo me quedo escuchando atentamente porque esta canción me suena. A esta canción yo ya la escuché.

—Es la misma canción que cantó la Señorita Cho camino al Paralelo 38, pero la están interpretando en otra tonalidad —acota mi mamá.

Es que la Señorita Cho ~~cantaba~~ calaba *Mi país es el mejor* en Fa Mayor, pero aquí, en el Palacio de los Niños, la cantan en Fa sostenido Mayor. La diferencia parece accidental, pero no lo es. Una armadura de clave con fa, do, sol, re, la y mi sostenidos hace que todo suene más arriba, más brillante, más... sostenido. Una armadura de clave con seis sostenidos hace que *Mi país es el mejor* parezca aún mejor.

El tercer número me despierta sana envidia. Son cinco violinistas que, a tres voces sobre una pista de pop soviético ochentoso, tocan *No tenemos nada que envidiarle al mundo*, una canción que exalta los logros del país de los Soles. Calculo que cada una

---

57 Los Jóvenes Pioneros fueron la rama infantil del Partido Comunista de la Unión Soviética que, durante la década de 1940, fue exportada a otros países del bloque socialista. La afiliación, si bien voluntaria, era promovida intensamente y se distinguía a sus miembros porque llevaban un pañuelo rojo en el cuello. La rama de pioneros del Partido de los Trabajadores de Corea, aún vigente, nuclea a niños entre nueve y quince años de edad. La ceremonia de iniciación de los Jóvenes Pioneros en Corea del Norte ha sido retratada en el documental *Under the Sun* (2015), del director ruso Vitaly Mansky.

de ellas tiene unos doce o trece años y todo en su ejecución es perfecto: afinación, ritmo, vibratos, golpes de arco, cambio de posiciones, posturas de la mano izquierda. ¡Ya quisiera tocar el violín así! Hace más de veinticinco años que toco y cualquiera de estas niñas podría ser mi maestra.

Después de las violinistas escuchamos a cinco niños que tocan el bandoneón, a un sexteto de cantantes, a un trío que ejecuta *gayageums*, a una especie de batucada coreana con *janggus*, a un coro de once niñas, a un coro de once niños, a bailarines y bailarinas que recrean carreras de caballos en un hipódromo y a una banda de pop estilo Moranbong con guitarra, bajo y batería. Y después del último número, llega el final del espectáculo con un cierre a toda orquesta, que despliega a todos en escena coreando *¡Larga vida a nuestro sistema socialista!*



Jóvenes Pioneros aplauden el final de una obra artístico-musical en el Palacio de los Niños de Mangyongdae.

Cuando cae el telón y se encienden las luces, seguimos aplaudiendo de pie. Entonces giro sobre mis espaldas para ver al público y me encuentro con cientos de Jóvenes Pioneros aplaudiendo mecánicamente, sin mucha efusividad, como quien ha sido forzado a ver el espectáculo muchas veces y ha perdido toda capacidad de sorpresa. Y sobre ellos, hacia el fondo del salón, se lee una consigna: «El gran líder Kim Il Sung y el gran líder Kim Jong Il estarán con nosotros por los siglos de los siglos». Amén.

Alrededor de las ocho de la noche, hacia el final de un día eterno que empezó hace muchísimas horas con una invitación para una sesión de *fizkultura*, emprendemos un viaje de 30 kilómetros hacia Pyongsong. El busito está en silencio porque todos duermen. Y yo también estoy cabeceando un poco cuando escucho que la Señorita Cho me está llamando entre susurros desde el asiento de atrás.

—*María, I've been wondering if you are married... Are you?*  
[María, me he estado preguntando si estás casada... ¿Estás casada?]

—*No, Miss Cho. I'm not. And what about you?* [No, Señorita Cho. No lo estoy. ¿Y vos?]

A la Señorita Cho no le cuadra que tenga 31 años y siga soltera. No me cree. O no entiende. O no le cierra. Entonces continúa preguntándome. Quiere saber cómo es eso, que si en mi país no se espera que me case.

—¿Nadie te obliga a casarte? ¿Podés elegir? —quiere saber.

—A eso lo decido yo. Quizás existen expectativas sociales y sería esperable que me case. Pero esas expectativas, honestamente, me tienen sin cuidado —le explico a la Señorita Cho.

Su situación, claro, es un poco diferente. Ella ya tiene 28 y está algo pasada en años. Pero no se casa aún, y no por falta de pretendiente. Está de novia con un compañero que conoció en la universidad.

—¡Es un hombre de negocios! Viaja frecuentemente a China —dice la Señorita Cho, orgullosa de su novio *donju*.

Pero aún no cuentan con la autorización del Partido de los Trabajadores para casarse, básicamente porque no hay unidades habitacionales disponibles. Es que en Corea del Norte, ese refrán de «El casado casa quiere» sería algo así como «El casado casa recibe». Y el Estado ahora no tiene tantas casas disponibles, entonces las autorizaciones se están demorando un poco más de la cuenta. «El casado casa recibe... si las hay». Pero ellos se van a casar, definitivamente. Pronto, según cree la Señorita Cho. Muy pronto.

Para decirlo claramente: casas hay, pero solo para los que importan. Científicos, *donjus*, camaradas del Partido de los Trabajadores. Y es que la última vez que hubo casas para todos en la capital fue con Kim Jung Hee, el padre urbano de Pyongyang. El de los tres principios: equilibrio visual, énfasis arquitectónico y construcción veloz. Pero algunas cosas han cambiado desde entonces<sup>58</sup>. Ahora ya no todos son iguales. Ahora, algunos son más iguales que otros.

---

58 Desde el ascenso al poder de Kim Jong Un, la configuración socio-espacial de Pyongyang ha cambiado notablemente. En principio, el régimen ha premiado a la élite norcoreana con amplios departamentos construidos en torno a dos corredores principales de la capital: la Avenida de los Científicos Mirae y la Calle Ryomyong. Adicionalmente, han nacido *clusters* urbanos de consumos «occidentales» para provecho de los más ricos del país. A este universo paralelo del 1 % más privilegiado se lo ha bautizado, con cierta picardía, *Pyonghattan*. Al respecto véase Fifield, Anna. «North Korea's one-percenters savor life in 'Pyonghattan'», *The Washington Post*, 14.05.2016.



팔

## OCHO

En 2004, como parte de una campaña de propaganda de alcance nacional, la KCTV emitió una serie de cinco capítulos sobre la importancia de adoptar cortes de cabello socialistas. El pelo largo –argumentaba el programa de televisión– podría afectar la inteligencia humana en tanto estaría privando al cerebro de valiosos nutrientes. El cabello, por lo tanto, debe mantenerse con un largo máximo de cinco centímetros y recortarse cada quince días.

\* \* \*

Llegamos al Hotel Jangsusan de Pyongsong ya entrada la noche, y el *lobby* es una cámara frigorífica bien gris con apenas una mortecina luz blanca que no ilumina un pomo. También aquí huele a humedad y al mismo olor marino, «pescadoso»<sup>59</sup>, que tenía el Arco de Triunfo más alto del mundo. En una esquina, cerca del mostrador para hacer el *check-in*, veo un caloventor. ¡Qué suerte!

---

59 Desde la caída de la Unión Soviética, Corea del Norte ha enfrentado problemas recurrentes para importar jabones y detergentes. Según testimonios de adeptos al régimen como Alejandro Cao de Benós, la única alternativa ha sido «utilizar un derivado del aceite de pescado, muy hidratante pero con un olor pestilente. Cara, cuerpo, ropa... Todo se tenía que lavar con aquel hediondo detergente». Cf. Cao de Benós, Alejandro (2017). *Alma roja, sangre azul: así me conquistó Corea del Norte*, Barcelona: Base [versión Kindle: pos. 1166].

Me arrimo porque estoy temblando de frío, pero el aparato larga un aire helado. Para secar el piso, dice el Señor Kang, que acaban de trapear y aún sigue húmedo.

El Jangsusan, único hotel de la ciudad, se cae a pedazos. Abro la puerta de mi habitación, por ejemplo, y me quedo con el pica-  
porte en la mano. La iluminación es completamente deficiente. El alfombrado de espacios comunes está gastado y descolorido. Hay agua caliente –y amarillenta o amarronada– solo cuatro horas por día: de seis a ocho de la mañana y de siete a nueve de la noche. Y las camas no tienen colchones. Sobre las tablas de madera de las camas han apilado dos frazadas camufladas debajo de una sábana blanca apolillada. «Voy a quedar dura», dice mi mamá mientras comprueba que las frazadas apiladas son lo mismo que nada.

La electricidad también es un problema. Al margen de su intermitencia –viene y se va a cada rato–, se corta definitivamente a las once de la noche para ahorrar. ¿Y a qué hora vuelve? A las seis de la mañana, dice nuestro guía Marcus. Y yo me quedo pensando que si la electricidad vuelve a esa hora, entonces agua caliente temprano no va a haber.

Así y todo, el hotel se las arregla para ofrecer servicios variados. En principio, podemos comprar golosinas en el *Snack Shop*, tomar una infusión en el salón de té, jugar un rato al ping-pong, relajarnos en el sauna o en el salón de masajes, cantar y tomar cervezas en el *Karaoke Bar* o cortarnos el pelo en la peluquería. Pero como hemos llegado tarde, nos dicen, todo está cerrado. Todo salvo el *Snack Shop* y la peluquería.

Mi mamá opta por el *Snack Shop*, que ofrece barras de Snickers y Mars. Cada barra cuesta dos dólares –o el equivalente en euros o renminbis– y vencieron en el año juche 105 (2016). Pero

mi mamá, que ya padece un severo síndrome de abstinencia de dulces, dice que no le importa pagar por algo vencido:

—A estas alturas, ¿qué le hace una mancha más al tigre? ¿O vos te pensás que después del agua amarillenta un Snickers vencido me va a matar? —afirma desafiante, mientras se compra dos por cinco dólares porque la señorita de la caja no tiene cambio.

Por mi parte, elijo la peluquería, que está al fondo de un pasillo iluminado a duras penas por un tubo fluorescente que titila. La escena parece sacada de una película de terror. Afuera, antes de entrar, una foto setentosa exhibe los cortes de cabello socialistas disponibles: diez para los hombres y veinte para las mujeres. Y adentro del local ya está sentado el primer cliente: un japonés del *tour* de Gergó que también se hospeda en el hotel.



Cortes «autorizados» en Corea del Norte, exhibidos en la peluquería del Hotel Jangsusan de Pyongsong.

Mi mamá me sugiere que lo medite, que lo piense bien, que mi prontuario es polémico. En 2013, en el contexto de un viaje a Colombia, me corté el pelo con un desmovilizado de las FARC que estaba aprendiendo el oficio, pero como todavía no era diestro en el uso de las tijeras me cortó con navaja, supongo que como cortaba vegetación a machetazos en la selva del Guaviare. El corte farquiano resultó un verdadero pandemónium: puntas abiertas, un volumen incontrolable, más *frizz* y forma de hongo obsoleta.

—Acá en Corea del Norte todos tienen pelo lacio y no van a saber tratar tus rulos. Además, ¡mirá el corte taza que le están haciendo al japonés! ¡Es un espanto! ¡Parece el Príncipe Valiente! —me previene mi mamá.

La *coiffeur* juche que atiende al japonés usa tijeras bien afiladas y una máquina de barbería *vintage* que funciona a pedal. Literal. Recorta con destreza, como quien tiene arte y dominio de su oficio, e incluso sigue dando tijeretazos a oscuras cuando se corta la luz. Mientras, yo sigo indecisa. Repaso el «menú» de cortes socialistas y no me decido por ninguno.

En 2014, un reporte de Radio Free Asia<sup>60</sup> aseguró que las universidades norcoreanas habían ordenado a sus estudiantes varones llevar el mismo peinado que el Mariscal Kim Jong Un. Las estudiantes mujeres, por su parte, debían lucir el corte de la primera dama Ri Sol Ju. Pero se trató de una noticia falsa. En Corea del Norte nunca ha sido obligatorio llevar un peinado en particular, aunque desde hace tiempo sí se vigilan con recelo los cortes de cabello y las modas que desafían los valores socialistas: orden, simetría, equilibrio, sobriedad. Es que las concesiones

60 Kim, Joon Ho. «North Korean College Students Ordered to Adopt Leader Kim's Haircut», *Radio Free Asia*, 26.03.2014.

estéticas son peligrosas. Quien elige cómo vestirse y cómo peinarse hoy, algún día querrá elegir quién lo gobierne.

¿Y si le pido que me recorte las puntas? Mi mamá dice que eso es trampear. La gracia de cortarse el pelo en Corea del Norte es hacerlo a la usanza socialista. Pero yo sigo repasando el abanico de posibles opciones y ninguna me convence. El *look* final del japonés, además, no ayuda en lo más mínimo. Le han dejado una especie de casco M1 en la cabeza que dudo mucho que sea lo que él ha pedido. Pero, como buen japonés, solo manifiesta una diplomática conformidad con el resultado.

Estoy en la disquisición de «corte sí» o «corte no» cuando la Señorita Cho se aparece en la peluquería y anuncia:

—La cena está servida.

—¡Pero yo quiero cortarme el pelo! —le digo con leve tono de queja.

—Podrás hacerlo en Pyongyang, ahora es hora de comer —me responde sin margen para el retruco.

Entonces mi mamá y yo obedecemos, salimos de la peluquería y detrás de nosotras apagan la luz.

\* \* \*

Como la escasez tiene muchas maneras de pasar desapercibida —o al menos de intentarlo—, el plato parece lleno pero en realidad está vacío. Ocho rodajas de zanahoria, dispuestas en posición horizontal, simulan un colchón de abundancia. Sobre las zanahorias, cuadraditos de papa haciendo bulto. Y cerquita de las papas, una pechuguita de pollo que parece de paloma. Todo sin gusto, por supuesto. Todo sin sal.

—¿Habrá algo de sal? —consulto a la Señorita Cho, y ella le consulta al conserje, y el conserje a la camarera, y la camarera a otra camarera, y la otra camarera se queda ahí parada porque... no sé por qué.

—*Miss Cho, could you get me some salt?* [Señorita Cho, ¿podría conseguirme algo de sal?] —le pido de nuevo.

Y la Señorita Cho le consulta de nuevo al conserje, y el conserje de nuevo a la camarera, y la camarera de nuevo a la otra camarera, y la otra camarera se queda ahí parada de nuevo porque... no sé por qué.

Resignada a comer sin sal, y con la comida ya fría, pruebo la paloma y está muy rica. Creo que es lo mejor que hemos probado en Corea del Norte, le digo a mi mamá. Y mi mamá me dice que me escuche a mí misma, que el hambre me ha nublado el juicio, que esto no es tan distinto del almuerzo imperial de Kaesong: inaceptable.

De postre, los Snickers vencidos de mi mamá y una ronda de *makgeolli*<sup>61</sup> que Markus paga para todos. Y así nos quedamos de sobremesa charlando sobre el viaje y sobre Corea del Norte, mientras brindamos entre los apagones espontáneos que ya se nos han hecho costumbre.

La mañana siguiente arranca atropellada. Por empezar, las camas sin colchón nos han dejado duras, rígidas. Me duelen músculos que no sabía que tenía. Adicionalmente, mi mamá empieza a gritar desde el baño porque entró a ducharse y no hay agua caliente. Dice que se congela, que tendría que haberse

---

61 El *makgeolli* es una bebida alcohólica tradicional coreana que se hace a partir de una mezcla fermentada de trigo y arroz.

bañado anoche como yo, que quién la mandó a este lugar de mierda. Y, por último, el desayuno es una reedición matutina de la cena de paloma: una tacita de café tibio, media tostada de pan de molde, un plato de repollo blanco, un rulo de manteca y una cucharadita de mermelada que parece de durazno pero tiene gusto a manzana rancia.

—*Miss Cho, can I skip breakfast and go to check if the hair salon is open?* [Señorita Cho, ¿puedo saltarme el desayuno e ir a ver si la peluquería está abierta?] —le pregunto a la Señorita Cho.

—*No one is going to cut your hair at six in the morning, María!* [¡Nadie va a cortarte el pelo a las seis de la mañana, María!] —me responde la Señorita Cho, creo que un poco molesta por tener que explicar lo que resulta obvio.

Sin desayuno, y sin corte de cabello socialista, subo resignada al busito junto a mi grupo para la primera visita del día: la Escuela Primaria Dok Song, donde estudian los niños superdotados de Pyongsong.

\* \* \*

En todo el país, pero sobre todo en esta ciudad, las niñas y los niños superdotados son altamente valorados. Porque un niño superdotado, después de estudiar en la Escuela Primaria Dok Song, en la Escuela Secundaria Kim Jong Suk y en el Departamento de Física Nuclear de la Universidad de Pyongsong, probablemente se unirá al Centro para la Investigación en Energía Atómica (CIEA). Y el CIEA es, desde 1982, la (última) carta de garantía para la supervivencia de los Kim.

En la puerta de la escuela nos recibe la directora que, después de darnos la bienvenida, nos conduce a través de escaleras y pasillos hasta las aulas de los chicos. Los pasillos son tétricos. Son oscuros, son helados, son húmedos y están decorados con pósters alusivos a lanzamientos misilísticos y a japoneses torturando, abusando y matando niños. También hay referencias a los Jóvenes Pioneros.

### JURAMENTO DE LOS JÓVENES PIONEROS

*Me uno a los gloriosos Jóvenes Pioneros que nacieron gracias al Gran Líder Kim Il Sung, fueron iluminados por el Gran Líder Kim Jong Il, y son dirigidos por el respetado Líder Supremo Mariscal Kim Jong Un. Somos una organización juvenil mediante la cual nos fortalecemos hasta convertirnos en una reserva segura para la Patria Socialista que piensa, actúa y glorifica la causa revolucionaria juche de generación en generación.*



Clase de inglés en la Escuela Primaria Dok Song de Pyongsong.

Nos conducen primero a una clase de inglés. «*Nice to meet you!*», gritan a coro los alumnos apenas entramos al salón de clases. Serán cerca de veinte, que están parados al lado de sus bancos vistiendo uniformes azules (varones) y bordó (mujeres). Y todos con su rojo y prolijo pañuelo de Jóvenes Pioneros.

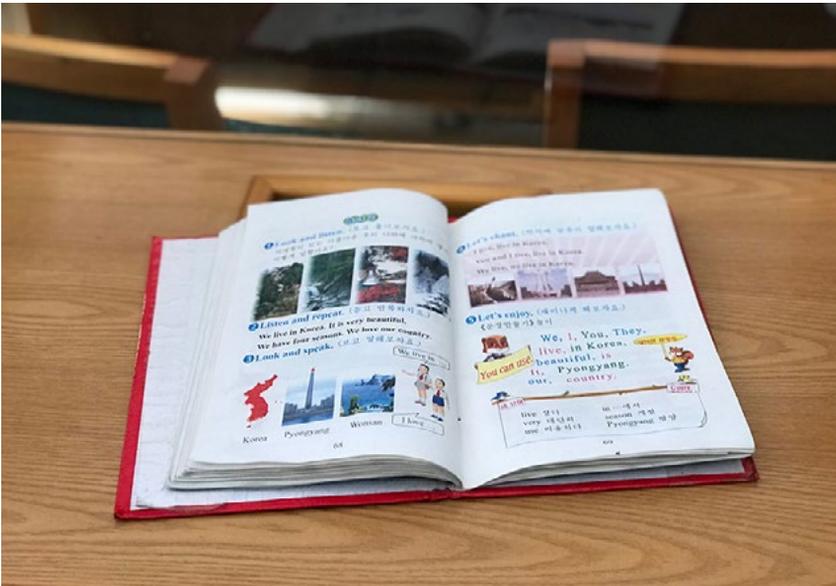
La maestra da una orden: repetir a viva voz, y todos juntos, cuatro frases escritas en el pizarrón.

*We live in Korea.* [Vivimos en Corea.]

*It is very beautiful.* [Es muy hermosa.]

*We have four seasons.* [Tenemos cuatro estaciones.]

*We love our country.* [Amamos nuestro país.]



Libro de texto para las clases de inglés en la Escuela Primaria Dok Song de Pyongsong.

—¿Qué es esa boludez de las cuatro estaciones? —me pregunta Martín.

—No sé, no presté mucha atención a esa parte porque me quedé pensando en la primera oración: vivimos en Corea. Una sola Corea, da la impresión. Una unificada con capital en Pyongyang —le respondo.

Después de la clase de inglés visitamos otras: de mecanografía, de dibujo, de baile, de gimnasia artística, de canto. Y en la de canto reconozco las melodías de *Arirang* y *Mi país es el mejor*, y las tarareo en voz baja.

El último número escolar queda reservado para los jóvenes instrumentistas: tres acordeonistas y un violoncelista. Los del acordeón tocan con mucha destreza y ritmo mientras cantan a grito pelado la *Canción del General Kim Il Sung*. Pero cuando es su turno, el violoncelista tiene un percance: se presenta en escena con el cello desafinado. Entonces arranca, toca un par de notas y deja de tocar. Su maestra lo mira. Solo lo mira. Él mira a su maestra. Duda. ¿Debería seguir tocando? Pero opta por abandonar su performance.

Se hace un silencio incómodo. Nadie dice nada. Y, segundos después, acordeón a todo volumen. Una docente se ha puesto a tocar para disimular el incidente del violoncelista superdotado.

—Para mí este nenito hoy termina en un campo de trabajo forzado —dice Martín.

—No solo él... ¡su familia también! —añade mi mamá.

\* \* \*

Cuando volvemos a Pyongyang ya es la hora del almuerzo y nos llevan a un restaurante de la Avenida de los Científicos Mirae. *Pyonghattan*, como se conoce fuera de Corea del Norte al barrio de reciente desarrollo, es un sector donde predomina la arquitectura futurista y los rascacielos con formas de átomos. Y yo me ilusiono, porque el Señor Kang dice que aquí es el único lugar del país donde puede comerse comida italiana. Pero nuestro restaurante termina siendo de comida norcoreana: más zanahoria, más repollo, más espinaca, más kimchi y más de unas bolas blancas que no sé de qué están hechas.

Hoy, en el almuerzo, no hay show musical como de costumbre. En su lugar, mientras comemos, el Señor Paek –nuestro camarógrafo siempre risueño– proyecta en pantalla gigante el «documental» de nuestro viaje. El *opening* es estilo Universal Pictures pero en versión juche: el Sol ilumina al globo terráqueo mientras un destello de luz se expande desde la península coreana hacia el resto del mundo. Y después, una sucesión de imágenes urbanas y rurales de Corea del Norte musicalizadas con pop ochentoso y narradas por la voz en *off* de una señora mayor.

¡Reciban una cálida bienvenida a la República Popular Democrática de Corea! El nombre original de Corea, *Chosun*, significa «mañana calma». Y, desde tiempos inmemoriales, ha sido llamada «el gran tapiz dorado» por sus cadenas montañosas. Todos los turistas experimentarán aquí cómo es verdaderamente Corea y podrán atesorar increíbles recuerdos, dice la voz en *off* de la señora mayor.

Después de la introducción empezamos a aparecer nosotros, los protagonistas del viaje. Visitando el Arco del Triunfo –más alto del mundo–, haciendo el *check-in* en los hoteles, sacándonos

fotos frente al Arco de la Reunificación y comiendo. Muchísimas escenas, bien largas todas, del grupo comiendo. «¿Por qué nos filman tanto comiendo?», escucho que pregunta Vasu con cara de sorpresa. Y a mí me sorprende que le sorprenda. Es el primer truco del manual propagandístico norcoreano: aparentar abundancia cuando lo que abunda es la escasez.

El Señor Paek nos dice que todavía faltan escenas. Que lo que nos mostró es una suerte de *avant-première* sin editar, pero que mañana va a estar el DVD listo para la venta por cuarenta dólares o el equivalente en euros o renminbis.

—¿Cuarenta dólares? ¡Es carísimo! —opino yo, mientras mi mamá me ofrece comprarlo a medias.

—Estás pagando una narrativa, una forma norcoreana de contar la realidad —me dice mi mamá.

—Entonces, mañana, lo compramos sin falta —concluyo, convencida por su razonamiento.

Cuando termina la proyección del «documental» del Señor Paek, el Señor Kang nos anuncia las actividades de la tarde. Son las últimas cinco de nuestro «Kimchi Budget Tour»: visita a la Torre Juche, visita al Monumento de la Fundación del Partido de los Trabajadores, *tour* de compras por los Grandes Almacenes Kwangbok, práctica de tiro en el Campo de Tiro Meari y partida de *bowling* en el Golden Lane Center. La Señorita Cho acota que, los que quieran cortarse el pelo —o sea, yo—, quizás puedan hacerlo en los Grandes Almacenes Kwangbok. ¡Allí se ofrecen bienes y servicios variados!

\* \* \*

Después de haber recibido una sobredosis de ideología en la Torre Juche y en el Monumento de la Fundación del Partido de los Trabajadores, llegamos a los Grandes Almacenes Kwangbok para compensar con una hora desenfrenada de compras y consumismo. O bueno, esa es la idea, porque Marcus nos está diciendo que no nos ilusionemos, que «hacer *shopping*» en Corea del Norte es un poco distinto de lo que tenemos en mente y que nos aconseja cambiar poquito dinero antes de entrar (es que aquí no se compra con divisa extranjera y es, de hecho, el único lugar de Corea del Norte donde los extranjeros pueden acceder a wones norcoreanos).

En la entrada del *shopping* de tres pisos, una mini-caseta de cambio iluminada con luz blanca acepta dólares estadounidenses, euros, renminbis y yenes. Y mi mamá y yo, siguiendo el consejo de Marcus, decidimos cambiar apenas cuatro dólares. De acuerdo al tipo de cambio oficial que revisé antes de venir al país (US\$ 1 = ₩900), deberían entregarme ₩3600. En su lugar, recibo ₩37.500 en billetes de 500, 2000 y 5000. Me quedo desconcertada, con el fajo de billetes en la mano, y miro a la Señorita Cho —que supervisa el proceso con especial atención— en busca de una explicación.

—*It's okay! It's okay!* [¡Está bien! ¡Está bien!] —me aclara la Señorita Cho.

Entonces, obsesionada como estoy con los tipos de cambio —porque, mal que me pese, soy argentina—, saco mi celular y calculo la brecha cambiaria entre el tipo de cambio oficial y el paralelo: ¡es del 941,67 %!



Billetes de distinta denominación de la moneda norcoreana (won, cuyo símbolo es ₩), obtenidos en los Grandes Almacenes Kwangbok de Pyongyang.

El vacío de información respecto de lo que ocurre en el Reino Hermético alcanza no solo a aspectos centrales de la sociedad y la política, sino también a indicadores básicos de la economía. De Corea del Norte no se sabe su producto bruto interno, ni su tasa de desempleo –técnicamente nula en el contexto de una economía planificada–, ni su tasa real de inflación. Por eso, algunos indicadores económicos del país se construyen mediante estimaciones o con información a cuentagotas que aportan desertores y turistas<sup>62</sup>.

—Má, tenés que ayudarme a relevar precios. Necesitamos averiguar cuánto cuestan la leche, el pan y el azúcar –le propongo a mi mamá, que se entusiasma con mi excéntrica misión porque le apasiona la sociología popular.

Entonces decidimos visitar los tres pisos de los Grandes Almacenes con libretita en mano para tomar nota, porque sacar fotos con el celular, que sería lo más sencillo, está prohibido.

Empezamos por la planta baja de los almacenes, donde está el supermercado, y le pido a mamá que prioricemos la leche, el pan y el azúcar. En mi cabeza, por alguna razón que asumo de sentido común, son los bienes que integrarían cualquier canasta básica universal. Pero nerviosa como está, ella empieza a dictarme precios de lo primero que encuentra: latas de caramelos, sopas instantáneas, botellas de gaseosas. Y yo voy tomando nota: ₩11.700, ₩6200, ₩6500.

---

62 El Dr. Benjamin Katzeff Silberstein es uno de los mayores expertos del mundo en el estudio de la economía norcoreana. Al respecto, se puede consultar su blog *North Korean Economy Watch*, disponible en <https://www.nkeconwatch.com/>.

—¡Somos unas Lita de Lázzari<sup>63</sup> juche! —comenta mi madre, y yo me descompongo de risa mientras recuerdo una frase inmortalizada por la mediática argentina: «¡Caminen, chicas! Busquen precio. ¡Hay que caminar y buscar precio!».

Y eso hacemos, seguimos caminando y buscando precios. Un kilo de azúcar: ₩5000. Medio litro de leche: ₩6800. Cien gramos de pan de molde: ₩3200. Y vamos avanzando por los pasillos, rastrillando góndola por góndola, hasta que en el sector de higiene personal nos damos de frente con la Señorita Cho.

—*What are you doing, María?* [¿Qué estás haciendo, María?] —me pregunta la Señorita Cho, que acaba de sorprenderme con las manos en la masa, lo que se dice *in fraganti*.

—Como no tenemos noción de los precios y apenas 37.500 wones a disposición, estamos tomando nota para priorizar qué comprar —improvisó, y me cree (o eso parece), aunque no pierde la oportunidad de recordarme que tomar fotos aquí está prohibido.

Llegamos a la línea de cajas con una lata de caramelos, una bolsa de galletitas, chizitos de calamar, dos aguas embotelladas, una cajita de chicles de banana, una lata de jugo de ananá y una gaseosa Ryongjin, la versión norcoreana de la Coca-Cola. Según nuestros cálculos, la compra debería rondar los ₩32.000. Eso nos deja un resto para comprar algo más en los pisos superiores de los Grandes Almacenes. Pero a este ritmo, no vamos a pagar nunca. En la fila, delante nuestro, tres matrimonios jóvenes descargan dos carritos llenos mientras nos miran y sonríen.

---

63 Lita de Lázzari fue la Presidenta Honoraria de la Liga de Amas de Casa, Consumidores y Usuarios de la República Argentina que, en el contexto de la hiperinflación argentina de finales de los años ochenta y principios de los noventa, se hizo conocida a nivel mediático por buscar los mejores precios en los supermercados y dar consejos a las amas de casa para poder ahorrar.

Esperamos. Esperamos largo rato en la fila. Y en eso noto que la Señorita Cho se dispone a pagar en la caja de al lado. Ha comprado un shampoo, un acondicionador y una crema corporal.

—¡Putá, soy una boluda! —se lamenta mi mamá, que dice que trajo dos cremas L'Oréal para regalarle a nuestra guía y resulta que ella se está comprando cremas sin inconvenientes en el supermercado juche—. ¡Yo pensé que no tenían acceso a nada! —remata mi mamá.

—Y es que no lo tienen —le respondo yo—, pero *songbun* mata escasez. Además, ¡son cremas marca cañón!

Por su compra comunitaria, los tres matrimonios tienen que pagar ₩ 1.325.660. Eso es poco más de US\$ 140 al cambio paralelo. Entonces una de las mujeres saca de su cartera dos fajos gordos de billetes marrones y la cajera empieza a contarlos. Los cuenta con un mecanismo manual que ha desarrollado con sus dedos índice y pulgar. Y, mientras cuenta a una velocidad increíble como si fuera una máquina contadora de billetes, mira al vacío. No sé si por la costumbre, por el cansancio, o por una combinación de ambos factores.

Llega nuestro turno: ₩ 31.300. Eso significa que aún contamos con wones para malgastar. Y yo aspiro a comprarme algo de vinalón en el segundo piso (Indumentaria), pero no hay manera. Ninguna prenda baja de los ₩ 25.000. Sin opciones económicas, decidimos entonces subir al último piso: el *food court*.

El patio de comidas está vacío y los locales, cerrados. Solo está abierto un McDonald's juche donde José y Fermín, con paciencia norcoreana, esperan sus hamburguesas de pollo. Hace más de media hora que esperan porque, cuando llegaron, las máquinas estaban apagadas. Entonces las dos señoritas del local

prendieron el horno, la freidora y dos heladeras, y están cocinando las hamburguesas con papas fritas.

—Creo que tendremos que esperar mucho tiempo —dice José, resignado.

Y ambas entendemos que quedarse a esperar hamburguesas no es una opción si queremos seguir relevando precios. Entonces continuamos con el recorrido de negocios y encontramos uno de bicicletas. La más barata cuesta ₩2.824.000.

—¡Con razón están caminando todo el tiempo! —dice mi mamá.

Al cambio, la bicicleta más barata cuesta cerca de US\$ 300, y ese perfectamente podría ser el salario anual de un trabajador promedio.

En eso vemos a Leanne, Carl, Markus y Emel tomando helados. Carl me dice que en la planta baja, cerca de la caseta de cambio de divisas, un carrito los vende a ₩8000 por bocha. Tampoco nos alcanza. Nos quedan apenas ₩6200 y tenemos que gastarlos. Sucede que los billetes de cinco mil tienen la cara de Kim Il Sung, entonces no solo está prohibido doblarlos... ¡también conservarlos!

¿Y si me guardo los wones debajo de la plantilla de una zapatilla para llevarlos de recuerdo? Mi mamá me dice que ni se me ocurra, que estoy loca, que voy a terminar como Otto Warmbier, que por favor no sea inconsciente.

Seguimos dando vueltas, buscamos precios. ¡A lo mejor puedo cortarme el pelo! La Señorita Cho dijo que acá, quizás, había peluquería. Pero no hay en ningún lado, y terminamos *quemando* los wones en una sopa instantánea. Seguro será intomable, opina mi mamá. Pero mejor la sopa que terminar detenidas por conservar billetes con la cara del abuelo.



Nuestras compras en los Grandes Almacenes Kwangbok de Pyongyang.

RELEVAMIENTO DE PRECIOS  
EN LOS GRANDES ALMACENES KWANGBOK

VIERNES 16 DE MARZO DE 2018	₩	US\$ (TC OFICIAL)	US\$ (TC PARALELO)
<b>Almacén</b>			
Azúcar (1 kg)	5000	17,86	0,53
Leche (500 ml)	6800	24,29	0,73
Yogurt de durazno (1 lt)	3000	10,71	0,32
Coffee Mate	32.400	115,71	3,46
Pan de molde (100 gr)	3200	11,43	0,34
Sopa instantánea	6200	22,14	0,66
Lata de tomate	10.800	38,57	1,15
Aceitunas	63.800	227,86	6,81
<b>Frutas</b>			
Manzanas (1 kg)	6200	22,14	0,66
<b>Bebidas</b>			
Botella agua mineral (500 ml)	2200	7,86	0,23
Botella cola <i>Ryongjin</i> (500 ml)	1700	6,07	0,18
Botella Sprite (500 ml)	4200	15,00	0,45
Botella Fanta (1 lt)	6500	23,21	0,69
Lata 7UP (355 ml)	2800	10,00	0,30
Lata refresco de ananá (300 ml)	7600	27,14	0,81
<b>Higiene personal</b>			
Papel higiénico	1700	6,07	0,18
Tampones	7400	26,43	0,79
Toallitas higiénicas	5900	21,07	0,63
Pasta de dientes	25.700	91,79	2,74

**RELEVAMIENTO DE PRECIOS  
EN LOS GRANDES ALMACENES KWANGBOK**

<b>VIERNES 16 DE MARZO DE 2018</b>	<b>₩</b>	<b>US\$ (TC OFICIAL)</b>	<b>US\$ (TC PARALELO)</b>
<b>Golosinas &amp; snacks</b>			
Bocha de helado	8000	28,57	0,85
Bolsa de caramelos	6000	21,43	0,64
Lata de caramelos	11.700	41,79	1,25
Lata de galletas dulces	30.000	107,14	3,20
Bolsa de galletas dulces (200 gr)	4200	15,00	0,45
Chicles de banana	500	1,79	0,05
Chizitos de queso	1600	5,71	0,17
Chizitos de camarón	1600	5,71	0,17
<b>Indumentaria</b>			
Camisa de hombre	85.600	305,71	9,13
Campera simil cuero	520.800	1860,00	55,55
Mochila	90.300	322,50	9,63
Corbata	27.200	97,14	2,90
<b>Movilidad</b>			
Bicicleta	2.824.000	10.085,71	301,23

Cuando termina el paseo de compras y bajamos al punto de encuentro en la puerta de los Grandes Almacenes –Marcus ha sido muy claro al respecto: una hora y nos encontramos aquí–, José y Fermín están comiendo sus hamburguesas. Dicen que recién se las dieron y que son relativamente pasables. El pollo está un poco gomoso y el aceite bastante rancio, pero comible. Eso dice Fermín. Y el Señor Kang les aconseja que no se llenen mucho porque no van a comer nada a la noche, que tenemos barbacoa coreana.

\* \* \*

El Señor Kang cuenta hasta quince. Señorita Cho, dieciséis. Diecisiete, se señala. Estamos todos. Afuera cae la tarde y ya estamos camino al Campo de Tiro Meari. El lugar nos ofrece una interesante variedad de actividades, explica la Señorita Cho. Pueden hacer disparos electrónicos por poco menos de un dólar, tiros al blanco con arco y flecha por un dólar, o cazar patos con rifles y pistolas por cinco. La caza de patos es la más cara, pero también la más redituable. El que cace un pato puede asarlo esta noche en la barbacoa coreana, se ríe la Señorita Cho. Y todos nos reímos también... porque es una broma, ¿no?

Yo no pienso disparar, le digo a mi mamá. No me siento cómoda con la idea. Y ella menos. Pero como todos nuestros compañeros optan por alguna de las actividades del menú, a nosotras nos dejan en custodia de la Señorita Cho mientras el resto se va a disparar bajo la supervisión del Señor Kang.

—¿Qué lleva una mujer norcoreana en su cartera? —le pregunto a la Señorita Cho mientras hacemos tiempo.

Ella revuelve su bolso y saca una crema de manos, un peine, dos celulares, un monedero y un pin de repuesto con las caras de los líderes. Yo sigo curioseando:

—¿Es verdad que en Corea del Norte estaba prohibido usar relojes pulsera? —le consulto.

—¡Son mentiras! Estados Unidos siempre inventa cosas para desprestigiarnos ante los ojos del mundo —me dice la Señorita Cho, mientras se ríe de mi pregunta—. ¡Mirá mi reloj pulsera! —comenta, señalando su reloj pulsera de marca china, que tiene

correas de cuero sintético y una caja chica con agujas medio enclenques.

Desde la sala de tiro del costado se escuchan risas y gritos de festejo. Leanne ha logrado cazar un pato. Y también Martín le ha dado al blanco varias veces. Es que tienen un buen maestro, dice la Señorita Cho. El Señor Kang sirvió siete años en el ejército y es un gran tirador.

Cuando terminan las rondas de municiones en el campo de tiro, nos llevan a jugar al *bowling*. Es una actividad más inclusiva y menos violenta, opina Liliana, a quien tampoco le hizo mucha gracia ver disparar a animales porque es vegetariana. Y mi mamá está contenta con la propuesta porque nunca jugó al *bowling*. Rarísimo jugar por primera vez en Corea del Norte, dice mi mamá.

Armamos cuatro equipos de tres porque Alexander y Andreas prefieren no jugar. Entonces Vasu, Emel y Carl juegan contra Markus, Leanne y João; y Fermín, José y Liliana se enfrentan a Martín, mi mamá y yo. México contra Argentina. Un superclásico del fútbol latinoamericano recreado en las pistas de *bowling* de Pyongyang. ¡Para alquilar balcones! Pero no resulta claro quién ha ganado. El marcador de puntos se reinicia con cada corte de luz, y mientras jugamos la luz se corta tres veces.

Esa noche Leanne come pato asado en la barbacoa norcoreana. Pato, lo que se dice pato, no es, opina mi mamá. Y yo coincido. Parece más bien una perdiz, una perdiz chiquita. ¿Será lo mismo que comimos en Pyongsong? ¡Una porquería! Pero hablamos desde la envidia. La mayoría tiene su parrilla llena, pero la nuestra es lastimosa. Como no cazamos nada, nos tocan tres hojas de lechuga y dos bolas de calamar que combinamos con

la cola juche que compramos en el supermercado. Pésima idea. Es pura glucosa caliente con gusto a jarabe para la tos.

Después de comer nos llevan al Hotel Internacional Yanggakdo, en el centro de Pyongyang, para que mandemos postales a familiares y amigos. Es nuestra última noche en Corea del Norte y yo sigo sin mi corte de pelo socialista.

—*Miss Cho, do you think I can cut my hair at the Yanggakdo?*  
[Señorita Cho, ¿creés que puedo cortarme el cabello en el Yanggakdo?] —consulta.

Y la Señorita Cho me dice que no, que a esta hora la peluquería está cerrada. Pero ella cree que se trata de una señal. Tengo que volver a Corea del Norte para cortarme el pelo a la usanza socialista. Definitivamente. Quizás.

## NUEVE

Cuando acabó la Guerra de Vietnam, en 1975, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur se unificaron bajo la República Socialista de Vietnam. Pasó lo mismo después de la caída del Muro de Berlín con la reunificación de las Alemanias: la occidental y la oriental. Y en 1990, Yemen del Norte y Yemen del Sur se unieron para dar lugar a la naciente República de Yemen.

Los tres casos –además de la política china de «Un país, dos sistemas»– han sido explorados para pensar el futuro de la península coreana. El desafío coreano, sin embargo, es infinitamente más complejo que cualquier experiencia previa de reunificación. Por empezar, porque Corea del Norte tiene armas nucleares. También porque las diferencias culturales entre el norte y el sur, después de setenta y cinco años de división, son notables –y, quizás, irreconciliables–. Porque por distintas razones, además, superpotencias como China, Rusia y Estados Unidos tienen muchos intereses en juego. Y definitivamente porque, por incómodo que suene, nadie quiere responsabilizarse de veinticinco millones de norcoreanos pobres –potenciales migrantes– cuya instrucción escolar prioriza el adoctrinamiento y la memorización de datos irrelevantes sobre los Kim por sobre nociones básicas de Historia, Matemáticas o Geografía.

Así y todo, Corea del Sur tiene un Ministerio de la Unificación que se ocupa de trabajar por la reunificación norcoreana. Y Corea del Norte sigue abrazando los «Tres Principios de la Reunificación Nacional» propuestos por Kim Il Sung en 1972: la reunificación nacional debe lograrse de forma independiente; debe promoverse la gran unidad nacional trascendiendo las diferencias de ideas, tratos y sistemas; y debe lograrse por medios pacíficos sin recurrir a las armas.

\* \* \*

En el *lobby* del Sosan, el Señor Kang nos reparte nuestros desayunos empaquetados en cajas de plástico: espinaquitas, zanahoritas rayadas, dos papas fritas, medio huevo duro, media tostada de pan de molde. Son las seis de la mañana y, como ya se ha hecho un poco tarde para abordar nuestro vuelo, tomaremos un *on-the-go breakfast*, dice la Señorita Cho. Además, tenemos que despedirnos de Emel, Leanne, Carl y Andreas que, desde la Estación Central de Pyongyang, volverán a Beijing en un trayecto de veinticuatro horas por tren.

Marcus coordina la despedida de nuestros compañeros y también la recolección de propinas. Nos han sugerido US\$ 15 por persona por día. O sea, mi mamá y yo tendríamos que aportar US\$ 150. Pero nos sigue pareciendo un exceso porque hemos traído regalos. En su lugar dejamos US\$ 60 en un sobre, dos cremas L'Oréal para la Señorita Cho, dos cartones de cigarrillos Marlboro –uno para el Señor Kang y otro para el Señor Paek– y dos cajas de alfajores argentinos para el Señor Li que no fuma. Los regalos y las propinas se reparten a bordo del busito, y la Señorita Cho está encantada con las cremas:

—*Are they original?* [¿Son originales?] —quiere saber la Señorita Cho.

—Claro, por supuesto, las compramos en el aeropuerto JFK de Nueva York —aclara mi mamá.

A la Señorita Cho eso le suena más importante, más exclusivo, más a la altura de su *songbun*. Entonces nos agradece, no una sino varias veces. Y mi mamá se alegra de que ahora tenga cremas mejores que las porquerías que se compró en los Grandes Almacenes.

El Señor Paek también aprovecha el tiempo muerto a bordo del busito para vendernos el DVD. Dice que anoche se ha quedado editando hasta altas horas y que espera que nos guste el producto final. Y nosotras le compramos un «documental» a los US\$ 40 que dijo que costaba.

Cuando llegamos al aeropuerto, el nuestro es el único vuelo en pantalla: el JS151, de la hora 9:55, con destino a Beijing. Ningún otro avión ha aterrizado más temprano. Ningún vuelo se anuncia para después.

Quizás envalentonada por nuestra inminente partida, con la confianza que le da saber que nunca más volverá aquí —o quién sabe, porque tampoco es que llegué a preguntarle—, a mi mamá se le da por reclamar. Aquí mismo, pero seis días atrás, olvidó un echarpe negro. Así le llama, *echarpe*, a lo que no es más que una bufanda de algodón. Pero es que justamente es de algodón Pima peruano, subraya mi mamá, como diciendo que por eso merece el nombre afrancesado (y no uno menos refinado del estilo pashmina, bufanda, pañuelo, pañoleta o chalina, Dios no lo permita).

Le explico la situación a la Señorita Cho y ella se muestra taxativa: dice que todo lo que se pierde en Corea del Norte, se encuentra. Y enfatiza el «todo». Pero necesita detalles: descripción de la prenda, dónde la extravió, cuándo. Yo traduzco:

—El echarpe es negro y de algodón [*It's a black scarf made of cotton*], lo dejé arriba del avión o quizás en Migraciones [*she thinks she left it on the plane or maybe at Immigration*], seis días atrás [*six days ago*] —dice mi mamá, con mi traducción simultánea.

—Han pasado muchos días... no sabría a quién preguntar —replica dubitativa la Señorita Cho, al tiempo que su seguridad taxativa empieza a flaquear.

—¿Quizás exista una oficina de objetos perdidos? [*a Lost & Found office, perhaps?*] —sugiero, pero la Señorita Cho me mira con cara de no sé qué me estás diciendo, esto no es la Grand Central Terminal de Nueva York.

Claro que la Señorita Cho nunca ha visitado la Grand Central Terminal —o acaso, Nueva York—, así que su cara es más bien de «Lo siento, no puedo ayudarlas, den su bufanda por perdida». Y mi mamá, que no insiste, se consuela con una idea: está convencida de que nunca le habrían devuelto un echarpe de algodón en un país de vinalón. Porque jamás en su vida han tocado algo tan suave, dice. Ojalá abrigue al que lo haya encontrado.

Despachamos nuestro equipaje con una prenda menos —el echarpe— y después nos dirigimos al sector de Migraciones, donde nos toca despedirnos de la Señorita Cho y del Señor Kang. Entonces la Señorita Cho abraza primero a mi mamá y después a mí. Me dice que fue un placer conocerme, que no me olvide de ella y que, a través de Koryo Tours, le mande impresa la foto que nos sacamos las tres en la cima de la Torre Juche.



La Señorita Cho, mamá y yo en la cima de la Torre Juche.

Su pedido me emociona y le prometo que sí, que voy a enviarle la foto impresa. El Señor Kang, por su parte, me agradece por haber demostrado tanto interés en su país y por haberlo escuchado siempre con tanta atención. Y, emocionado hasta las lágrimas, me abraza fuerte y me promete que nuestro próximo abrazo será en Seúl bajo una sola Corea: una Corea unificada.

\* \* \*

Aterrizamos en Beijing dos horas (y seis décadas) después. Y la capital china, que hasta hace una semana me resultaba particularmente singular –en el sentido de distinta, única, exótica–, ahora me parece bastante genérica. Es el precio de converger con el desarrollo occidental, supongo: despojarse de la propia identidad. Entonces me pregunto si el futuro de Corea del Norte,

aún auténtica a su modo y en sus propios términos, será un poco así: una convergencia con el sur a cambio de resignar la propia identidad.

Alguien me explica que el proceso sería constructivo, provechoso para la paz del mundo y de la región. Porque el proceso de sacrificar una identidad, que se interpreta normalmente en términos de pérdida, de falta, sería en este caso pura ventaja. ¿Es que cuáles serían, exactamente, los beneficios de preservar una identidad como la norcoreana? Es una identidad cimentada sobre la mutua desconfianza, el odio a enemigos internos y externos, y el culto místico a una ristra de tiranos. Es una identidad castrense, que vive de (alimentar) una eterna hipótesis de conflicto. Y es también una identidad que, con el paso de los años –gregorianos y juche–, se ha revelado paranoica, replegada sobre sí misma, enajenada y reticente al cambio.

Y aunque coincido, en parte y muy a mi pesar, su lógica se me escapa. Porque las identidades, en abstracto, nunca han existido. Existen en concreto: en el Señor Kang, en la Señorita Cho, en el Señor Paek, en el Señor Li. Y sacrificar la identidad norcoreana en abstracto equivaldría a sacrificarla en concreto. Equivaldría a sacrificarlos.

En eso estoy pensando cuando veo por última vez a Carl y a Markus, y saludamos con un abrazo a José y a Fermín. Con Liliana intercambiamos cuentas de Instagram y prometemos volver a vernos con Martín. Hoy es domingo 18 de marzo de 2018 (año juche 107). Y aquí termina mi viaje a Corea del Norte. Pero algún día, estoy segura, voy a volver. Quizás. Definitivamente.

\* \* \*

Desde la aplicación *Weather* de mi celular consulto todos los días el tiempo en Pyongyang. Ahora, por ejemplo, la temperatura es de ocho grados y está parcialmente nublado. Se esperan lloviznas en dos días y un progresivo aumento de la marca térmica a partir de la semana que viene.

Todos los días, también, leo noticias sobre Corea del Norte en NK News y Daily NK, dos portales *online* que se dedican exclusivamente a cubrir lo que sucede en el país. La pieza informativa más relevante de hoy es que la British American Tobacco tendrá que pagar una multa de US\$ 629 millones por venderle cigarrillos a los norcoreanos violando las sanciones impuestas por Naciones Unidas<sup>64</sup>.

Y no todos los días, pero casi todos, me sorpendo tarareando canciones norcoreanas o pensando en qué será de la vida del Señor Kang, del Señor Paek, del Señor Li y, sobre todo, de la Señorita Cho. ¿Seguirá trabajando como guía para la Korea International Travel Company? ¿Habrà recibido la autorización del Partido de los Trabajadores para casarse? ¿Habrà sido mamá?

En Sariwon, la tarde en la que el Señor Kang insistía en sacar una panorámica de la ciudad desde un mirador bien alto, nos cruzamos con un papá y una mamá que estaban celebrando el primer cumpleaños de su bebé. Se los veía sonrientes, alegres, orgullosos de su hija que vestía al estilo tradicional coreano. Entonces entendí que, incluso en los totalitarismos más disecantes e inhumanos, las personas encuentran resquicios para ser felices. Incluso en países de vinalón hay lugar para el amor, la belleza y la redención.

---

64 Reddy, Shreyas. «British American Tobacco to pay record \$629 million fine over North Korea sales», *NK News*, 26.04.2023.

Creo que el viaje a Corea del Norte fue el viaje de mi vida. Y, por eso, una parte de mí se quedó allí. Nunca terminé de irme de ese país. Están quienes lo atribuyen a la reencarnación. «Seguro que en alguna vida pasada fuiste norcoreana», me dicen a menudo. Pero como no creo en la reencarnación, a mí me gusta pensar que tiene que ver con la empatía y la compasión. Me gusta pensar que tiene que ver con esa frase de Václav Havel, que alguna vez dijo que para una persona es muy importante saber que allá afuera, en algún lugar, hay gente a la que no le resulta indiferente su destino.



Celebración del cumpleaños de una niña en la ciudad de Sariwon.

El destino de los norcoreanos y las norcoreanas es de vinalón: es grismarrón, a veces negro, es áspero y es fibroso. Es incómodo y también desabrigado. Y nada indica que eso vaya a cambiar. Por lo menos, no en el corto plazo.

Según diversos reportes sobre violaciones masivas y sistemáticas a los derechos humanos<sup>65</sup>, en Corea del Norte hay una limitada libertad de prensa y expresión; se priva a los norcoreanos y a las norcoreanas de acceso a alimentos y atención médica; no existe la libertad de religión; existen campos de trabajo forzado; se propician torturas, tratos inhumanos, humillantes y degradantes; se han registrado ejecuciones extrajudiciales; se constatan restricciones a la libertad de movimiento; existe un desenfrenado control estatal sobre la vida privada de los ciudadanos; se practica la discriminación basada en el origen social; se ha documentado la trata de personas; y se perpetra violencia contra las mujeres.

Entonces creo que frente a un régimen así de brutal, así de opresivo y así de cruel, la única rebeldía posible es la de no ser indiferente. Y este libro, escrito desde el sur del mundo a casi veinte mil kilómetros de distancia de Pyongyang, es mi manera de decirle a los norcoreanos y a las norcoreanas que su destino no me resulta indiferente.

---

65 Cf. especialmente Salmón Garate, Elizabeth (2023). *Situation of human rights in the Democratic People's Republic of Korea*. Informe presentado por la Relatora Especial sobre la situación de los derechos humanos en la DPRK, A/HRC/52/65. Nueva York: Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.



## EPÍLOGO

Pensé en volver en 2021. O quizás en 2020, si lograba primero ahorrar lo suficiente para pagar otro viaje a Pyongyang. Pero en diciembre de 2019, desde la vecina China, el virus empezó a propagarse por el mundo. Y cuando muchas fronteras se cerraron, muchas escuelas se cerraron y muchos negocios se cerraron, Corea del Norte hizo lo que mejor sabe hacer: cerrarse aún más. Desde entonces, y si antes sabíamos poco del Reino Hermético, ahora sabemos incluso menos.

Las estrategias de supervivencia que adoptaron las agencias de viaje que antes llevaban a turistas a Corea del Norte fueron diversas. Koryo Tours reorientó su oferta turística a destinos otrora socialistas: Mongolia, Kazajstán, Uzbekistán, Kirguistán, Turkmenistán y Tayikistán. Young Pioneer Tours, por su parte, optó por el turismo oscuro: Somalia, Chernóbil y Transnistria. Y un tercer operador, hasta entonces enfocado solo en reportar noticias –NK News–, organizó un viaje para conocer al norte... desde el sur.

En octubre de 2023, junto a Martina y un grupo de periodistas, académicos y expertos en asuntos norcoreanos, visitamos zonas fronterizas intercoreanas partiendo desde Seúl. En el viaje conocimos a Jung Yu-na, una refugiada de alto rango que escapó

de Corea del Norte en 2007, y también me reencontré con Gergó, el guía de turismo de Koryo Tours que nos acompañó a mi mamá y a mí en el viaje a Corea del Norte que narré en este libro.

A Jung Yu-na –que toca el violín igual que yo, y vestía Armani, Prada y Dior– le pregunté cómo se hace en Corea del Norte para conseguir las cuerdas del instrumento y la resina que se necesita para el arco. Me contó que, siempre que se podía, a las cuerdas las traficaban ilegalmente desde China, pero que la resina para los arcos se producía localmente en zonas rurales del país. Era una resina dura, negra y pegajosa, me dijo, pero a veces sentía nostalgia hasta de eso.

A Gergó, por su parte, le pregunté por el Señor Kang y la Señorita Cho. De la Señorita Cho no volvió a saber nada. Supone que, quizá, se casó con su novio *donju* y abandonó la KITC. Y es que, en la Corea socialista, los roles reservados para las mujeres son exclusivos y excluyentes. O se es madre, o se es trabajadora (y no ser madre no es una opción). El Señor Kang, por su parte, sigue activo y muy leal. Leal, sobre todo leal, me dijo Gergó. Y es que tampoco tiene otra opción: su abuela era una *zainichi*.

Y así me enteré de la mancha en el *songbun* del Señor Kang: su abuela materna era una *zainichi*, una coreana nacida en Japón. Igual que Ko Young Hee, la madre de Kim Jong Un. Pero al secreto mejor guardado del Espíritu Santo juche, el Señor Kang no tiene manera de saberlo.

\* \* \*

***Post Scriptum.*** En playas de Yeonpyeong-do y Sokcho, situadas en las costas oeste y este de Corea del Sur respectivamente, recogimos residuos. Cuando el viento sopla en dirección norte-sur, o las mareas están especialmente altas, en el sur se acumula basura del norte. En nuestros recorridos encontramos frascos vacíos de pasta de dientes, envoltorios de helados y golosinas para niños, paquetes vacíos de fideos de arroz producidos en Pyongyang y cuatro sombreros: una gorra militar de hombre, una gorra militar de mujer y dos boinas de campesinos. La gorra militar de hombre, y una de las boinas campesinas, tenían un corazón de cuerina cosidos en su interior. Yu-na nos explicó que es una práctica habitual en Corea del Norte. Ante la perspectiva de estar separados durante diez años, a raíz del servicio militar obligatorio, las mujeres cosen corazones en la ropa de sus novios como símbolo de amor y recordatorio constante de su vínculo.

Con las fronteras norcoreanas cerradas indefinidamente, esos objetos personales –arrastrados por el mar y encontrados lejos de sus dueños– nos develaron una perspectiva íntima y humana de la vida al otro lado del Paralelo 38. Ojalá que alguien sienta que este libro hizo lo mismo.



# BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

## LIBROS

- Bandi (2017). *La acusación. Cuentos prohibidos de Corea del Norte*, Barcelona: Libros del Asteroide.
- Bauman, Zygmunt & Dossal, Gustavo (2014). *El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*, Madrid: FCE.
- Borges, Jorge Luis (1989). *Obras completas* (Tomo II), Barcelona: Emecé.
- Borges, Jorge Luis & Kodama, María (1984). *Atlas*, Barcelona: Lumen.
- Bourdieu, Pierre (2006). *Meditaciones pascalianas*, Barcelona: Anagrama.
- Cao de Benós, Alejandro (2017). *Alma roja, sangre azul: así me conquistó Corea del Norte*, Barcelona: Base [versión Kindle].
- Cornell, Erik (2002). *North Korea under Communism: Report of an Envoy to Paradise*, London: Routledge.
- Delisle, Guy (2007). *Pyongyang*, Bilbao: Astiberri.
- Demick, Barbara (2021). *Nada que envidiar: la vida común y corriente en Corea del Norte*, Barcelona: Península.

- Fischer, Paul (2016). *Producciones Kim Jong-Il presenta... La increíble historia verdadera de Corea del Norte y el secuestro más osado de la historia*, Madrid: Turner [versión Kindle].
- Grieco, Florencia (2019). *En Corea del Norte: Viaje a la última dinastía comunista*, Buenos Aires: Debate [versión Kindle].
- Haggard, Stephan & Noland, Marcus (2007). *Famine in North Korea: Markets, Aid, and Reform*, New York: Columbia University Press.
- Jiménez, David (2013). *El lugar más feliz del mundo*, Madrid: Kailas.
- Jun, Sang-in (2016). *Understanding North Korea through its Cities*, Seoul: National Institute for Unification Education.
- Kang, Chol Hwan & Rigoulot, Pierre (2005). *Los acuarios de Pyongyang. Recuerdos del infierno coreano*, Madrid: Amaranto.
- Kim, Il Sung (1993). *Tesis sobre la educación socialista*, Pyongyang: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Kim, Il Sung (2012). *Sobre la idea juche*, Pyongyang: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Kim, Joseph (2016). *Under The Same Sky: From Starvation in North Korea to Salvation in America*, Boston: Mariner Books.
- Kim, Suki (2016). *Sin ti no hay nosotros*, Barcelona: Blackie Books.
- Lankov, Andrei (2013). *The real North Korea. Life and Politics in the Failed Stalinist Utopia*, Oxford: Oxford University Press.
- Lankov, Andrei (2014). *North of the DMZ: Essays on Daily Life in North Korea*, Jefferson: McFarland.

- Lee, Hyeonseo (2016). *La chica de los siete nombres: la historia de una joven que desertó de Corea del Norte*, Barcelona: Península.
- Lee, Sungju (2022). *Estrella fugaz: la historia real de cómo sobrevivió y escapé de Corea del Norte*, Málaga: Plankton Press [versión Kindle].
- Orwell, George (2005). *1984*, Buenos Aires: Booket.
- Palin, Michael (2020). *Diario de Corea del Norte*, Barcelona: Ático de los Libros [versión Kindle].
- Park, Yeon-mi (2017). *Escapar para vivir: el viaje de una joven norcoreana hacia la libertad*, Barcelona: Plataforma [versión Kindle].
- Tudor, Daniel (2018). *Ask A North Korean: Defectors Talk About Their Lives Inside the World's Most Secretive Nation*, Clarendon: Tuttle Publishing [versión Kindle].
- Vidal, Macarena & Romero, Sara (2022). *El país más feliz del mundo: Corea del Norte bajo el puño de hierro de Kim Jong-un*, Barcelona: Península [versión Kindle].
- Wizenberg, Daniel & Varsavsky, Julián (2017). *Corea. Dos caras extremas de una misma nación*, Buenos Aires: Continente.

## ARTÍCULOS

- Chung, Chaewon. «South Korean support for reunification drops to record low, poll finds», *NK News*, 08.10.2021. Disponible en: <https://www.nknews.org/2021/10/south-korean-support-for-reunification-drops-to-record-low-poll-finds/>.
- Davies, Elliot. «Stopping All Stations: The Pyongyang Metro», *Earth Nutshell*, 22.03.2016. Disponible en: <https://www.earthnutshell.com/stopping-all-stations-the-pyongyang-metro/>.

- Fernández, Alberto. «Teoría de la necrocracia revolucionaria», *Letras Libres*, 04.04.2013. Disponible en: <https://letraslibres.com/revista-espana/teoria-de-la-necrocracia-revolucionaria/>.
- Fifield, Anna. «North Korea's one-percenters savor life in 'Pyonghattan'», *The Washington Post*, 14.05.2016. Disponible en: [https://www.washingtonpost.com/world/asia\\_pacific/north-koreas-one-percenters-savor-life-in-pyonghattan/2016/05/14/9f3b47ea-15fa-11e6-971a-dadf9ab18869\\_story.html](https://www.washingtonpost.com/world/asia_pacific/north-koreas-one-percenters-savor-life-in-pyonghattan/2016/05/14/9f3b47ea-15fa-11e6-971a-dadf9ab18869_story.html).
- Kim, Joon Ho. «North Korean College Students Ordered to Adopt Leader Kim's Haircut», *Radio Free Asia*, 26.03.2014. Disponible en: <https://www.rfa.org/english/news/korea/haircut-03262014163017.html>.
- Kim, Joshua. «Ask a North Korean: Why are there so many farms raising the slippery loach fish?», *NK News*, 04.07.2023. Disponible en: <https://www.nknews.org/2023/07/ask-a-north-korean-why-are-there-so-many-farms-raising-the-slippery-loach-fish/>.
- Lankov, Andrei. «How much money do North Koreans make?», *NK News*, 25.03.2014. Disponible en: <https://www.nknews.org/2014/03/how-much-money-do-north-koreans-make/>.
- O'Carroll, Chad. «Buildings in Pyongyang being repainted en masse, recent photos show», *NK News*, 16.09.2019. Disponible en: <https://www.nknews.org/2019/09/buildings-in-pyongyang-being-repainted-en-masse-recent-photos-show/>.
- Park, Joon Ha. «North Korean officials appear wearing Kim Jong Un loyalty badges for first time», *NK News*, 01.07.2024. Disponible en: <https://www.nknews.org/2024/07/>

north-korean-officials-appear-wearing-kim-jong-un-loyalty-badges-for-first-time/.

Prada Rodríguez, Julio. «Cuando Stalin ‘photoshopeaba’ a sus opositores», *The Conversation*, 01.06.2022. Disponible en: <https://theconversation.com/cuando-stalin-photoshopeaba-a-sus-opositores-182965>.

Reddy, Shreyas. «British American Tobacco to pay record \$629 million fine over North Korea sales», *NK News*, 26.04.2023. Disponible en: <https://www.nknews.org/2023/04/british-american-tobacco-to-pay-record-629-million-fine-over-north-korea-sales/>.

Son, Hyemin. «As opportunities dry up, North Koreans turn to mudfish farming», *Radio Free Asia*, 08.07.2022. Disponible en: <https://www.rfa.org/english/news/korea/mikku-raji-07072022154223.html>.

Wizenberg, Daniel. «Turismo de simulación», *Revista Anfibia*, 09.03.2016. Disponible en: <https://www.revistaanfibia.com/turismo-de-simulacion/>.

Zwirko, Colin. «North Korea demolishes symbolic unification arch, satellite imagery suggests», *NK News*, 23.01.2024. Disponible en: <https://www.nknews.org/2024/01/north-korea-demolishes-symbolic-unification-arch-satellite-imagery-suggests/>.

## REPORTES

Salmón Garate, Elizabeth. «Situation of human rights in the Democratic People's Republic of Korea (A/HRC/52/65)», Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, 09.03.2023. Disponible en: <https://www.ohchr.org/en/documents/thematic-reports/ahrc5265-situation-human-rights-democratic-peoples-republic-korea-report>.

## DOCUMENTALES

García, José Luis (2012). *La chica del sur*, Productor: Gabriel Kameniecki.

Mansky, Vitaly (2015). *Under the Sun*, Productora: Vertov Studio.

Weis, Sebastian; Augustin, Lukas & Gierstorfer, Carl (2019). *Büro 39: Nordkoreas schwarze Kassen*, Productora: A&O Buero.

## AGRADECIMIENTOS

Susana Broggi, mi mamá, me acompañó en la doble aventura de visitar Corea del Norte y volver para contarla. En ambos viajes, la agudeza de sus observaciones y su espíritu sensible me ayudaron a ver más allá de lo evidente. Esta historia nos pertenece a ambas.

Martina Carpio Lozada, mi compañera, me prestó sus ojos para verme y su confianza para terminar este proyecto. ¡Infinitas gracias! (hasta la Nebulosa del Cangrejo, ida y vuelta, mil veces).

Sofía y Loló, mis hermanas, Luis Negretti, Mónica Astocóndor y Pedro Klimovsky fueron mis primeros lectores. Sus fabulosas sugerencias y amables críticas transformaron este texto en uno infinitamente mejor.

Julián Chappa abrazó *País de vinalón* como si fuera propio y lo editó con curiosidad, cariño y empatía. Su dedicación y talento fueron fundamentales para perfeccionar cada aspecto de la trama narrativa de esta historia.

Gabriel Salvia, incansable promotor de los derechos humanos en rincones oscuros y oprimidos, me impulsó a echar luz sobre Corea del Norte. Su confianza fue decisiva para terminar lo que empecé a escribir, de manera intermitente, en abril de 2018.

A todas, a todos, ¡muchas gracias! O mejor en coreano:

대단히 감사합니다.



## **SOBRE LA AUTORA**

María de los Ángeles Lasa (Villa María, Argentina, 1986) estudió Relaciones Internacionales en la Universidad Católica de Córdoba, se graduó con una Maestría en Políticas Públicas en la Universidad de Oxford y se doctoró en Ciencia Política en la Universidad de Camerino (Italia).

Fue Investigadora Visitante en la Universidad de Los Andes de Colombia y en la Universidad de Texas en Austin, y Profesora Invitada de «Estado y Políticas Públicas» en la Universidad Torcuato Di Tella. Actualmente es Consejera Académica en el Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), y Miembro Consultora del Grupo de Trabajo sobre Corea en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI).

Es autora de escritos galardonados en prestigiosas competencias nacionales e internacionales, incluyendo el Concurso Internacional de Ensayos del Banco Mundial (Estocolmo, 2010), el 41° Premio de Ensayos «Alas de la Excelencia» del St. Gallen Symposium (Suiza, 2011), y el XXXVI Premio de Literatura «Luis José de Tejeda» en la categoría Crónicas de viajes (Córdoba, 2023).

Fue reconocida como Joven Sobresaliente por el German Marshall Fund of the United States (2013), por el St. Gallen Symposium (2013), por la Cámara de Comercio de Córdoba (2015) y JCI Argentina (2023). En 2016 fue oradora TEDx en la Universidad Católica de Córdoba y en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

Ha sido becaria de Fundación Carolina, el Gobierno de Italia, Comisión Fulbright, Chevening, Erasmus+ y la Maison de L'Argentine en París.



# ACERCA DE CADAL

El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL) es una fundación privada, sin fines de lucro y apartidaria, constituida el 26 de febrero de 2003 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires de la República Argentina.

CADAL tiene como misión promover los derechos humanos y la solidaridad democrática internacional, en particular en contextos autoritarios donde se reprime la libertad de asociación, expresión, reunión y el derecho a la participación política, y en democracias que ven amenazadas su institucionalidad, las libertades civiles y políticas, y erosionado el estado de derecho.

Como parte de su tarea de promoción de los derechos humanos, CADAL forma parte de una serie de coaliciones, foros y organizaciones que comparten los mismos valores: el Movimiento Mundial para la Democracia (WMfD), la International Coalition to Stop Crimes against Humanity in North Korea (ICNK), el International Tibet Network, la Coalición por la Libertad de Asociación, la Red de Think Tanks KAS en América Latina, es miembro de TrustLaw (el programa pro bono global de la fundación Thomson Reuters) y está registrada como Organización de la Sociedad Civil ante la Organización de Estados Americanos (OEA).

La misión de CADAL está inspirada en la Memoria de la solidaridad recibida por los activistas de derechos humanos, perseguidos políticos, familiares de detenidos y desaparecidos, y periodistas independientes durante la última dictadura militar en la Argentina (1976-1983).

En la actualidad, casi un tercio de los países que forman parte de la ONU reprimen la libertad de asociación, expresión, reunión, manifestación y el derecho a la participación política de sus ciudadanos. Según la visión de CADAL, los que vivieron en dictadura y recibieron entonces muestras de solidaridad democrática internacional tienen la obligación moral de ser la voz de quienes en la actualidad viven en contextos autoritarios.

En octubre de 2022, el Proyecto de Investigación DECYT «El impacto del Derecho Internacional de los Derechos Humanos en la Política Exterior» de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires reconoció la labor de CADAL dada su histórica, coherente y valiente defensa de los Derechos humanos en el área de la política exterior.



Cerrito 1266 piso 7° Of. 31 C1010AAZ. Ciudad de Buenos Aires, República Argentina.

Tel: +54 911-5752-3386 E-mail: centro@cadal.org

 @cadal  fundacioncadal  cadal.org  cadalTV  cadal



***Pais de vinalón. Mi viaje a Corea del Norte*** invita a una travesía por el Reino Hermético a través de los ojos de una politóloga y su madre. En un contexto donde los viajes a ese país son escasos y menos de cuatro mil viajeros occidentales se aventuran allí cada año, este relato se destaca por su carácter improbable y la singularidad de su enfoque.

Desde las primeras páginas, el lector se ve sumergido en una narrativa que trasciende las etiquetas convencionales del género «crónica de viaje». A lo largo de nueve capítulos, la autora no solo describe las ciudades visitadas y los eventos que tuvieron lugar en marzo de 2018, sino que también reflexiona sobre temas profundos –el poder, el tiempo, la muerte– que definen la vida al norte del Paralelo 38.

Enriqueciendo la narrativa, el humor ácido y perspicaz es un recurso recurrente que aligera la tensión y aporta una capa de profundidad adicional al relato. Además, cerca de cuarenta fotografías tomadas por la autora acompañan las palabras, brindando una experiencia visual auténtica y atractiva que complementa la historia.

***Pais de vinalón*** es una invitación a repensar el propio mundo, a cuestionar percepciones preconcebidas y a reflexionar sobre la condición humana en contextos de opresión.

